CON ESTE NUMERO SUPLEMENTO MUSICAL:

Isidore **DE LARA**: "Les yeux bleus"
Octave **CREMIEUX**: "Charme d'amour", valse.

S'adresser exclusivement pour toute la publicité française á Mr. A. Lorette, Directeur de la Société Mutuelle de Publicité — 14, Rue Rougemont, 14 — Paris (9e)

SUMARIO

TEXTO

PÁGINAS

Marco-Antonio Salazzo.....Con motivo de la muerte del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Dr. Fernando Arturo de Meriño, Arzobispo de Santo Domingo..... 630
Eloy G. González.....Nuestra vitalidad..... 631
Manuel S. Pichardo.....Marionettes—(Pecadora)..... 632
Elías David Curiel.....Encantamientos..... 632
Charles Derennes.....La estatua de arena..... 634
Jesús Semprúm.....Compasión..... 635
Adolphe Brisson.....La guillotina..... 637
Jesús E. Valenzuela.....Escena..... 638
Santiago Rusiñol.....La poetisa..... 639
J. T. Arreaza Calatrava.....Ananke..... 641
F. Jiménez Arraiz.....Entre escombros..... 641
Juan Duzán.....Atavismo lírico..... 644
Víctor Racamonde.....Símbolos..... 644
Eduardo Díaz Leonna.....¡Hasta cuándo!..... 653

PAGINAS CORTAS

Paul Margueritte.....Carga de caballería..... 645
Edouard Deverin.....Intermedio..... 645
Tarde de arrabal..... 646
Ferdinand Bac.....La poesía de los tejados—(Nuremberg)..... 646
Mme. Alphonse Daudet.....Domingo londinés..... 646
Alphonse Daudet.....Domingo parisién..... 647
Elisabeth, Reina de Rumania, (*Carmen Sylva*).....Cuentos históricos de Rumania: La madre de Esteban el Grande..... 647

VIDA LITERARIA

A. Fernández García.....Letras Hispano-Americanas..... 652
La Dirección.....Información Literaria y Artística..... 648
Bibliografía..... 651

La Dirección.....Nuestro Suplemento Musical..... 653
Explicación de los grabados..... 654
Sueltos Editoriales..... 654

SECCION RECREATIVA

Una curiosa novedad médica.—Una tortuga de dos cabezas.—El Gran Cometa Halley.—Los pigmeos.—Como son las lágrimas.—Origen del saludo con la mano y algunos casos extraños de saludos.—La evolución del relieve terrestre.—A los ciclistas.—Un bosque de árboles enanos.....655 á 658
Anuncios.....

GRABADOS

† Fernando, Arzobispo de Santo Domingo..... 629
David de Strobel: El guante de reto..... 631
V. Brozik: Una comunión en Bohemia..... 632
Boutigny: Los héroes ignorados..... 633
Demont-Breton: "Juan Bart"..... 635
G. W. Joy: El tambor del Rey..... 637
El estío en Inglaterra—La siega de heno..... 639
P. Gervais: Los Centauros..... 640
U. Checa: Los Hunos; Atila..... 641
Morlon: A nosotros! A nosotros!..... 643
Caton Woodville: Jurando ser verdad..... 645
Cuadro de J. Scalbert: Bosquecillos floridos..... 646
Cuadro de Carreño: La carta..... 646
A. Campriani: A pleno sol..... 647
El automóvil en el nuevo ejército de China—Una revista por el Virrey de Kiang-Su..... 649
Margarita—Vista del puerto de Pampatar..... 651
Barquisimeto—Colegio de la Inmaculada Concepción..... 651

SUPLEMENTO MUSICAL Nº 7

Isidore de Lara.....“Les yeux bleus”, letra de Maurice Boukay.....
Octave Crémieux.....“Charme d'Amour”, valse.....

EL COJO ILUSTRADO

Año XV | 15 DE OCTUBRE DE 1906 | Nº 356

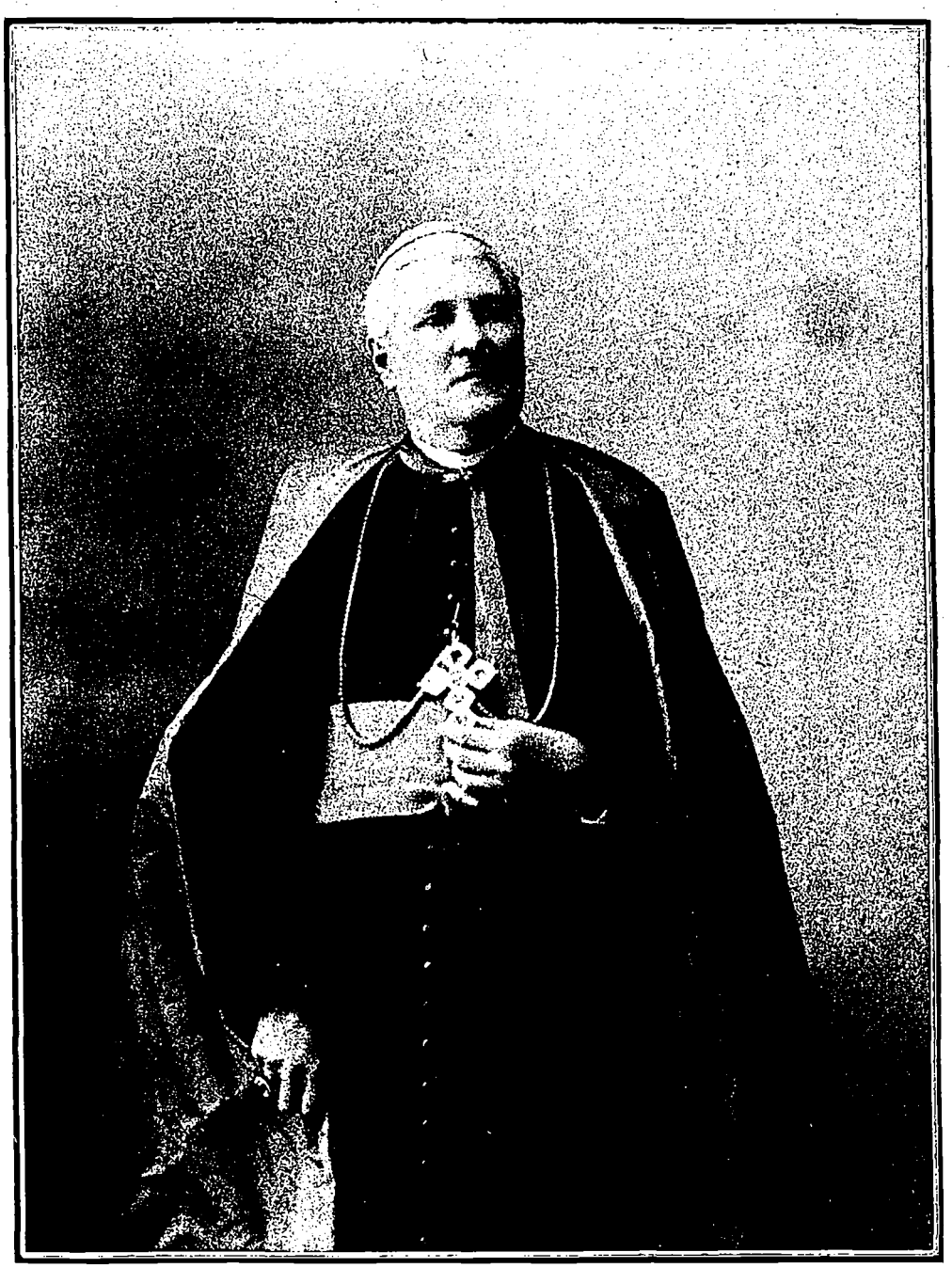
PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN

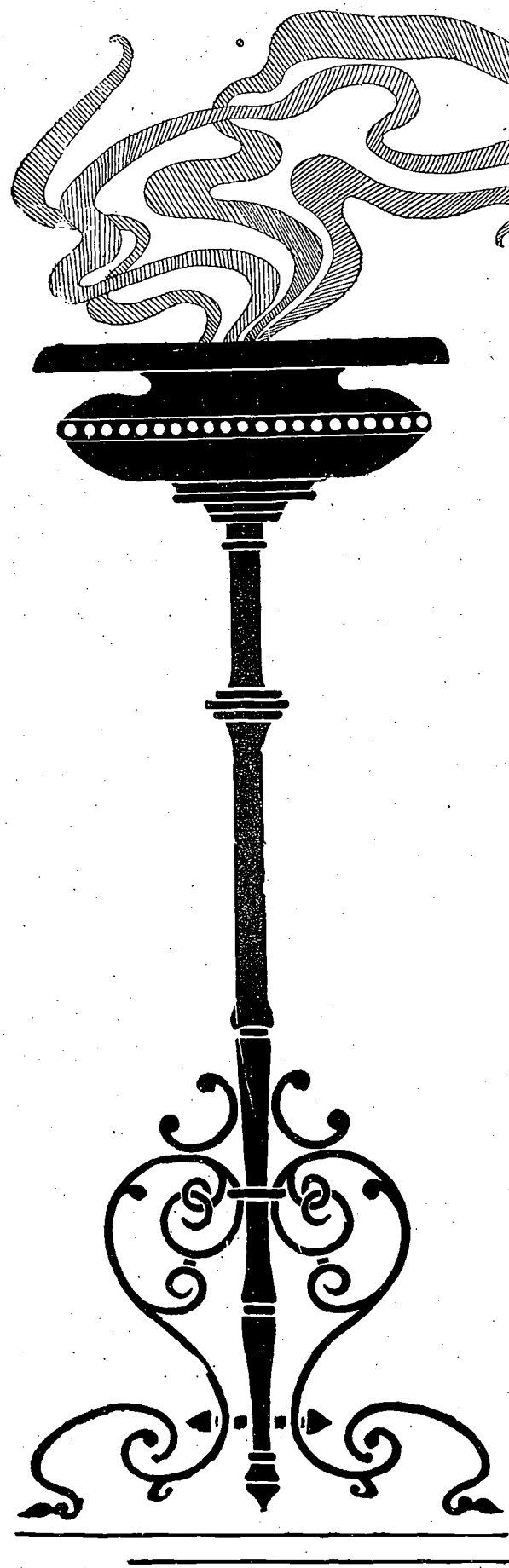
Empresa El Cojo — Caracas — Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4 — Número 14
Caracas — Venezuela

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



† Fernando, Arzobispo de Santo Domingo



CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR DOCTOR

FERNANDO ARTURO DE MERIÑO

ARZOBISPO DE SANTO DOMINGO

¿Por qué, aun prevenidos para el adverso caso, siempre ha de sorprendernos la desaparición de un sér querido?

En vano damos por acaecida la irreparable desgracia, y nos decimos conformes, y enjugamos las prematuras lágrimas...

Cuando la Muerte imprime su imponente sello sobre la faz augusta; cuando el frío contacto del cadáver nos hiela el corazón; cuando la amada Esperanza se aleja, silenciosa, de nosotros; ¡oh! entonces quedamos aterrados ante la incomprensible verdad; ante el pavoroso, ante el eterno problema: *ser ó no ser*.

Tal nos sucede á los que amamos, como no pudimos menos de amarlo, al egregio Varón cuya muerte lamentan hoy una honorabilísima familia, y la Iglesia católica, y la Patria dominicana.

Bien quisiera erigir á la memoria del doctísimo y virtuosísimo Arzobispo un monumento que simbolizara por siempre su fama, no con mármol ni con bronce, que al fin son juguete é irrisión del tiempo, sino valiéndome de la que hizo brillar la luz sobre la noche primitiva del Universo:—diciendo la historia de su vida, tan contrastada y tan victoriosa, y, por lo mismo, tan fecunda en altas enseñanzas.

Mas, ya que no me es dado el hacerlo, vaya á todas partes la expresión de mi duelo.

Monseñor Meriño pertenecía á la raza de los fuertes.

En él la virtud era verdaderamente fortaleza de alma.

Descendiente de padres honorables, creció y se educó al amparo de la religión de Jesu-Cristo, que profesó como creyente fiel, y en cuyo ejercicio fue máximo entre mayores.

Un varón sabio le ilustró la inteligencia; un Pontífice santo lo preconizó Príncipe de la Iglesia; un pueblo lo admiró y lo premió, vivo, por sus virtudes, muerto, bañó con lágrimas sus despojos.

Emulo de Agustín, combatió contra el error y la mentira; valeroso como el Crisóstomo, fuése como él al destierro antes que mancharse los labios con interesadas adulaciones; ni echó menos en ninguna parte el nativo solar, porque, como Basilio el Grande, sabía que su patria estaba doquiera se adorase á Dios.

Amó en la Verdad á la hija primogénita del Altísimo; en la Justicia á la generadora de la paz; en la Libertad á la madre del orden y del progreso.

Gozábase en descender hasta los humildes, y tomaba parte en las inocentes diversiones de los niños, con quienes renovaba la primitiva inocencia y aprendía candor.

Así llegó á admirar la santa ignorancia: *la ignorancia que sigue á la ciencia*, sin por esto amenguar la energía de su espíritu; pues siempre que hubo de habérselas con los poderosos de la Tierra, armóse del valor que inspiran el decoro, la dignidad y, sobre todo, las virtudes cristianas.

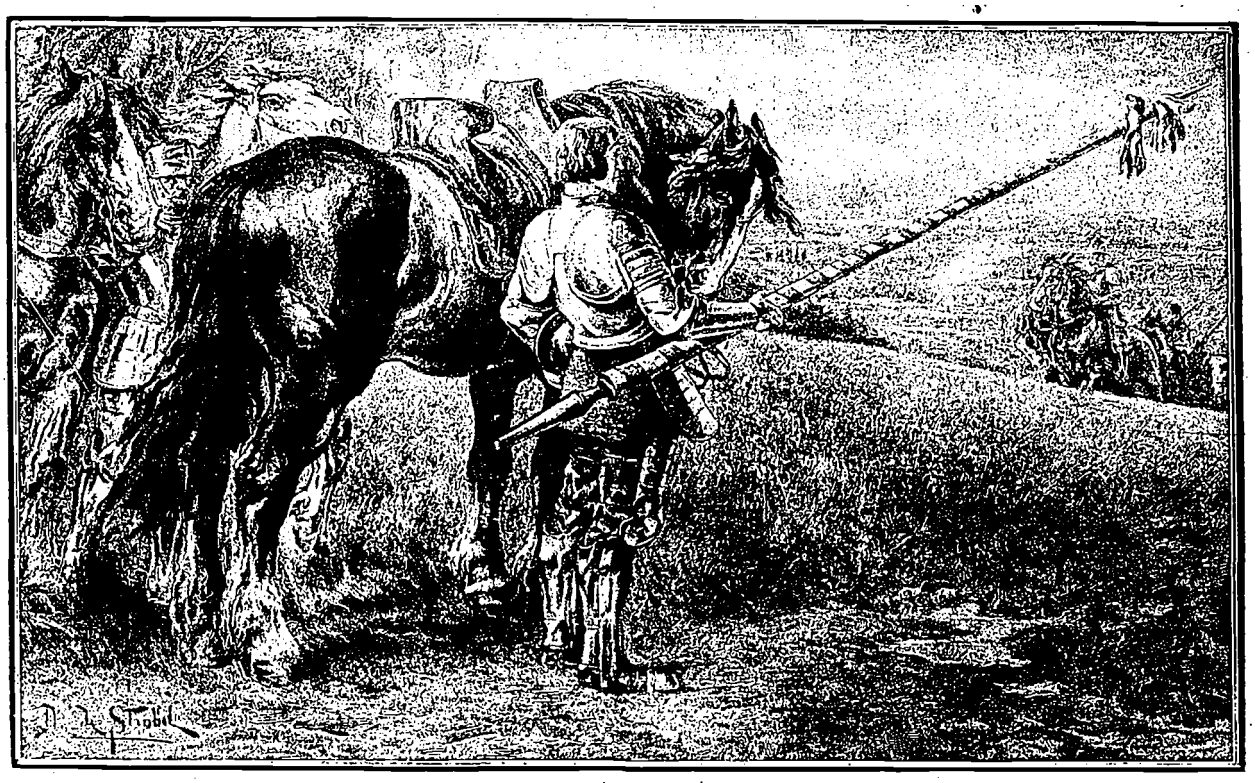
Ya sin fuerzas para bendecir con las manos, bendecía con el alma.

Elocuente como pocos (*os magna sonaturum*), su elocuencia postrera fue la oración:—elocuencia tácita que no escuchan ni aplauden muchos de los hombres, pero que acoge y recompensa Dios.

¡Oh vida fecunda! Los buenos lo amaron, los malos lo temieron, lo respetaron todos.

Y tales y tan excelentes eran las cualidades de su sér, que Naturaleza pudo, señalándolo, decir de él, como del último romano:—¡Ved ahí un hombre!

MARCO-ANTONIO SALUZZO.



DAVID DE STROBEL - El guante de reto

NUESTRA VITALIDAD

XI

Sería imposible precisar el límite de longevidad del llanero, si se lograse neutralizar las causas externas de debilitamiento y destrucción que reinan en su país.

Es sorprendente que en aquella tierra baja, tórrida, patria específica del paludismo y de la fatiga, los hombres posean una resistencia y alcancen á una edad vencedoras de todas las agresiones morbosas, al punto de que el índice de mortalidad nunca es superior al de las regiones más salutíferas de Venezuela.

Se ven turbas languidescentes, extenuadas, anémicas, errantes por el poblado, habitadoras de la campaña, que sobrellevan victoriosamente la carga de su miseria corporal, más grave de año en año, sin que sucumban bajo sus progresos y su pesadumbre. Los mendigos, los invalidados por lentas é inenarrables dolencias, se hacen tradicionales en nuestros poblados, padeciendo afecciones progresivas y acarreando una vida dolorosa y mísera, capaz para vencer cualquiera fortaleza en otros medios más favorables á la economía.

Esto le da un semblante triste, doliente, compadecible, á la muchedumbre desvalida del llano.

Pero este fenómeno, esta suerte de *morbización*, de inmunización contra todas las virulencias y las crueldades, seguramente viene garantizada desde la infancia del llanero, en orden biológico y en orden sociológico. En efecto, la alimentación compleja que le suministran al hijo de la pampa los reinos vegetal y animal, es rica y abundante: leche, carnes y granos son de la mejor calidad exigida por la ciencia y provista por la naturaleza.

En el llano no hay que recurrir, en cuanto á alimentación, á ninguna de las indicaciones ni de los procedimientos artificiales que cercan de guardia protectora la vida ciudadana: todo responde, en ese sentido, al objeto primero de la conservación y de la prolongación de la existencia.

La especie vacuna llanera es soberbia, por lo que hace á producto alimenticio: descontada la incuria del criador, que no se preocupa por los constantes y exquisitos cuidados que hacen de la cría y de su industria una tarea rudísima en las ciudades y en los países foráneos de la llanura, nuestras reses apenas necesitan una brevísima temporada de atención inteligente, para hacerlas competidoras de las más famosas. Su alimentación discrecional contribuye decisivamente á la excelente calidad de la leche y de la carne; y su número permite prescindir de los cuidados higiénicos y reparadores que se exigen fuera de nuestro país. Si la calidad de la leche no responde, prácticamente, para el llanero, á los índices teóricos señalados en los laboratorios por el lactoscopio, el cremómetro y el lactodensímetro, se larga la res á la llanura y se cosecha otra, que á su vez es reemplazada con otra, por deficiencia, y así sucesivamente. Ningún temor, tampoco, á falsificaciones: ¿á qué, cuando el azumbre (dos litros), nos importaría, en un caso imprevisto, medio bolívar?

La carne ofrecida al consumo desaparece bajo densa capa de grasa; los huesos están nutridos de gruesa médula; los músculos resplandecen, rojos, bajo la sangre que destilan; la vaca no se abate sino entre los cinco y los siete años, cuando posee su carne, precisamente, una perfecta proporción de fibrina y tejido gelatígeno, y de ella no se consumen sino los cuartos musculares, róseos, firmes, elásticos, de olor suave y fresco.

En cuanto á su preparación, el llanero es maestro en este género de cocina: no tiene otro rival en América sino el gaucho argentino.

Pero, hay tambien allí una causa poderosa de longevidad, un almacenamiento inicial de vida desde la infancia: la madre llanera cría á su hijo. Y lo cría sin mandatos de la ley, sin prescripciones de la ordenanza policial, sin fórmulas de buen parecer: como cría á todos los suyos la sabia y poderosa naturaleza. En mi país, desde que la mujer es madre, quedan abolidas para ella todas las preocupaciones, todos los cuidados que no se relacionen directamente con la salud y la vida de su hijo, desde la campesina, que procede como una hija espontánea de la sola tierra, hasta la patricia, que se transforma en nodriza. Para siempre jamás se ausentan del pensamiento de nuestras mujeres, hechas madres, la coquetería, la presunción, la vanidad, la gloria orgullosa de la edad y de la belleza: la mujer llanera llena la majestad de su vida con la íntima profunda dignidad de ser madre; y la siente, la reverencia, la respeta y la ejerce con el fervor, el celo y la santidad de un sacerdocio. No son, para

ella, la belleza personal, ni la prestancia corporal, ni la juventud palpitante las que alumbran y hacen risueña la felicidad doméstica: la fidelidad conyugal, la paz leal é imperturbable de nuestros hogares llaneros, no están sostenidas por esos vínculos tan frágiles y miserandos, tan peligrosos y decorativos, que los rompa la más tenue brisa adversa, soplada de improviso por la naturaleza misma, en el ala sutil de una dolencia, ó por los eventos de la vida, desde la faz nefaria de una vicisitud social. Algo poderoso y magnífico enriquece allí la canción de la longevidad: el eterno amor consolidado por la transmisión secular de generaciones ancestrales, enseñadas al afecto respetuoso y á la piedad cariñosa; amor seguro y sereno, sin revestimientos frágiles de artificios, sin zalemas irritantes de mujerzuela, ni fingidos aspavientos de hembra..... En mi país no habría necesitado M. Roussel invocar ese extraño derecho á que se ha apelado en Francia: *el derecho del hijo á su madre*. Entre nosotros no se efectuará jamás esa estúpida inversión de los términos inamovibles de la naturaleza, por la cual un deber rudimentario, un ejercicio cuasi mecánico de animalidad, requiera las fórmulas prescriptivas del código, para ser cumplido. El orden moral como el orden físico están incesantemente satisfechos por nuestras madres: en la llanura no hay mamilas mercenarias, que envilezcan el cuerpo y el alma del hijo ajeno, creando generaciones para una futura Bizancio..... Las ideas de familia y de madre tienen en mi país un altísimo sentido moral, rigoroso, estricto y solemne: allí no se promiscúa la adusta y altiva irreductibilidad de los lares sacrosantos. Burdos, si queréis, desgarbados de cuerpo y rudos de espíritu; pero la sangre que corre por aquellas venas es inalterable sangre abolenga, que viene descendiendo por pisos de genealogías en un insospechable raudal ancestral; y mientras en otros medios se distienden y se debilitan las túnicas arteriales humedecidas por jugos bastardos, hinche las nuestras la vieja sangre llanera,—sorbida en el pezón materno,—que atraviesa triunfante por entre las homicidas agresiones de nuestra propia tierra, solamente en tardes centenarias vencida por las virulencias de la llanura.

El niño está constantemente en el regazo materno; y cuando infante, y todavía adolescente, bajo el techo familiar, sufriendo aquella enseñanza vigorizante del quehacer llanero y aprendiendo aquella escuela inmunizante de la tiranía doméstica, que lo enseña á ser dominador; haciéndolo olvidar, más tarde, de que ha sido esclavo.

Pero esos cerrojos son profilácticos: bajo ellos, mientras el llanero no es hombre, salva su vida eficiente de los cercenamientos reiterados y hace adelantada provisión de vitalidad, para luchar contra su llanura y domarla y someterla hasta que se pone, remotamente, el sol de su existencia.

ELOY G. GONZALEZ.

V. BROZIK: Una comunión en Bohemia

MARIONETTES

PECADORA

Incienso, atmósfera mística,
un altar y un Cristo escuálido
frente á un sacerdote pálido
que alza la forma eucarística.

Cerca, en un breve martirio
y arrodillada en un banco,
suelto el vestidito blanco,
hoja de su faz de lirio,

se ve á un ángel de inocencia
lleno de remordimiento,
que aguarda el grave momento
de aligerar su conciencia.

Mira hacia el confesonario
como en intensa oblación,
y con tan honda aflicción,
que moja el devocionario.

Parece á instantes que reza
deletreando á media voz,
y en un éxtasis precoz,
dobla la gentil cabeza.

Y con los ojos aguados,
emocionada y contrita,
muy seriamente medita
en sus enormes pecados;

Mientras, rendida de amor,
la madre la ve llorar,
pensando que ha de bajar
á bendecirla el Señor....

La nave, la gente llena
y ante el retablo se inclina;
el órgano desafina
entre un zumbar de colmena;

Difunde, travieso y listo,
el incienso un monigote,
y el pálido sacerdote
bebe la sangre de Cristo....

Septiembre, 1906.

MANUEL S. PICHARDO.

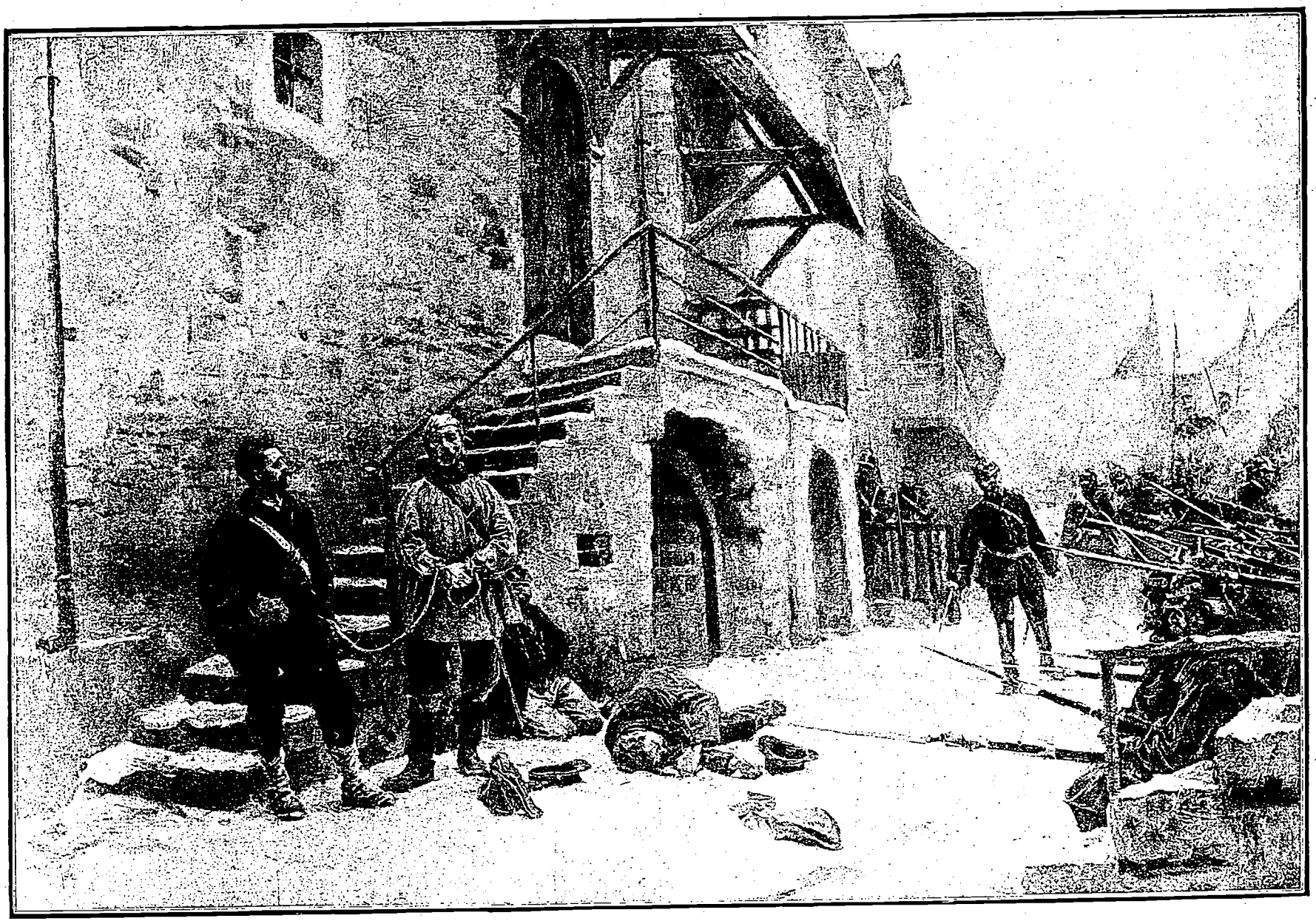
ENCANTAMIENTOS

Tu piel de armiño
besa el sol niño
desde su cuna,
tejiendo un haz
de hilos de luna
sobre tu faz.
Tus labios besa
naciente albor
y en rojo-fresa
cambia el color.
En tus tranquilas
grandes pupilas
la luz alegra
la obscuridad.
¡Y se hace negra
la claridad!

* * *

Conozco un alma,
llena de calma;
que es primavera
de azucenales.
En sus cristales
se reverbera
del astro el tul.
¡Y la pradera
se torna azul!
Tal jardín una
noche te hospeda
y la arboleda
se baña en luna!
Las plantas besas
y flores y hojas
se vuelven rojas
como las fresas!
Y en esa hora
germinadora,
la soñadora
alma que alegra
tu claridad,
se quedó negra
de obscuridad!

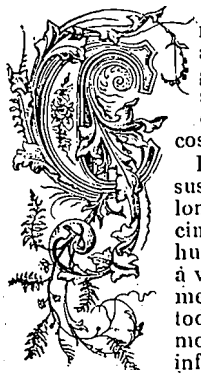
ELÍAS DAVID CURIEL.



BOUTIGNY - Los héroes ignorados

LA ESTATUA DE ARENA

—



El escultor Dorliac, al abrir, al azar, una guía, escogió para pasar el verano un pequeño puerto de la costa flamenca.

Llevaba vivazmente sus cincuenta años. Era lomiancho, sólido, vocinglero, de excelente humor, gran aficionado á vino añejo, á la buena mesa y, en general, á todos los goces que los moralistas califican de inferiores.

Hinchó una maleta de atavíos barrocos y extravagantes, pero cómodos: vestones y pantalones amplios, anchos sombreros puntiagudos, batas de cámara argelinas ó chinas; encargó cajas de vino, licores, cigarros; agregó á su equipaje cuatro lindas muchachas destinadas á pasar indistintamente por sus sobrinas ó sus modelos, y, encantado de escapar al Instituto, á los salones y á las bellas damas, rejuvenecido en veinte años, partió.

Cayó sobre una colina de camaradas y de amigos... Eran, la mayor parte, pintores que iban todos los años á aquel sitio, á llenar sus ojos de sutiles coloraciones, de grises róseos y dorados que el sol de estío se complacía en esparcir sobre las olas y las riberas de los mares del Norte. Todos, jóvenes ó viejos, olvidando por algún tiempo los cuidados de la existencia y las tiranías del mundo, se dejaban arrastrar por una alegría indisciplinada de escolares en vacaciones.

Dorliac, encantado de su buena suerte, decretó que «se iban á hacer cosas enormes.» Y, ciertamente, se hicieron cosas enormes! Los naturales se quedaban pasmados ó escandalizados de mil bromas estúpidas. Los raros matrimonios burgueses que pasaban allí la temporada, vieron sus noches turbadas por apariciones de nereidas montmartresas, que se dedicaban, bajo las estrellas, cerca de las olas, á excentricidades coreográficas... El señor, pretextando la jaqueca, abría la ventana y miraba en su dirección; la señora tenía crisis de nervios...

El cuartel general del placer era la villa que Dorliac había alquilado para él y «sus sobrinas.» En ella se reunían todas las tardes, y durante horas y horas, era, en el salón ó en la azotea, en una atmósfera de humo y de luz de luna, un correr de paradojas, de torrentes de champagne, de farsas, gritos, risas... Luego, todos entonaban pavorosas canciones de taller; y al mismo tiempo que los ladridos de los perros irritados en el vecindario, á veces, entre dos couplets, resonaba un raro acorde musical, retumbante como una campanada y rasante como un suspiro: era una de las señoritas, que para acompañar la romanza, tocaba el piano bailando sobre el teclado.

Una mañana, Dorliac y algunos más, erraban por las escarpas, y vieron á sus pies, en medio de un corro de pescadores y de bañistas, un cuerpo de mujer joven, muerto y arrastrado por las olas. Estaba vestida con una manta de viaje, que la humedad le adhería en contorno; yacía sobre un costado, el rostro velado por una onda de cabellos desatados, el cuerpo y el cuello extendidos, las manos crispadas y juntas, en una actitud penetrante de súplica y desesperación. Dorliac y sus amigos, desde arriba, se habían detenido, clavados por una de esas admiraciones de artistas que no dejan lugar á ninguna emoción, á ninguna piedad. Sus rasgos no expresaban sino el esfuerzo de voluntades tensas por una feroz posesión visual; y, salpicada de arena y de sal, resplandeciente, rosada y dorada por el sol, como el resto de la playa, la muerta no era para ellos sino una figura, un motivo sobre el fresco inmenso que se desarrollaba de un extremo á otro del golfo.

Uno de ellos murmuró: «Es singular!» Otro juró: «Demonios!» Dorliac, cruzados los brazos, inclinada la cabeza, dijo: «*Mazette!*, qué bien ha tomado la *pose!*» Y, siguiendo su espíritu, incorregiblemente, los declives del hábito, esbozó ya en sí obras posibles: una Polyxena á los pies de Pirro, una Magdalena de rodillas ante la cruz... Sobre los registros extraídos de los bolsillos, los crayones, con una prisa febril, fijaban una línea, un movimiento. Pronto aparecieron dos hombres portando una parihuela. Dorliac se precipitó hacia la playa, les suplicó aguardar un instante, levantó la arena húmeda á fuerza de golpes furiosos de talón, hizo un montoncillo, y de rodillas sobre la playa, frenético, al viento la cabellera, se puso á trabajar...

Poco á poco se esbozó la larga línea leve de un cuerpo doloroso, tremulante; se entrevieron bajo los cabellos esparcidos á torrentes una garganta y senos que parecían palpitar. La turba, olvidando la muerta, se había aproximado á Dorliac...

Cuando hubo concluido, el escultor subió á la escarpa, cerca de sus amigos; éstos lo acogieron con gritos de admiración y transportes de entusiasmo: «Mira! Mira!» gritaban. Miró, desencajados los ojos por un cándido deslumbramiento... Sí, era bella, era una obra maestra, la obra maestra, quizá, de toda su vida! Aquella forma brusca y perentoria, acostada sobre la playa, rósea y dorada como ella, parecía un fragmento de bajo-relieve antiguo, incompletamente desprendido y guardando la patina de la tierra y del tiempo... La muchedumbre, más y más numerosa, callaba, conmovida por el sentimiento obscuro de un misterio, del misterio que permite al arte crear la vida y la eternidad hasta con la muerte. Una niñita, renovando el error de los pájaros que acudieron un tiempo á picotear las uvas pintadas en un cuadro de Parrasios, exclamó:

—¿Por qué han arrojado arena sobre la muerta?

De pronto, se abrió el círculo de los espectadores. Subía la marea. Una onda rota se expandió en abanico y vino á desflorar los flancos de la mujer de arena. Dorliac se estremeció: no había pensado en aquello... En un momento, la imagen desaparecería... Le pareció que algo, en él, iba á morir; toda su vida de artista se irguió ante sí; y un velo se desgarraba en su espíritu, y veía claro, y lo que veía no era bello ni lisonjero. Jirones de artículos malévolos, escritos otro tiempo sobre sus obras, hicieron oír de súbito las frases más virulentas en su memoria: le reprochaban su academismo, su corrección insípida, su falta absoluta de originalidad. Siempre había hecho fiasco, preocupado solamente del dinero y del bien vivir, y persuadido por otra parte de que únicamente la envidia dictaba aquellas críticas. Y bien, nó: eran merecidas; ahora se convencía de ello... Y la primera vez de su vida que producía una obra verdaderamente digna de ser admirada y de satisfacer, apenas él y muy pocos hombres habían tenido tiempo para entreverla, bajo la mañana marina y asoleada, como en un sueño!... Gruesas lágrimas rodaban de sus ojos; murmuraba: «Es preciso salvarla,... es preciso salvarla!...» Se agitaba por la playa, como un padre que viera ahogarse á su hijo sin poder socorrerlo; estaba como loco; imploraba al mar: «Espera!... espera!... todavía nó!...» Dos jóvenes pintores habían partido corriendo á buscar arcilla é intentar un moldeo; cuando llegaron, destilando sudor, agotados de cansancio, era demasiado tarde: el Océano, que había entregado la muerta, había tomado la estatua...

Dorliac se encerró en casa, se puso á trabajar, trató de reproducir su obra, y no lo consiguió... Aquello no era... Le faltaba el tinte róseo y dorado de la arena, el color de la mañana, el reflejo de las olas; le faltaba sobre todo, aquella vez, la chispa animadora que brotó en un relámpago de genio creador y de entusiasmo. Sin embargo, las «sobrinas» iban, venían, cantaban y reían como de ordinario, en torno del escultor. El no lo podía sufrir; saltaba, se volvía furioso, lanzábales su atavío y su oro al patio, y cerraba la puerta. Las muchachas se refugiaron en casa de los amigos, que las recibieron con los brazos abiertos... Permaneció solo, tirado en tierra boca abajo, cerca de un bloque de arcilla, que se obstinaba en no vivir. Dorliac sollozaba toda la noche.

Desde la mañana corría de casa en casa de sus amigos, desencajado, envejecido, lamentable; á todos les preguntaba, con un tono suplicante: «¿No es verdad que era bella?... No es verdad que todos recordáis que el viejo Dorliac, una vez en su vida, fue otra cosa que un cretino?» Los amigos salían del paso bien que mal, lo trataban afectuosamente de atolondrado, y cuando salía, alzaban los hombros...

Dos días después, un mensajero fue á recoger sus maletas á la villa, y se refería que el escultor se había marchado la víspera. Fue un verdadero alivio. Cada quien expresaba la opinión común, diciendo: «Ya se hacía pesado. Ha hecho bien en cambiar de aires.»

Porque ignoraban que el desdichado, la noche anterior, se había precipitado de lo alto de la escarpa, y se había marchado á la eternidad, á buscar en los abismos del mar los restos dispersos de su sueño un instante realizado.

CHARLES DERENNES.

Versión de "El Cojo Ilustrado."

DEMONT-BRETON - "Juan Bart"

COMPASION

—

La tropa, unos veinticinco hombres siniestros, curtidos, envueltos en harapos, sucios de sudor, de barro y de polvo, caminaba con zozobra de huida. Iban todos más ó menos borrachos y animados del ansia única, por el momento, de poner tierra en medio con los enemigos. Su desorden abigarrado, sin compostura y repugnante, trotaba, gruñía, blasfemaba, como una piara de bestias. En el conjunto heterogéneo saltaban tres ó cuatro notas vivas: los pantalones rojos de un negro ruidoso y corpulento, la ferocidad fisonómica de un hombre enteco y largo, con aspecto de zancudo, y la silueta del jefe, titulado coronel, el cual montado en una mula poderosa no cesaba de animar á los hombres en la marcha, ora con palabras de colérica amenaza, ya con promesas. Atravesaban una llanura sembrada de cujíes desmirriados, de cardonales cuyos múltiples brazos erguidos, se erizaban como miembros de agresivos animales, á la vera de los senderos angostos, que rompían la llanura como una red clara. No podían sino marchar por estos estrechos caminos, pues más allá de sus bordes aguardaban los alfileres enconados de las tunas, ó alguna serpiente escondida entre los arbustos y herbazales. Había llovido poco antes y hacía calor. De la tierra caliente y mojada se exhalaba un aliento húmedo, repugnante cual una inmunda caricia. Una que otra remisa ráfaga de viento esparcía de vez en cuando un poco de tenue frescura y un rústico y denso aroma de orégano.

Principiaban á caer las primeras sombras de la noche y la tarde moribunda se anegaba en tinieblas opacas. A través de los ramajes, claros como velos, se distinguía el brillo de las primeras estrellas, aún tímidas, en el fondo lejano de un cielo de ceniza, donde flotaban redondas nubes de plomo. Envueltos en las confusas sombras incipientes, como entre vagas brumas lóbregas, los hombres caminaban con el mausser agarrado de cualquier modo, empujados por las iras del coronel alcoholizado. Hablaban, contaban el asalto del pueblecito, las tropelías que en él cometieron, comentándolas con alegría y orgullo, como hazañas dignas de perpetuo renombre. Al hombre aquél con aspecto de ave zancuda que avanzaba rápido, cautelándose, con un paso de felino en acecho, cedíanles todos la palma de la crueldad. Llamaban á este hombre con el apodo raro de El Alcarabán, que entre los individuos de aquella sórdida manada era su nombre único. El Alcarabán, después del coronel, era el favorito de la tropa, á causa, quizás, de sus desmanes frecuentes y numerosos, no igualados por el más atroz de los bribones que formaban la pandilla.

El pueblo, un pobre caserío, acostado, como un mendigo, en la ribera del lago, era triste y soñoliento. La trulla de los revolucionarios lo había sorprendido aquella mañana; y entre alarmas y terrores de los vecinos se derramaron por la única calle y en los contornos, robando cuanto á mano habían, instalándose principalmente en las dos pulperías únicas, cuyo aguardiente agotaron; hartándose, junto con el aguardiente, de soliviantada ferocidad. El jefe civil huyó aterrorizado á los primeros tiros que en la entrada del pueblo dispararon los del bando rebelde; y los vecinos se encerraban en sus casas, tratando de esconder y soterrar toda suerte de armas y el dinero y las provisiones. Quién sabe en dónde hubiera parado el desenfreno de la gavilla, si una falsa alarma, salida de no se sabe dónde, no hubiera obligado al coronel á tomar el portante con su tropa, ya ebria, y cargada con el escaso botín que pudo recoger en la prisa. Entre los elementos del botín figuraban principalmente botellas de aguardientes distintos: litros de brandy rojizo, *cantecas* de ginebra, frascos de caña cristalina, frascos de rom amarillento, y no faltaba alguna flaca botella de cerveza criolla, de vidrio obscuro. Pero en su avidez de dipsómanos ninguno habíase percatado de robar provisiones de boca, y en medio de la borrachera sólo el coronel fue previsivo, en otro respecto, llevándose la mula del más pudiente personaje del aldeorrio.

Así marchando, y creyéndose perseguidos, con la noche sintieron la fatiga de la borrachez, á medias disipada por el ejercicio de la marcha, y una hambre violenta, que acompañada por la sed hidrópica se convertía en ardiente gazuza. De su hambre hablaban.

—Si nos sigue así la cosa nos comeremos á Barriguita, decía el Alcarabán. Barriguita era un hombre bajo y gordo, y borracho como veinte, que gruñía y resoplaba de continuo con un apuro de marrano.

—Por aquí debe de haber algún rancho, onde encontraremos qué echale á las tripas. Apúra el paso, que la noche se nos viene encima, y fea... dijo el coronel.

Caminaron en silencio. Sólo una chacota aislada del Alcarabán, á la que no respondía nadie, rompía el silencio preñado de disgusto. Alguno se detenía á veces para vaciar el contenido ya moribundo de una botella. Así anduvieron algún tiempo. De repente el Alcarabán, que iba delantero, se detuvo.

—A'hí hay un rancho...

En un claro se alzaba un rancho de palmas, mezquino y pobre, delante de un platanal, ruidoso á la caricia del viento. Por una abertura de la negruzca pared de barro se divisaba un vago resplandor.

—Tóque la puerta, sargento...

El Alcarabán le asestó dos culatazos bestiales á la enclenque tabla que hacía el oficio de puerta. Un silencio de segundos.

—Quién es? preguntó una voz hombruna, temblorosa de temor.

—Abra, ábra pronto, ordenó el coronel á gritos.

—Pero quién es?

El coronel soltó un terno gordísimo. El hombre de los pantalones carmesíes se acercó al Alcarabán.

—Vamos á romper la puerta...

—Abra, si no le suelto un tiro...

El coronel se había apeado de la mula. Se oía un ruido sordo en el interior del rancho. La puerta se abrió después, tras un vago ruido. Un mulato pálido asomó su rostro flaco y asustado.

—Qué quieren?

El Alcarabán estaba ya adentro, inspeccionándolo todo, husmeando como un perro. El coronel decía:

—Usted debe tener algo qué comer... Tenemos hambre... Se lo pagaremos...

El hombre, lleno de terror, retrocedía, sin poder articular respuesta. Algunos soldados asomaban la cara, como hocicos de canes á la entrada de la cueva en que se esconde la pieza. Se les había prohibido entrar. Cuatro estaban ya adentro. Un interior destartalado, mísero, mostraba su desnudez desagradable, como la superficie de una úlcera. En la pared, aquí y allá utensilios colgados. Dos taburetes cojos. Una mesa sucia sobre la cual ardía un candil humeante. Dos chinchorros de curva cerrada. Un gran cajón. Los rincones se perdían en la obscuridad.

—No tenemos nada... nada... señores... militares... prorrumpió una voz de mujer, trémula y enfermiza; una voz mate que parecía un vaho de tumba.

—Nada?... No se niegue á atender al ejército, que puede salirle por un ojo, dijo el Alcarabán.

—No tenemos nada, general... se atrevió al fin el mulato, se lo juro... si no se lo daríamos... No hay nada...

Tenía una expresión alocada y accionaba con ademanes zurdos, inciertos, sin hallar qué decir.

—Registre el rancho!...

Ya el Alcarabán lo ponía por obra.

—Amarren á éste...

El de los pantalones encarnados se le echó encima al mulato, el cual ni asomos de resistencia opuso. La mujer rompió entonces á llorar sin fuerza, con sollozos largos y profundos.

—Como que quiere fiesta también la vieja?

El Alcarabán lo registraba todo: ollas, cajones, totumas, los rincones, el suelo, con una furia de hambre. No había nada, nada. La mujer proseguía su llanto. El coronel estaba furioso y su embriaguez exaltaba la cólera de un modo brutal.

—Amárren á la mujer también.

La mujer se levantó de su chinchorro con los ojos dilatados de terror, temblorosa y pálida. No pudo hablar. Apareció claramente como era, una india pequeña, de rostro feo, lívido en aquel instante por el miedo, enjuta de carnes, envuelta en una camisa precaria, mostrando sus hombros y sus brazos desnudos.

—Afuéra con ellos. Amárrenlos á un cují ahí afuera... Nos han escondido la comida... Nos quieren matar de hambre...

Se llevaron á los infelices. El hombre estaba mudo. La mujer había reasumido su llanto, penoso, roto por sollozos tremulentos y largos, como angustiados hipos.

—No podemos seguir de aquí esta noche... Estamos cansados y sin comer... y si se aparece la gente del cojo Rueda, acabamos de componernos. Por fortuna creo que no llegarán hasta aquí ahora... Sin embargo es bueno vigilar... Pondremos centinelas... Estos montunos son capaces de haber escondido la comida. Pero me la pagarán... me la pagarán...

La borrachera del coronel llegaba á su colmo. El Alcarabán, mustio, apoyado en un machete, frente al candil humeante, parecía cavilar en cosas tristes. En realidad, había bebido más que todos los demás juntos. Barriguita estaba inquieto. El coronel salió del rancho y se oyeron sus órdenes y sus votos tremendos y amenazantes contra todo el mundo. Injuriaba con gritos y frases horribles á la desdichada pareja, llena de ataduras.

—Estos montunos... decía el Alcarabán, meditabundo.

Barriguita se reía con una risa extraña y por sus ojos cruzaban relámpagos indecisos, como los fatuos destellos que brotan de la podredumbre.

Afuera la alharaca del coronel continuaba cada vez con mayor frenesí. De repente sonaron ruidos opacos y dos alaridos desgarraron el ambiente. Después un llanto fuerte pobló el aire con notas desesperadas. El coronel golpeaba á los dos campesinos.

Barriguita y el Alcarabán se miraron sonriendo. El gordo resplandecía como una lámpara colmada de aceite. El larguirucho mostraba una discreta y reservada fruición, inmóvil, apoyado en su machete.

Entonces sucedió una cosa rara, inesperada, y que dejó confundidos de súbito á los dos bandoleros. Del chinchorro más distante, que estaba colgado en la parte del rancho sumida entre sombras, partió otro llanto, un llanto distinto, tierno, agudo, un llanto de niño que reclama su alimento.

—Hay un muchachito, dijo Barriguita confuso.

El Alcarabán se mostraba también lleno de alguna turbación.

—Vamos á ver...

Agarró el candil y se acercaron al chinchorro. Envuelto á medias entre trapos nada limpios, entre los cuales asomaban sus carnes morenas, un niño de pocos meses perneaba y manoteaba, llorando á gritos, con una desesperación de hambriento. Sus ojitos negros parpadearon de súbito á la luz del candil, é interrumpió su llanto, como ocupado de una intensa curiosidad, ó pensando tal vez que era la madre solícita que acudía á aplacar su lloro, dándole de mamar. Pero después recomenzó sus chillidos con furor redoblado, quién sabe si lleno de susto ante los truculentos rostros de los guerrilleros.

Estos, inmóviles, miraban al niño con una estupidez silenciosa.

—Tiene hambre el *crío*.

—No sera más de la que yo tengo.

Afuera los gritos se habían apagado y un silencio de soledad inundaba el recinto. El coronel entró por la puerta, con los ojos encarnizados, tambaleándose casi, por fuerza de su ebriedad, con su machete desnudo en la mano.

—Qué es eso, condenaos?

—Una cría, coronel, mire.

El Alcarabán alzó el candil con la siniestra y le mostró al coronel el fondo del chinchorro con su dedo largo y huesudo. El chico aullaba como un perro apaleado. La sombra de los hombres agrupados en un aquelarre fantástico se movía, encogiéndose y estirándose, por el suelo y en las paredes negruzcas. Algunos soldados curiosos penetraban en el rancho y se agolpaban en torno del chinchorro. El coronel borracho examinaba al chiquitín con mucha atención.

—Ea, por qué lloras?... Si te hubieran pegado como á los bichos de tus padres... Por qué llora el muchacho, sargento?... Qué le han hecho?...

Tenía la palabra difícil.

—Tiene hambre, coronel, según supongo... Será la hora en que la india acostumbra darle de mamar... Debe ser eso, á menos que no esté enfermo, el animalito...

—Tiene hambre?... Tiene hambre?...

Miraba el rostro de sus hombres con una mirada interrogativa, como tomando consejo, como preguntándoles lo que debia hacer. Las fisonomías idiotizadas por el aguardiente, las caras cargadas de sueño, imbéciles y entristecidas, lo miraban con asombro, con indiferencia ó esbozando una sonrisa de estupidez y malicia.

—Qué debía hacer? Cómo iban á saber ellos nada? El era el jefe, el general... En su lugar ellos quién sabe lo que hubieran hecho!... Acaso no hubieran hecho nada... Pero el coronel tenía que hacer algo, debía hacer algo con aquel rorro hambriento. Les sonrió con una sonrisa, hedionda de alcoholismo. Había encontrado lo que debía hacer.

—Es preciso darle de mamar!...

El Alcarabán lo miró con asombro. Realmente no hubiera nunca creído á su jefe capaz de tal humanitarismo.

—Vénga, sargento.. Tráigase la luz...

Salieron. En el rancho, inundado por las tinieblas, el chico lloraba con gritos desgarradores de criatura abandonada. Afuera, en el claro que había frente al rancho, amarrados al tronco de un guayabo tísico, juntos, confundidos en un montón de trapos y carnes, de donde partía sin tregua un quejido vago, monótono, horrible, estaban hombre y mujer. El candil del Alcarabán esparcía resplandores inciertos en un estrecho círculo, en el cual se destacaba el mismo rostro del Alcarabán, impávido. La llama amarilla é inquieta estaba coronada por un penacho de humo tenebroso. Más allá del círculo de fulgor pálido se dilataba la noche, obscura, como un luto enorme. No soplaba hálito de brisa, y las estrellas parecían congeladas en el cielo distante y lúgubre.

—Vénga, sargento.

El Alcarabán se aproximó, pensando que su jefe iba á soltar á la mujer. Mientras el marido, con la cabeza gacha, parecía lleno de una infinita resignación ante todos los ultrajes que sobrevinieran, la mujer, tenía erguida la cabeza y miraba con ojos llenos de dolor y ansiedad.

—Por Dios!... Mi hijito... Suélteme, señor general...

El coronel gruñó, como un cerdo alegre. Agarró la camisa de la mujer y con un tirón brusco y fuerte la desgarró. Apareció el seno de la india, seno de madre, henchido de leche. Sobre la flacura de su tórax, resaltaban los orbes de sus pechos maternales.

—Vénga, sargento...

Alzó su machete, que relampagueó un momento á la indecisa luz del candil con un lampo lívido, y comenzó la más espantosa amputación... La mujer aullaba, se retorcía, bramaba, como una res degollada, y hacía esfuerzos inútiles por librar sus manos de las ataduras. El mulato había alzado la cabeza un momento, para volverla á inclinar luego lanzando un gemido, trágico, sordo, horripilante, en donde latía el más tremendo espanto, un terror sin límites, un extravío de locura... Algunos de los foragidos, azotados de repente por el horror de la escena, miraban aterrorizados, súbitamente libres de la embriaguez. Otros

G. W. JOY - El tambor del Rey

veían con los mismos ojos estúpidos de siempre aquella operación. El Alcarabán sostenía el candil con impasibilidad. Tenía fruncidas las narices y apretadas las mandibulas, como quien trata de soportar un dolor. Barriguita con las manos en la cintura, se mostraba indiferente.

Con torpeza de carnicero inhábil que descuartiza una res, el coronel se apresuraba en su tarea. Quería andar de prisa y cortaba con precipitación brutal. La sangre, salida en raudales, le bañaba todas las manos en un baño rojo y cálido. Al fin terminó. Cogió el seno amputado, que goteaba sangre y lo mostró á su gente. La mujer estaba desmayada. El marido, el mulato, proseguía exhalando su quejido de pavor.

—Vénga, sargento.

Entró en el rancho. El niño, que se había callado un momento antes, rompió de nuevo á llorar.

—Alúmbre.

El Alcarabán alzó su candil. El chico lloraba con furor. Entonces el coronel puso á un lado el machete, cogió con entrambas manos el pecho arrancado á la pobre india y lo colocó, con cuidado, complacido y meticuloso, en la boca del chico. Este chupó con hambre, bebiendo aquel licor de muerte.

Y al resplandor del candil, la fisonomía del facineroso se iluminó con una luz de bondad...

JESÚS SEMPRÚM.

LA GUILLOTINA

—

Esta vez parece que sí ha concluido y que la pena de muerte queda abolida. El tratamiento de «Monsieur de Paris» no figura en el presupuesto. M. Sarrien, presidente del Consejo, ha anunciado su propósito de darle á esta medida una sanción irrevocable. El proyecto de ley, propuesto por él, será votado sin oposición. Yo no sé si se hallará en una de las Cámaras una voz para combatirlo. Sobre este punto, como sobre tantos otros, las ideas evolucionan....No es de hoy la cuestión de realizar esta reforma. Victor Hugo no cesó de romper lanzas en su favor. Pero, desde que se trataba de realizarla, voces indignas se levantaban.... Sueños de poeta!...Falsa sensibleria!...

—Que los señores asesinos comiencen! exclamaba Alfonso Karr.

Poco á poco, la resistencia se ha debilitado. Se continúa protestando, por fidelidad á la tradición, por un resto de costumbre. Ya no existe la convicción... ¿Qué queréis? El viento sopla de otro lado. Lo que nos vincula á los viejos hábitos, á las costumbres del pasado, se relaja y se rompe.

Las nuevas generaciones se nutren de doctrinas que nuestros padres proclamaban paradojales. Han leido á Tolstoy, que es, por muchos respectos, el continuador de los filósofos de 1848.... El humanitarismo, el respeto de la vida humana, la indulgencia y la dulzura substituidas á la vindicta pública, la inclinación á ver en los criminales enfermos antes que culpables, y, por otra parte, el deseo de perseguir su curación más bien que su castigo; todas estas cosas, lentamente, nos penetran y nos preparan á aceptar ciertos cambios que rechazábamos ayer. Es un trabajo obscuro que se hace en los espíritus, análogo á la subida de la savia á lo largo de los tallos. No se explica cómo, un bello día, el fruto está maduro; se viene á la mano y cae por sí mismo. La supresión de la pena capital ha llegado á ese grado de madurez. Las palabras verdugo, cadalso, las imágenes que evocan, tienen no sé qué de *suranné*, de retrospectivo. Esto no cuadra con el tiempo actual. Esto debe desaparecer...

Hace algunos años, yo tuve la clara visión de ello, cuando una cortesía del prefecto de policía me permitió asistir á la ejecución de un condenado célebre. Jamás se me había ofrecido semejante espectáculo. Iba, pues, á contemplar por fin á Monsieur de Paris y su terrible máquina. Hasta el último momento, para evitar la afluencia importuna de holgazanes, la fecha de la fúnebre ceremonia había permanecido en secreto. Aquella tarde recibí aviso de que se efectuaría al día siguiente, al salir el sol. No me recogí, y al golpe de las tres, me encaminé á la plaza de la Roquette....

Era una mañana de otoño, húmeda y fría; una lluvia fina humedecía el pavimento; los mecheros de gas tremulaban en la bruma; una tristeza indecible se exhalaba del cielo negro, de las calles desiertas, de las casas cerradas. Ante la puerta de la prisión, dos ó tres hombres se ocupaban en una tarea que no distinguía al principio; sacaban de un carretón viguetas, paquetes de cuerdas, canastos. Ví, cuando me acerqué, que se aprestaban á erigir el madero de justicia. Algunos raros espectadores los miraban trabajar, simples curiosos como yo, periodistas en busca de reportaje, mezclados á pilluelos que habían podido burlar la vigilancia de sus padres y de los agentes....En ambos extremos de la plaza, se abrían establecimientos de «bistros», de donde salía un confuso murmullo de conversaciones, de cantos y de risas. Aquellas risas eran siniestras. Me asomé á la puerta de una de aquellas tabernas y observé, recostados sobre el contador una docena de parroquianos y parroquianas que tomaban aguardiente.... Alrededor de una mesa, tres señoritas de sombreros extravagantes, acompañadas de gentlemen de levita negra, vaciaban una ensaladera de vino caliente. Después del teatro habían cenado, luego, para terminar su noche de «calaverada» iban á pagarse un placer de alto gusto....

Sin embargo, la aurora aparecía.... Su lívido fulgor alumbraba los muros grises de la Roquette, la fachada leprosa de los hoteles tuertos, el esqueleto de los árboles desmedrados, medio despojados de sus hojas palidescentes.... La multitud engrosaba...Contenida por un cordón de guardias montados, se apiñaba en torno de la guillotina. Esta, luciente y limpia, engrasada de nuevo, estaba pronta á funcionar. Me pareció de aspecto mediocre...Y qué! esos puntales, delgados como filetes, colocados á ras de tierra, esa estrecha lámina, ese triángulo de acero, ese cabo de hilo, eso era el patíbulo?....Antes, se levantaba con solemnidad, con pompa, sobre un teatro. El verdugo, sólido rapagón vestido de rojo, trepaba á él, con su hacha en la mano.....Alguien me mostró á un hombrecillo, de cara enjuta, cubierto con un «tubo de estufa», la redingota negra correctamente abotonada.

—Es él, Monsieur de Paris.

Aquel subjefe de gabinete me pareció entonces mas grotesco que lúgubre... Yo marchaba de decepción en decepción.

Pero, va á sonar el minuto supremo....Los cerrojos crujen. El pesado portalón gira sobre sus goznes, se separa y da paso al condenado. Los puños atados á la espalda, el cuello de la camisa escotado por unas tijeras brutales, los cabellos cortados, avanza con un paso automático; su rostro está lívido, su ojo fijo y como ausente. De pronto, en él se refleja el horror. El desdichado ha visto la «máquina»; instintivamente se detiene, retrocede; se vuelve hacia el limosnero que lo abraza y le desliza al oído una palabra de aliento. Se le arrastra, se le empuja; sus pies tropiezan con la plancha, su cuerpo bambolea....El señor de levita ha levantado el dedo....Un relámpago....Un golpe seco....La cuchilla cae....Se ha hecho justicia.

Durante esta escena cruel, ni una palabra, ni un grito. Todos los corazones están oprimidos, todas las frentes están descubiertas. Se saluda á la muerte que pasa. Pero, inmediatamente después de la ejecución, la muchedumbre recupera su voz; se precipita furiosa hacia el cadáver decapitado. En primera fila estaban las señoritas que yo había visto en casa del tabernero. Con un gesto delicado, humedecen su pañuelo de encaje en la sangre que gotea, en aquella sangre parecida al vino caliente que ahora poco catában. Bajo la luz cruda del alba, sus afeites se desconchan, los oropeles de sus ropas aparecen mustios y lamentables. Aquello es repugnante.....Sus pupilas dejan filtrar una mirada vagamente feroz. La bestialidad primitiva dormita en el fondo de todo sér humano. El olor de la sangre la despierta....

Tales son las impresiones que me produjo aquel drama repugnante. A pesar del tiempo trascurrido, persisten. Me figuro siempre aquello con horror. Ciertamente, el miserable que sufría á mi vista la pena, no merecía ninguna simpatía, casi ninguna piedad; había asesinado friamente á una brava mujer, su bienhechora, para robarla. Era, en toda la fuerza del vocablo, un bandido. Acaso yo también lo hubiese condenado á muerte como sus jueces.... Sin embargo, la barbarie de aquella muerte me sublevó. A falta de mi razón, mi sensibilidad alegaba las circunstancias atenuantes. Volviendo hacia el París indiferente y alegre, yo pensaba:

—¿Ese monstruo es completamente responsable de sus actos? ¿Qué educación ha recibido? ¿En qué medio se ha formado? ¿No tendría un padre alcohólico que le legó los gérmenes de la locura y del crimen? Que la sociedad se defienda contra él, que le impida dañar, que lo encierre: es su deber....¿Tiene el derecho de suprimirlo? Quién sabe si un resto de conciencia no se despertará en la bestia, si su alma no resucitará al aguijón de los remordimientos!....¿Por qué arrebatarle esta probabilidad de rehabilitación moral y de salud?

Así argumentan los adversarios de la pena de muerte. En cuanto á la eterna objeción que se les opone, de la ejemplaridad del suplicio y que por el terror que inspira disminuye el número de los criminales, es una pura ilusión. Está abolido en la mayor parte de los países de Europa y no se ve que en ellos la criminalidad sea tan grande como en Francia.

Como lo hacen observar elocuentemente Paul y Victor Margueritte, no es tronchando una flor venenosa como se impide que retoñen las malas raíces. Es preciso remover el campo entero y sembrar la buena semilla. Es preciso surcar el abono social, en donde se desarrollan tantas pasiones peligrosas en la podredumbre y la miseria.

Y, luego, ¿qué os diré?....La guillotina no responde á nuestras necesidades de elegancia y de pulcritud....Es demasiado fea!

ADOLPHE BRISSON.

Versión de EL COJO ILUSTRADO.

ESCENA

I

En rincón solitario de la taberna,
donde la luz se asfixia pálida y fría,
bebe y atiza un viejo su sed eterna
con no sé qué espantosa, triste alegría.
Es su mirada torva, pero muy tierna,
ternura de borracho, ternura impía,
que conmueve muy hondo los corazones
y en que giran y bailan las decepciones.

Una noche un amigo me dijo: «Vélo,
tiene el corte siniestro de un asesino».
Bajo marañas grises de hirsuto pelo
su frente deprimida, color de vino,
se contrajo, y furioso, y hurgando el suelo
con su bastón ferrado de duro encino,
nos contempló un instante con fieros ojos,
como áscuas encendidos, vivos y rojos.

Y quiso hablar sin duda, pero no pudo;
salieron roncos gritos de su garganta
que la embriaguez ataba con fuerte nudo.
Se remueve en su asiento con ansia tanta
que le miro con miedo, trémulo, mudo;
entonces energúmeno se levanta,
se llega hasta nosotros con paso incierto
y cae á nuestras plantas...¡estaba muerto!

II

Después de algunos meses, á la taberna
volvimos, y á la llama pálida, fría,
bebe y atiza un joven su sed eterna,
esparciendo en los ánimos la alegría.

Es su mirada franca, dulce y muy tierna,
ternura de alma nueva, ternura pía,
que conmueve muy hondo los corazones
y en que giran y bailan las ilusiones.

Sin conocerle ambos le saludamos
y me observó mi amigo: «Mírale, el mismo:
no más que como Fausto»...«Hola! bebamos»,
nos dijo el joven cliente con voz de abismo:
y al tomar nuestras copas le contemplamos,
mientras él atacaba con heroísmo
la botella de Brandy puesta á su lado,
charlando y apurando regocijado.

Hablaba sacudiendo su negro pelo,
con voz entrecortada, voz de beodo:
«Aquí murió mi padre...también mi abuelo...
al fin del mismo barro...del mismo lodo...
en este viejo...banco...pegado...al suelo...
ha muerto...mi familia...de alzar...el codo...»
Y en tanto que esta historia nos refería
yo lloraba y mis lágrimas me bebía.

JESUS E. VALENZUELA.

El estío en Inglaterra - La siega de heno

LA POETISA

—

De padres fabricantes de fideos, de familia en prosa, del medio de un medio comercial, balanceando entre fideos y calderilla, Julieta había nacido poetisa, como las flores nacen del cementerio, como de la oruga la crisálida, y como de la vulgar crisálida la pintada mariposa.

Ni la nodriza, ni la madre, ni los padrinos, le habían enseñado nunca á hacer versos, y ella, por la sagrada estrella que las Musas plantan en la frente de sus criaturas mimadas, al romper en la charla precursora, rompió en versos perfectos. Puede decirse que rimó *papá* con *mamá*, como si ya tuviese confianza con las musas.

La aritmética la aprendió en verso; la geografía en redondillas; la historia, en décimas reales; el Fleuri, en romance bíblico; la urbanidad, en versos libres; y sus maestros y sus padres, y los parientes de los padres y de los maestros, y los que entraban en el almacén de fideos, y hasta los amasadores de la pasta no sabían qué admirar más: que la criatura hiciese aquellos versos, ó que los versos dejasen crecer la criatura.

A los diez años los padres se los prohibieron por consejo de los médicos y de los padrinos, que temían, con muy buen juicio, que el dón poético le embotase la circulación y le trastornase las células, y la hicieron hablar siempre en prosa; á los doce, ya hacía quintillas á escondidas; á los catorce, dúos, también á escondidas, con un mozo, al que tuvieron que despedir por demasiado amor á la poesía; á los diez y ocho, se volvió fea, y harto tuvo que hacer con no parecerlo; y á los veinte ya no la pudieron detener: de los fideos, de los parroquianos, de la familia, de los que iban y venían, de los que pasaban, de todo hacía poesía.

El hombre eran versos, el establecimiento eran versos, los compradores versos, y hasta la pasta eran versos y los amasadores, y las pastitas.

Y no crean ustedes que hacía idilios con aquel personal que la rodeaba. No había nacido para idilios: dramas y muy dramas, dramas de hombre, y cuanto más terribles mejor, y cargados de erres feroces, y con algún reniego poético y con un realismo que daba espanto. El trigo que se convertía en pasta, antes de pasar á ser fideo, le daba motivo para describir todos los afanes de la siega, pasando del sol á la espiga, y de la espiga á la hoz, y de la hoz á la muerte; la pasta entrando en el molde, le inspiraba la opresión, y de la opresión á la venganza, y de la venganza al exterminio, y del exterminio á la agonía. El fideo, el mismo sencillo fideo saliendo fuerte y libre, le hacía cantar la libertad, y de la libertad á la patria, y de la patria al Bruch, y del Bruch á los Juegos Florales, y de los Juegos Florales á la englantina.

No tenía más que veintiún años y ya la tenía, la englantina, ya era suya, cuando tantos poetas envejecidos en la rima, en el ritmo y en todos los secretos florales no tenían más que tristes accéssits, y muchos de ellos por influencia de amigos mantenedores. Ya sólo le faltaban dos premios para ser maestra en gaya ciencia; ya con dos empujones más bien poéticos y bien floridos tendría el título efectivo para enseñar poesía á las clases productoras.

Pero aquello no duró mucho. Aun *concurría* alguna vez, pero puramente por fraternidad, para llenar la fiesta, para aprovechar los versos florales que había hecho de niña. Pero ahora había tenido la suerte de poderse enamorar, la más suerte de encontrar un enamorado, la resuerte de que la dejase, cuando la tenía bien entusiasmada, por viles cuestiones de intereses; y esta ocasión punzadora venía tan de perlas para hacer un tomito de engaños, de quejas plañideras, de dolores amargos y de espinas de juventud, que hubiese sido tonta en desperdiciarla, porque ¡ay! las ocasiones de sufrir en verso pasan muy altas sobre la vida.

En esta ocasión *señalada*, como siempre, la noche, las estrellas, y sobre todo, la pobre luna fueron las que pagaron el pato. Venga esperar que saliese, y venga suspirar cuando salía; venga añorarla cuando no luce, y bostezar cuando es luna llena; venga volver los ojos hacia su luz, y de la luz á las cuartillas.

Ni los astrónomos que van á *inspeccionar* los eclipses han pasado tanto tiempo en las azoteas como pasó ella desde el desengaño de aquel joven. ¿Que era plenilunio? Redondillas, con alguna reflexión fugitiva sobre la plenitud de la inconstancia. ¿Que en cuarto creciente? Octavas reales con el alarido del amor creciente. ¿Que menguaba, como mengua siempre que tiene el deber de menguar? Dolores, muchos dolores, como una chispa de blancor muy velado que cayese sobre el corazón de los versos como lágrimas de plata. No se escapaban ni un rayo de la plácida claridad mortecina, ni un rayito, ni una hebra; abría el corazón de par en par y todos iban á caer dentro. ¡Oh luna! ¡Cuánta inocencia has hecho abrirse con tu mirada muerta! ¡Cuántas poetisas has hecho hacer, y á cuántos poetisos has perturbado! ¡Cuántas almas sensibles has arrancado á la materialidad de los fideos, para llevarlas á la región del sueño! ¡Y cuánto le cuesta despertarse á aquél que te mira!

Un año tardó en despertar de su sueño nuestra gran poetisa, un año justo, y todo para

nada: para volverse á adormecer en seguida, y esta vez en serio. Fue, como era natural que fuese, en comunión espiritual con un poeta, con otro poeta como ella, con los mismos sentimientos y los mismos gustos que ella, con igual amor á las penas hondas. A aquel poeta ni le conocía, ni le conocería nunca. Acaso vivía lejos, ¡ay! como viven todos; acaso ni vivía; acaso ya habría muerto cuando ella empezó á leerle. Pero, ¿qué importaba eso? Vivían sus obras, y qué obras, y qué versos ¡válgame la santa poesía! Cada verso era un grito desgarrador de un alma gemela de la suya, que batallaba para huir de la triste materia terrosa y embriagarse de nieblas; cada estrofa era una puesta de sol y de melancolía; y había tantas puestas de sol, que nunca amanecía en aquel gran corazón de tinieblas: cada palabra era un gemido, cada línea el rastro de una pena, cada letra un lamento; y ella seguía tan bien aquellas penas, lloraba de tal modo el llanto del poeta, se entristecía tanto con sus tristezas y batallaba tan á tiempo al mismo compás de ansias, que llegó á hacerse esta cuenta y á decidir esta conducta: que si de allí en adelante no padecía, no volvería á coger la pluma; que sólo del dolor puede brotar la poesía; que los grandes versos salen de los grandes disgustos; que las Musas son las lágrimas; que la felicidad no inspira; que sólo puede tener inspiración la que es muy desgraciada; y... para ser muy desgraciada... se casó!

Se casó, para ser lo más desgraciada posible, con un comerciante en granos, bien vulgar, bien prosaico, bien aferrado á la materia; con el que menos pudiese comprenderla. El iría á su modo por el camino pedestre de la vida, y ella en casa, á sufrir y callar, ¡y á hacer versos! Si no la quería, mejor: haría un volumen de quejas con cada lamento que estremeciese. ¿Si la maltrataba? ¡Mejor! Ya se oirían las tiradas. ¿Y si llegase á pegarla? ¡Qué odas si llegase á pegarla! Cada golpe sería una estrofa, y los cardenales que le pudiese hacer se curarían, y los lamentos poéticos que escribiese los guardaría la eternidad.

Pero ¡vaya usted á hacer profecías con los hombres cuando la suerte se empeña en estorbarle á usted la carrera! Aquel pobre comerciante, que por fuerza había de ser tan bruto, tan pegador y tan fiera resultó una malva poética. La quería como si no fuese poetisa: le respetaba todos los claros de luna y todas las puestas de sol, que siempre caían en las horas de comer; la escuchaba atontado como á una sibila mansa, y la dejaba hacer todo lo que quería. Así es que, con la desgracia de no tener una hora triste para poder mojar la pluma en lágrimas, ¿quién hace poesía ni quién se queja? En lugar de los versos que esperaba poder hacer con el sufrimiento, le vino un hijo.

¡Y qué hijo! ¡Qué hermoso! ¡Y qué poco brindaba á hacer elegías aquel montón de carne sonrosada! Gordo, ancho, duro, con salud para dar y tomar ¡vaya usted á hacer versos á aquel muchachote tan *fiero!* Quería comer, y reir, y romper á hablar cuanto antes, y en prosa, y echar dos filas de dientes como el doble blanco del dominó; y su madre que además de poetisa era madre, esperaba tiempos más tristes para sacarse las penas de dentro, pero ya no deseaba que viniesen. Para hacer versos alegres, más vale no hacerlos. ¡Los versos alegres no son versos! *¿Madrigales?* Que madrugue quien quiera. Hasta que oía el toque de oraciones dormía poéticamente. ¿Baladas? La que espera el drama *vivido* no quiere nada con baladas. Pero era joven y esperaría: si ahora no tenía suerte, paciencia, que ya vendrían las trifulcas, y les juro á ustedes que la habían de oir! Un tomo de trescientas páginas, con versos hasta quedarse de sobra, y todos tristes, todos de alma dolorida!

Pero el adoloramiento no llegaba, y entretanto no se podía trabajar. Todo estaba tranquilo en aquella casa *desgraciada:* ni un constipadillo, ni un disgusto, ni una melancolía! ¡Hasta el gato empeñado en no morirse! ¡Hasta los suegros empeñados en no dar disgustos! Una harmonía desesperante. ¡Vamos, que así no se podía escribir! No era vivir, vivir tan bien. ¡Era malgastar la vida aquel colmo de felicidad! En dos años que llevaba de casada, no haber podido escribir ni un soneto por escasez de emociones, era una afrenta y un escándalo. Los libros se le convertían en hijos. Al segundo año el segundo libro, al tercero el tercero, al cuarto, el cuarto, y á los diez las obras completas. ¡Si eso no era errar la carrera, que bajasen las Musas á decirlo!

Una vez, por sospechas, le pareció, ya esperanzada, que su marido se le distraía. Venía tarde, comía de prisa, y bostezaba. «Calla,—se dijo,—explotarás los celos y los explotarás en versos libres, que son los que mejor se prestan para los dolores súbitos y enérgicos.» Pero ¡cá! ¡Qué había de distraerse! El trigo y su mujer eran lo único que le distraía, y con las distracciones del trigo no podía lucirse una poetisa! Otra vez tuvo que marcharse por tres meses. «Añoranza,—pensó ella.—Explotarás la añoranza, y esta vez en versos cortos, y llenos de tristeza.» Pero, ¡tampoco! El que tuvo añoranza fue él. Al cabo de ocho días ya la tenía otra vez á su lado, precisamente cuando estaba empezando á escribir. «Tal vez se cansará,» se dijo ella, como última esperanza. Tampoco. Aquel diablo de comerciante tenía todos los recursos para no dejarse aburrir: era amable, era generoso, era divertido; sabía mandar, sabía obedecer, sabía tocar el piano, sabía no hacer demasiado ruido, y sabía quitar la gana de hacer versos. De eso sí que sabía, lo juro. En diez años de matrimonio siempre habían hablado en prosa.

De tanto hablar así, acabó por no resignarse. Veía su vida, inválida; con aumento para la humanidad, pero con pérdida para las letras; y padecía de no padecer, y lloraba de no llorar, y no se resignaba porque ni de resignarse había tiempo en aquella dichosa casa! El poco que tenía, libre, pensaba en que *aquel* poeta la tendría compasión; si veía las cuartillas, su blancura la avergonzaba; y si alguna vez veía la luna, ya casi no se atrevía á mirarla, porque se figuraba que le decía:

—¿Qué has hecho poetisa descalabrada? ¿Por qué, en vez de buscar marido, no has buscado los dos premios de gaya ciencia que te faltan? ¿En qué has gastado la vida, mujer indigna? Para tener hijos y más hijos ¿qué falta te hacía mirarme desde la azotea, y ponerme los ojos en blanco, y contarme tantas trifulcas? ¡Vuelve á tus fideos, que los mereces! ¡Aparta, falsa poetisa!

—Es que no he tenido tiempo.

—¡A los fideos, te digo!

—En el mundo lo he pasado demasiado bien, y yo...

—¡A los fideos!

—Sí; me he equivocado: te lo confieso,

P. GERVAIS - Los Centauros

U. CHECA - Los Hunos; Atila

luna. El vivir no me ha dejado escribir; pero ahora me haré vieja, y en la vejez ya no viviré, y te prometo... ¡Oh blanca luna! tres tomos antes de morirme.

—¿Tres tomos de qué?

—De mi vida.

—Tu vida no se escribe: se pasa: Sólo te pido un soneto; un triste soneto, no un soneto triste: «A la mujer equivocada.» Cuando tengas una desgracia, escríbelo.

—¡Ay! Temo que no la tendré nunca.

—Entonces, no lo hagas, pero no me mires nunca á la cara. No quiero llevar más la cesta á mujeres que se equivocan.

SANTIAGO RUSIÑOL.

ANANKE

A Leopoldo Landaeta.

Filomela feliz decía al inmenso
Azul la adoración de la floresta.
(Céfiro y fuente estaban en suspenso;
El bosque oía en religiosa fiesta).

El misterio del cántico surgia
De una divina perla misteriosa.
Perla que un dia ¡inolvidable día!
Cayó de la pupila silenciosa
De Pan que se moría...

Filomela sorbió la perla pura,
Y en la gran taza azul y argentina
Rompió á verter con lírica locura,
Perla á perla, la música divina.

Pero ¡ay! un día ¡inolvidable día!
Esa flauta, delirio de harmonía,—
De la panida perla fino estuche,—
Cayó en la garra formidable y fría
De un bárbaro falcón de ávido buche...

1906. J. T. ARREAZA CALATRAVA.

ENTRE ESCOMBROS (*)

A Eloy G. González.

REFIRIENDONOS á nuestras razas indígenas, huroneando cuidadosamente en las narraciones de nuestros historiadores Antonio de Herrera, Oviedo Valdez, Fray Pedro Simón, Castellanos, Caulin, Munilla, Fernández de Navarrete, etc., claramente observamos, como lo afirma un ilustrado y notable publicista-patrio, el doctor Gil Fortoul, que los historiadores de la conquista no se refirieron en el concepto de raza á caracteres anatómicos, y si acaso aparece uno que otro rasgo que pudiera reputarse de tal, no son, por lo vagos y escasos de precisión científica, fundamento suficiente para constituir una diferenciación de razas, ni aun remotamente, en el sentido recto de la palabra.

La sospecha que acaso pudiera sugerirnos la diversidad de nombres con que nuestros indios se distinguían en sus diversas agrupaciones, *caribes*, *caracas*, *nirguas*, *yanaconas*, *tocuyos*, *timotes*, etc., al punto se desvanece al pensar en que esos distintos nombres con que nuestros indígenas se llamaban de región en región, no representan sino familias, agrupaciones, pueblos, *naciones* (como decían los conquistadores y dicen los historiadores), y de ninguna manera razas, en el concepto científico de tales: «no se llamaban con nombre común sino con el nombre de sus pueblos», dice un historiador, y de tal manera es esto así, que Jiménez de Quesada, en su expedición del Río Grande del Magdalena, tratando de saber si aquellas tierras tenían algún nombre que las comprendiese á todas, seguramente para confirmarlas con él, «sólo pudo averiguar—según el mismo historiador—que cada pueblo se llamaba del nombre de su cacique que al presente lo gobernaba ó del que antiguamente había tenido, sin extenderse á más.»

Así tenemos que con el nombre *muexca*, que significa *hombre*, *gente*, común á varias lenguas indígenas, comprendieron los españoles los varios pueblos donde hallaron el vocablo, de donde viene el nombre de *muisca* ó *mosca* con que desde luego quedaron bautizados una gran cantidad de indígenas y con que después se ha pretendido distinguir una de las razas de América, lo que es un error: si así fuera, en efecto, se asentaría la incongruencia de una raza determinada sólo por el uso de un vocablo, de modo que si el empleo de éste se hubiera extendido más, es decir, si se hubiera hallado en otras lenguas circunvecinas, habría sido mayor la raza, cualesquiera que hubieran sido las cualidades características de raza en los individuos que se comprendiesen en ella. Los españoles, al llamar así á los indios de esas regiones, sólo buscaron la similitud entre los vocablos *muexca* y *mosca* para grabar mejor en la memoria de los indios el nombre con que desde entonces los iban á llamar; y así tenemos que si el vocablo *muexca* se hubiera usado entre *cayones*, *quibores jirajaras*, *variquisimetos*, no se hubiera detenido la raza en los lindes del Nuevo Reino y hubiéramos sido muiscas por acá por donde Terepaima, el gallardo antepasado del brioso paladín de las Mostazas, fué cacique de los *variquisimetos*; y si hubiera avanzado aún más el uso del dichoso vocablo, hasta dar con los *arvacos*, *caracas*, *tiznados*, *guaraúnos*, etc., habrían sido *muiscas* los indígenas del Orinoco, y al perínclito Guaicaipuro no le hubiera faltado este otro timbre.

Las lenguas, pues, no eran, no podían ser razón suficiente para caracterizar las razas indígenas, ya que hubo pueblo, como el de *Ubaté* por ejemplo, donde los indios hablaban hasta cuatro idiomas.

¿Cómo describen los historiadores á los indios?

Veamos.

«Era una gente que comía carne humana, eran fonéticos más que generación alguna y ninguna justicia había entre ellos; andaban desnudos y no tenían vergüenza; eran como asnos, abobados, alocados é insensatos, y no tenían en nada matarse ni matar . . . eran inconstantes, no sabían qué cosa eran consejos, ingratísimos y amigos de novedades; se preciaban de borrachos . . . Eran bestiales en los vicios . . . eran traidores, crueles y vengativos . . . Eran haraganes, ladrones, mentirosos, de juicios bajos y apocados; no guardaban fe, ni orden ni lealtad maridos á mujeres ni mujeres á maridos. Eran hechiceros, agoreros y nigrománticos. Eran cobardes como liebres, sucios como puercos; comían piojos, arañas y gusanos crudos doquiera que los hallaban. No tenían arte ni maña de hombres . . . » (Fray Tomás Ortiz, cita de Fray Pedro Simón).

«*Todas estas cosas, es cosa cierta se hallan*

(*) Con motivo del libro del Doctor Samuel Darío Maldonado, *En defensa de la Antropología General y de Venezuela.*

en común en todos estos indios, como lo tenemos bien experimentado en el trato que hemos tenido con ellos . . . »—agrega el segundo de estos frailes.

« *Todos los indios de estas provincias*, aun después de pobladas, son por naturaleza flojos, perezosos, taimados . . . prontísimos para urdir un embuste y hacer creer una mentira . . . en ellos no hay palabra, fidelidad ni constancia. La honra no la conocen ; ni se avergüenzan cuando se les da con su ruindad en la cara.» (Fray Antonio Caulin).

«Ni tampoco tienen las cabezas como otras gentes, sino de tan recios y gruesos cascos.... Y así como tienen el casco grueso tienen el entendimiento bestial y mal inclinado.» (Oviedo y Valdez).

«Según dice Berchoreo, asno se dice y deriva de esta palabra *Sinos*, que quiere decir *sin sentido*, por parecer estar sin él, según son de obedientes á la carga ; propiedad bien conocida de estos naturales, pues son tan obedientes á todos los que se quieren servir de ellos, que parecen insensibles . . . Es animal olvidadizo, en que se parecen también . . . y en especial se les conoce el olvido á los beneficios que se les hacen, porque suelen de ordinario ser más traidores con sus bienhechores, enfermedad vieja en ellos . . . La otra propiedad de este jumento, dice el autor que es ser *omnífero*, que quiere decir, que lleva y sufre todas las cargas y trabajos, que no cuadra menos á estos naturales que las de arriba . . . por lo general su comer es tan poco y de tan poca sustancia, que de los santos padres del Yermo no hemos haber hecho mayores abstinencias.... Son muy ordinarios en ellos las borracheras, y su ordinario beber es mucho. Dice también que este animal es de naturaleza seca y fría, propiedad es del elemento de la tierra ; y así son ellos tan melancólicos y tristes, aunque tienen unas mismas complexiones . . . es animal lujurioso . . . No han tenido poco de esto estos indios . . . hubo alguno que tuvo trescientas ó cuatrocientas mujeres, como se sabe del cacique Bogotá, señor de la mayor parte de este Nuevo Reino . . . » (Fray Pedro Simón).

Este historiador cree, además, que los indios pasaron del Asia á la América por el estrecho de Annián. Todo esto nos revela que para los historiadores y cronistas no había diferencia alguna entre los indios, ni aun en sus condiciones psicológicas. Fundados, pues, en estas consideraciones, podemos decir que para los conquistadores é historiadores no eran los indios sino una sola raza, y fué bajo tal concepto que los describieron, sin determinar regiones, ni separar lenguas, ni señalar caracteres anatómicos, y sí, por el contrario, con la tendencia muy marcada en unos, explícita en otros, á hacer de todos un solo haz.

Ahora bien, ¿cómo era el conquistador ?

Deduzcamos sus condiciones psíquicas simplemente de la conducta con que se diseñaron en esa obra de destrucción, de sangre, de lágrimas, de odio y de rencor que levantaron entre los indios, y veremos cómo se destacan en él estos dos caracteres morales, suficientes para explicarnos la causa principal de la obra destructora de la conquista : la codicia y la falta de piedad.

Pero eso no sería debido á que el español, en vez de hallar un pueblo manso y hospitalario, hallóse la horda feroz que lo recibía con la antropofagia y con la guerra? Nó; los hechos dicen otra cosa, á pesar del juicio apasionado é insustancial de los Cronistas.

Cuando Alonso de Ojeda recorría la costa de Venezuela, desde Paria hasta las cercanías de Maracaibo—primero que recorrió ese litoral,—por donde quiera salían á recibirlo los indios, llamándolo á sus tierras y brindándole sus perlas, su oro y sus labores, junto con sus viviendas y sus propios alimentos ; se iban hacia ellos en sus canoas, y levantando á sus hijos en sus brazos se los mostraban alborozados como quien levanta una enseña de paz, de fraternidad y bienaventuranza, lo que revela que la primera impresión y el primer movimiento de alma en aquellos infelices, que aún no sabían que dentro de aquellas naos navegaba hacia ellos el arcabuz, el azote y el hierro candente de la esclavitud, fué de admiración y simpatía, de hospitalidad y amor. Así fué Ojeda desde Paria hasta la tierra Curiana, litoral habitado por caribes, según los antropofagistas.

Así también fué recibido Ampúes cuando llegó á la tierra Curiana : señor de aquellas gentes éralo el cacique *Manuare*, poderoso en riquezas, querido de todos «por su talento y discurso» (1), ostentoso y noblemente gallardo en las regias manifestaciones de su gobierno y poderío,—llevado en hombros de los principales de sus vasallos visitó al conquistador y colmólo de atenciones y regalos, cuyo valor fué calculado en once mil pesos (2).

Tiene el ilustre y discreto don Arístides Rojas, describiendo la presencia de los primeros españoles en las tierras Orientales de Margarita, esta bellísima y sentida relación :

«Con el deseo de establecer relaciones con los naturales que, agrupados en la costa, contemplaban las naos castellanas, Colón despachó en un bote á un marinero provisto de un plato de Valencia. Desde el primer momento llamóle al Castellano la atención cierta india que en el grupo descollaba, por tener sobre el cuello sartas de perlas, y á ella se dirigió por tal motivo, haciéndole señas y ofreciéndole el plato que llevaba. Ambos se comprenden y se acercan : el marinero rompe el plato en dos pedazos, lanza los tiestos á la hermosa guaiquerí, y ésta le corresponde con el collar de perlas que adornaba su garganta.» Noble rasgo y fiel retrato del alma generosa é inocente de aquella tierra hospitalaria y noble !

Hable ahora el glorioso genovés :« . . . hallé unas tierras las más hermosas del mundo, y muy pobladas: llegué allí una mañana á hora de tercia, y por ver esta verdura y esta hermosura acordé surgir y ver esta gente. de los cuales luego vinieron en canoas á la nao á rogarme, de partes de su rei, que descendiese en tierra ; é cuando vieron que no curé dellos vinieron á la nao infinitísimos en canoas, y muchos traían piezas de oro al pescuezo, y algunos atados á los brazos algunas perlas : . . . esta gente es muy mucha, y toda de muy buen parecer, de la misma color de los otros de antes, y muy tratables ; la gente nuestra que fue á tierra los hallaron tan convenibles, y los recibieron muy honradamente : dicen que luego que llegaron las barcas á tierra que vinieron dos personas principales con todo el pueblo, creen que el uno el padre y el otro era su hijo, y los llevaron á una casa muy grande hecha dos aguas, y no redonda, como tienda de campo, como son estas otras, y allí tenían muchas sillas adonde los ficieron asentar, y otras donde ellos se asentaron ; y ficieron traer pan, y de muchas maneras frutas é vino de muchas maneras blanco é tinto, más no de uvas : debe él de ser de diversas maneras uno de una fruta y otro de otras, y asimismo debe de ser dello de maíz.... los hombres todos estaban juntos á un cabo de la casa, y las mugeres en otro . . . E después que hobieron recebido colación allí en casa del más viejo, los llevó el mozo á la suya, é fizo otro tanto, é después se pusieron en las barcas é se vinieron á la nao, é yo luego levanté las anclas porque andaba mucho de priesa....» (3).

No fueron pues, recibidos con ferocidad los españoles : todo lo contrario.

Para resumir la conducta del conquistador en aquellos cruentos días de nuestro nacimiento á la civilización, si así puede llamarse el paso desaforado de la horda, materia harto conocida, bastaría recordar el modo como empleaban á los indios en el trabajo de transporte los expedicionarios, en su desatentada solicitud de las soñadas enloquecedoras riquezas de estas tierras, en aquellos días en que ser aventurero era, hasta cierto punto, un título de honor : llevaban al indio carguero con el cuello metido en una cadena de hierro y enlazados unos con otros, hasta cinco en cada grupo de transporte, y cuando alguno se cansaba ó desmayaba de hambre, le cortaban la cabeza para no detenerse á desatarlo y allí quedaba su cadáver para pasto de los animales, cuando éstos no eran los mismos españoles, como en la expedición de Alfinger.

Acaso se podría decir que la necesidad de andar rápidamente y la persecución de los mismos indios no les permitían detenerse á corresponder con unos segundos de conmiseración el esfuerzo fatigante de aquellos desventurados ? . . . nó ; eso sería mentir : en aquellos lugares donde los españoles más seguros estaban de todo peligro, donde podían disponer de todo género de recursos para una existencia cómoda, allí eran más crueles, allí llevaron su impiedad á un grado tal de perversión, que aun lastiman las páginas de esa odisea. Véase cómo se expresa un viajero italiano, cronista de la conquista Castellana, Benzoni : «Durante nuestra estada en Cubagua llegó el Capitán Pedro Calice con más de cuatrocientos esclavos que había cogido y, fuese por falta de alimento ó por exceso de trabajos y cansancio, fuese por el dolor de abandonar á su patria y á sus padres é hijos, es lo cierto que todos estaban exánimes. Y sucedía que si alguno que otro, bajo el peso de tantos infortunios no podía seguir, los castellanos, no queriendo dejarlos, por temor de que conspirasen, los estimulaban á fuerza de golpes, hasta dejarlos sin vida. Lástima despertaban aquellas criaturas desnudas, cansadas, estropeadas y hambrientas, enfermas é inútiles. Las infelices madres llorosas y agobiadas por el dolor, llevaban dos ó tres hijos á cuestas ; todos amarrados con cuerdas y cadenas en el cuello, en los brazos y en las manos. No había doncella que no hubiese sido deshonrada . . . » (4).

Pero ha hablado un italiano viajero y acaso tomó como costumbre lo que sólo era un incidente : pues nó, porque ahora ha de hablar, en nombre de todos los historiadores, el manso, el santo Fraile, Bartolomé de las Casas : «Apenas los indios pescadores de perlas ascendían del fondo de las aguas trayendo las ostras, los amos los obligaban á bajar sin darles tiempo para reparar las fuerzas perdidas y restablecer la respiración interrumpida. Si el indio imposibilitado tardaba pocos minutos, el amo lo obligaba entonces á descender á fuerza de crueles azotes. Su alimento consistía en los desperdicios de la ostra, y en ocasiones les daban pan de cazabe . . . La cama de estos desgraciados consistía en un cepo donde los aprisionaban cargados de cadenas para que así no pudieran escaparse . . . muchos desaparecían bajo las aguas víctimas de los tiburones que se los tragaban vivos ; otros caían desfallecidos, otros arrojaban la sangre por la boca, los más eran víctimas del hambre, de las crueldades y de la desesperación.» (5)

No puede ni siquiera argumentarse, como una bondadosa excusa á tanta maldad, que aquello fué el comienzo de la conquista y que después el estudio y el conocimiento de las cosas y de los sucesos varió la escena ; nó, aquello fué una obra continuada sin interrupción de un instante, lenta y meditada, durante doscientos años. En los primeros días del descubrimiento de América, persiguiendo los españoles á los indios antillanos por la muerte de Cristóbal de Guzmán, llegó la expedición á la isla la Guadalupe, al mando del Capitán Juan de Jucar, y procurando engañar á los indios simulándoles un tratado de paz y amistad, á

(1) Fray Pedro Simón.

(2) Asimismo fué recibido Pizarro por Atahualpa en el Perú.

(3) Carta del Almirante al monarca español.—3er. viaje.

(4) Historia del Mondo Nuovo.

(5) «Historia de las Indias.»—Pesca de perlas en Cubagua.

fin de atraerlos y acabar con ellos, éstos, á su vez, aprovecharon el tiempo para poner en salvo á sus mujeres y á sus hijos, y luego, viendo el de Jucar que los indios no caían en la celada, determinó irse *«tierra adentro, á quemarles los pueblos y comidas que hallase»*: cuatro días después, llevando por guías varios indios prisioneros, y *«habiendo hallado más de treinta pueblos* en lo que caminaron estos cuatro días, todos vacíos de gente, por estar retirada, como les habían dicho, *los convirtieron en ceniza.»* (6) Y cerca de doscientos años más tarde, en 1637, decía al Monarca don Juan de Urpín: «Fué entrando la tierra adentro siempre á pie, y en buen orden, abriendo los pasos estrechos, porque los Barbaroz los cerraban y defendían. Padeció en esta jornada gran falta de agua porque el calor era de la estación más calurosa del año, y las distancias de punto á punto alguna vez de muchas leguas. *Arruinó y abrasó las viviendas y casas de los Palenques, Caracas, Piritus, Matarucos, Güeres, Sacuares, Cacucuares y Cumanacuares, y acercándose á las habitaciones de los indios Cumanagotos, ya atemorizados con tantos estragos executados por los nuestros en sus naturales, les recibieron de paz ofreciéndole y pidiéndole los quisiese por vasallos de S. M.* Ofrecieron á la infantería muchas gallinas, frutos y frutas de la tierra.»

Para completar la pintura del estado moral de los españoles de la conquista á quienes estuvo confiada la civilización de un mundo, recordemos lo que dice la historia respecto de sus hábitos para el trabajo: «Todos los oficios bajos ellos los hacen (los indios), porque el español, aunque los hacía y ganaba de comer con ellos en su tierra, *apenas ha puesto el pie en éstas cuando se gradúa de holgazán* . . . todo lo saca de ellos, el comer, beber, vestir y calzar: la casa, los gastos ordinarios, extraordinarios y superfluos.... *en faltando ellos en alguna parte, por alzarse ó consumirse, les falta á los españoles todo, y despueblan luego sus ciudades* . . . » (7)

En cuanto á cultura intelectual, qué trajo á América la Conquista? pues trajo tan poco y lo que trajo fué tan malo que . . . Oigamos lo que dice un escritor: « . . . agricultura, industrias, navegación, comercio, todo esto estaba sujeto á las tratas que dictaba la ignorancia ó la codicia á una administración opresora y estúpida . . . En nuestros campos apenas había quien conociera el alfabeto: en los pueblos las pocas escuelas que contaban de primeras letras ni tenían reglas formales ni estaban bajo la inspección de las autoridades; hallábanse entregadas á la ignorancia misma; á personas de la más baja especie, de ninguna instrucción . . . En Buenos Aires, á pesar de que había Audiencia, no se permitió nunca establecer una Academia teórico-práctica de leyes . . . *Treinta años estuvo solicitando permiso, en el pasado siglo (XVIII), el cacique don Juan Cirilo de Castilla, para poner en la Puebla de los Angeles, su patria, un Colegio para indígenas, y murió en Madrid sin conseguirlo.* El ministro Caballero se negó á que se verificase la disposición testamentaria del arzobispo de Guatemala, Larraza, de establecer cátedra de filosofía moral, dotada por él mismo, diciendo en la real orden de la materia que *«S. M. había dispuesto se remitiese á España el dinero depositado para aquella cátedra, por ser inoficioso el establecimiento á que se había destinado* . . . Se desaprobó por el gabinete de Madrid la dotación asignada á la Academia de San Luis, en Chile, y se mandó suprimir en Lima y Bogotá las cátedras de derecho natural y de gentes, *por creerse perjudicial.»* (8)

Más aún, en cuanto á Venezuela: la primera cátedra de idioma castellano se decretó *cien años después del descubrimiento de América*, 1592, y no se estableció sino varios años después; el seminario, donde debía darse preferencia á los hijos de los Conquistadores, se estableció en 1682, casi doscientos años después del descubrimiento.

Así pasaron los siglos XVI y XVII. El siglo XVIII le dió un ápice de empuje á la instrucción.

La Universidad, negada en 1700, se estableció, rudimentariamente, en 1725; la primera clase de filosofía, á expensas de don Pedro Laya Malpica, en 1727; en 1760 fundó don Nicolás de Castro una cátedra de matemáticas en su casa particular, y ausente y fallecido éste, intentó restablecerla el Padre Andújar, pero Carlos IV se negó diciendo que *«no convenía ilustrar á los americanos»*; en 1763 nació la cátedra privada de medicina; en 1768 fundó el Licenciado Malpica el Colegio de niñas, primer instituto de este género, donándole 15 casas, de que se apoderaron los clérigos con autorización del rey en 1776; en 1772 se estableció una escuela para niños pobres, prefiriendo los huérfanos, á expensas de don Bartolomé Iturralde; en 1800 no había escuelas de niñas; en 1831 se estableció la Academia de matemáticas, decretada en 1810. Como se ve, la enseñanza era privada, y cuando se acudía al Rey, el Rey se negaba á establecerla ó mandaba á suprimirla.

Los ingenieros españoles no conocían los instrumentos matemáticos que traía Humbolt, en 1800, como la brújula.

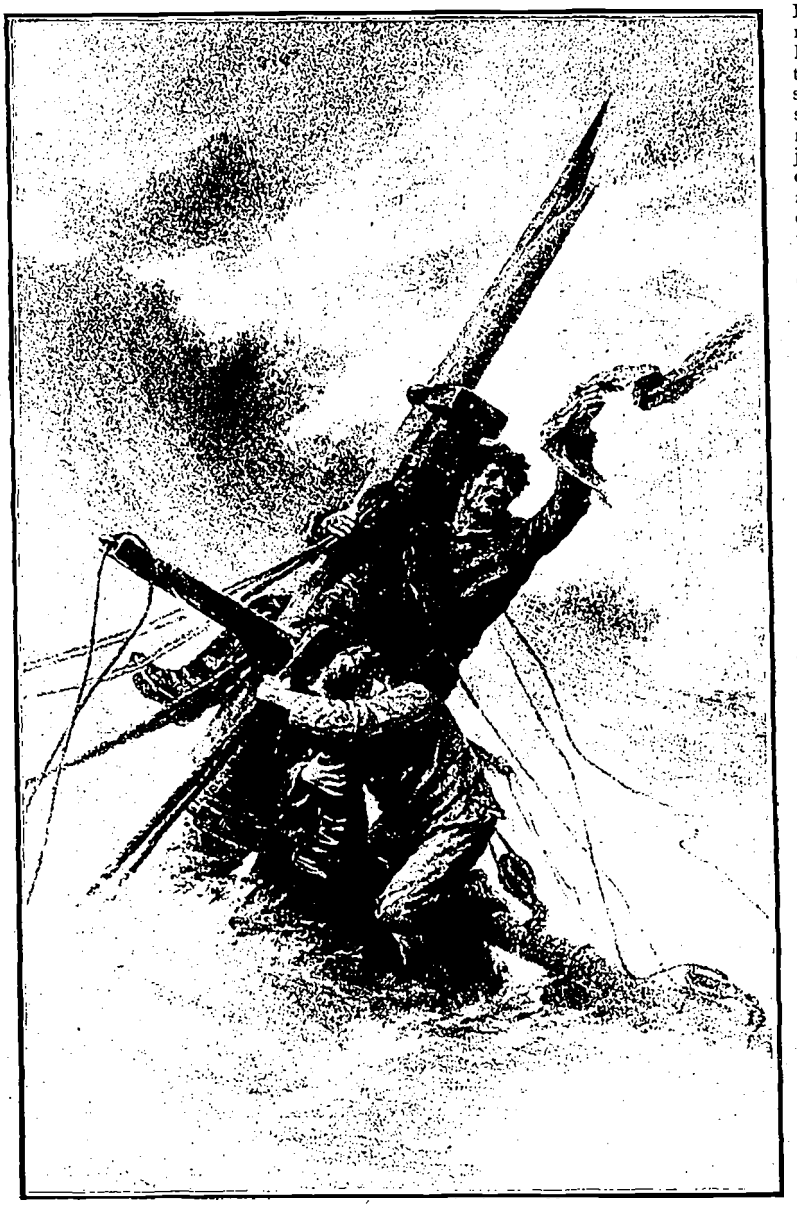
La imprenta llegó á Caracas en 1800.

Los estudios matemáticos se establecieron en Bogotá en institutos privados, en 1762.

En 1812 no había en Santiago de Chile sino 7 escuelas de primeras letras: no había escuelas de niñas.

En Buenos Aires no hubo institutos de enseñanza hasta fines del siglo XVIII: se estudiaba en Chile.

La educación, pues, la base fundamental de todas las transformaciones sociales, había sido cuidadosamente mezquinada á América, durante trescientos años después del descubrimiento; y en cuanto á su comercio, á sus industrias, ya sabemos que cuando empezaron á nacer, pasaron á poder del monopolio.



MORLON - A nosotros! A nosotros!

Hé aquí destacados en el campo luminoso de la historia las dos siluetas de aquellos dos pueblos y de aquellas dos razas que durante dos siglos de sangrienta lucha vivieron en la tenebrosa noche de la conquista castellana en América.

Puede llamarse esa lucha la lucha de la civilización contra la barbarie? Nó; era la lucha de dos barbaries: la barbarie de los pueblos que se atrazan en la marcha de la civilización y la barbarie de los pueblos que no han entrado en ella; la barbarie de los pueblos que decaen y la barbarie de los pueblos que no pueden levantarse.

La España que ignoraba ó dudaba ante el verbo de Newton y Adam Smith y que bajo temores conventuales cerraba los ojos en unción mística á las fulguraciones con que cu-

[6] Fray Pedro Simón.
[7] Fray Pedro Simón.
(8) El Repertorio Americano.—Cita del Doctor Arístides Rojas.

brían el mundo Bacón y Galileo; la España cuyos civilizadores, manejando la tea y el arcabuz, llenaban de sangre la tierra y de lágrimas los mares; la España que no había visto ponerse el sol en sus dominios, veía ya nacer un ocaso en su horizonte: España entraba en decadencia.

Cuál debía ser la consecuencia de tales coeficientes étnicos y de la obra depresiva de la Madre patria? . . . la completa degradación moral de América. Transcurridos los doscientos años de conquista América quedó en absoluto sometida: los indígenas que sobrevivieron á la guerra, se ocultaron en el seno de los montes para desaparecer en gran parte bajo el rigor de extraños climas y de infinitas necesidades, impotentes para la lucha con la naturaleza inculta, formidable y desconocida, ó se resignaron al dogal y al azote; y los pueblos creados siguieron viviendo en completa postración social por la falta de educación, por los incesantes ultrajes y la tirante opresión de sus gobernantes. Así vivió América cien años más, suficientes para perfeccionar la obra comenzada.

Cuando surgió la rebelión de independencia, aquellos pueblos, despojados de todos sus derechos y necesitados de todas las prerrogativas ciudadanas en su conformación civil, eran en su conformación moral incapaces para recibir la independencia y usar la libertad; por eso las masas se adhirieron á las banderas de la monarquía.

Esto es lo que demuestra hasta dónde llegó la depresión moral de América Castellana, como hecho consecuencial de la Conquista: aquellas gentes que durante dos siglos mantuvieron enardecido el espíritu de la reacción contra el poder sojuzgante de Castilla, no legaron á sus descendientes, en la hora tremenda del desquite, sino la sumisión y el marasmo: los padres habían desaparecido en la heroica brega ó bajo el rigor de la coyunda, y los hijos, que sólo habían heredado el dogal y la servitud, no sabían levantar la frente cuando hacia ella venía el fresco ambiente de la libertad.

La revolución de independencia la hicieron los que habían visto una escuela ó habían hojeado un libro: los analfabetas, que lo eran la mayoría absoluta, y en esta mayoría una mayoría de españoles, fueron realistas. Esto en cuanto á educación; en cuanto á razas, en los mestizos fué donde encontró algunas simpatías la rebelión: los españoles, los indios y los negros puros, victorearon al rey ó permanecieron indiferentes, es decir, buscaron el látigo que marcaba sus espaldas. Razón tenía el Monarca en creer que era perjudicial al trono español la educación de América. Por eso es doblemente grande en mi concepto la obra de la independencia americana: fué revolución y fué enseñanza, fué cuartel y fué escuela; fué una verdadera redención.

P. JIMENEZ ARRAIZ.

ATAVISMO LÍRICO

En la solemnidad de la alta noche, parece que los luceros parpadeantes tienen intermitentes cintilaciones sobre el cielo enlutecido. Afuera, en el jardín calmoso, la sombra se hace diáfana y sonora; los peces del surtidor, donde se yergue un Cupido de mármol que vierte por su boca un eminente ramillete cristalino, mienten miradas recelosas de pupilas azogadas, y los rosales inmóviles sueñan en una vengativa agresión de perfumes.

Vibran en las aceras de la calle tediosa, los pasos resonantes de algún trasnochado que camina de prisa, mezclados con el desesperado ladrido de los perros vagabundos, cuyos ojos fiebrosos rutilan en la tiniebla como ardientes esmeraldas.

Rasga el silencio nocturno el estridir de un coche, cuyo ruido, como si fuese el de una tabla que rebotara sobre una inmensa balaustrada, una mano terca, se expande, se aguza, se prolonga y al fin con fluctuantes tonos desfallece en el vacío. Como hojas negras que animase un espíritu loco, los vespertilios, con vuelo tardo y torpe voltejean por los aires.

La noche es como un interminable y negro bostezo de fastidio.

De repente, del barrio más crapuloso, angustiante y como enredado en la sombra, cual un lacrimoso venablo al que un obstáculo invisible interrumpiera su arranque, suena el acento de una triste canción.

La voz del que la canta, trémula y desolada, alternando con los rasgueos musicales, se atropella en la boca del cantor. Pienso que los espíritus de los seres miserables que habitan el barrio, desligánse, por un instante, de la carne martirizada, y haciendo un solo haz de sus angustias inconsolables, se condensan en suspiros, se cristalizan en lágrimas y son el alma que canta y solloza en la caja armónica de la guitarra. Los preludios, ya exaltados ó apacibles; ya alegres ó atristecidos, vuelan y se arrastran, se apretujan y desparraman en un delirio de voces inexplicables, como un jocundo enjambre de pájaros.

Esa música alada y quejumbrosa, es la que mejor expresa los sentimientos del pueblo; ella engendra en el árido corazón de la multitud, el vasto añoramiento de la lejana época colonial, y hace temblar con perezoso temblor de crisálidas los recuerdos de sus abuelos que la oyeron vibrar en las fiestas familiares y en las campestres parrandas.

La guitarra tiene un alma, que duerme en las fibras más recónditas de la madera del árbol que sirvió para darle forma. Su alma armoniosa está compuesta con las mil gorjeantes canturías, que las aves campesinas preludiaron al acogerse bajo el toldo de sus ramas. Por eso es por lo que, al ser heridas las cuerdas de la guitarra, de su redonda bocaza vuela un lírico bando de arpegios y canciones.

La clásica España, nos legó con su hidalguía sus añejas costumbres; la cálida gota de sangre castellana que circula en nuestras venas, es la que ha mantenido vivo en nosotros el orgullo de la raza. De ella nos viene esa impetuosa pasión que tenemos por las fiestas populares y las cosas románticas. Es ella la que siembra en nuestros espíritus la nostalgia de rancias leyendas y remotos acontecimientos; por ella pensamos en la celebridad, y amamos las flores y nos gustan las mujeres.

En nosotros persiste algo del Cid y algo de Don Quijote. Nuestro espíritu es soñador y aventurero.

Aún más que á la ensoñación efímera, la música de la guitarra nos hace trasmigrar á tiempos que ya no existen; reconstruimos escenas de esas que hemos leído en antiguos romances é inverosímiles consejas.

Oyendo la voz sedante de la guitarra, pensamos en la España caballeresca; en las claras y apacibles noches de luna en que, al ajimez enguirnaldado de albahacas y claveles, asomábase un rostro de mujer, envuelto en la clásica mantilla, mientras en la calle silenciosa, arrebujado en su capa, un amante lanzaba al aire lánguidas coplas de amor.

Mas las épocas y los hombres no son los mismos; el atavismo lírico ha menguado en nosotros; á la prestancia y á la hidalguía castellanas, han sucedido una chocarrería y un alarde vulgares. La civilización nos ha pulido deformándonos; la fertilidad de nuestro espíritu, como la de un terreno que hubiese agotado su savia de una sola vez, se ha vuelto anémica é infecunda y los brotes líricos que dormían en nuestras tendencias atávicas, han muerto bajo el indiferentismo como esas clorótica flores del Norte al ser trasplantadas á las cálidas regiones del Mediodía.

De la plétora de sangre indígena perdura en nosotros la misma hereditaria indolencia que poseyó á nuestros antecesores, cuando rebeldes á la coyunda de la conquista, ocultos en el corazón de las selvas, en las horas de la siesta lanzaban á los aires las tristes notas del *yarabí*.

Ya no existen las fiestas galantes; el sentimiento hidalgo, inherente á nuestras costumbres aborígenes, se ha agotado en nosotros como un vigoroso arbusto que hubiera dado en su primer cosecha todo el tesoro de sus flores. Ya no hay quien se suicide por una carta ó se haga acuchillar por una flor.

JUAN DUZAN.

1906.

SÍMBOLOS

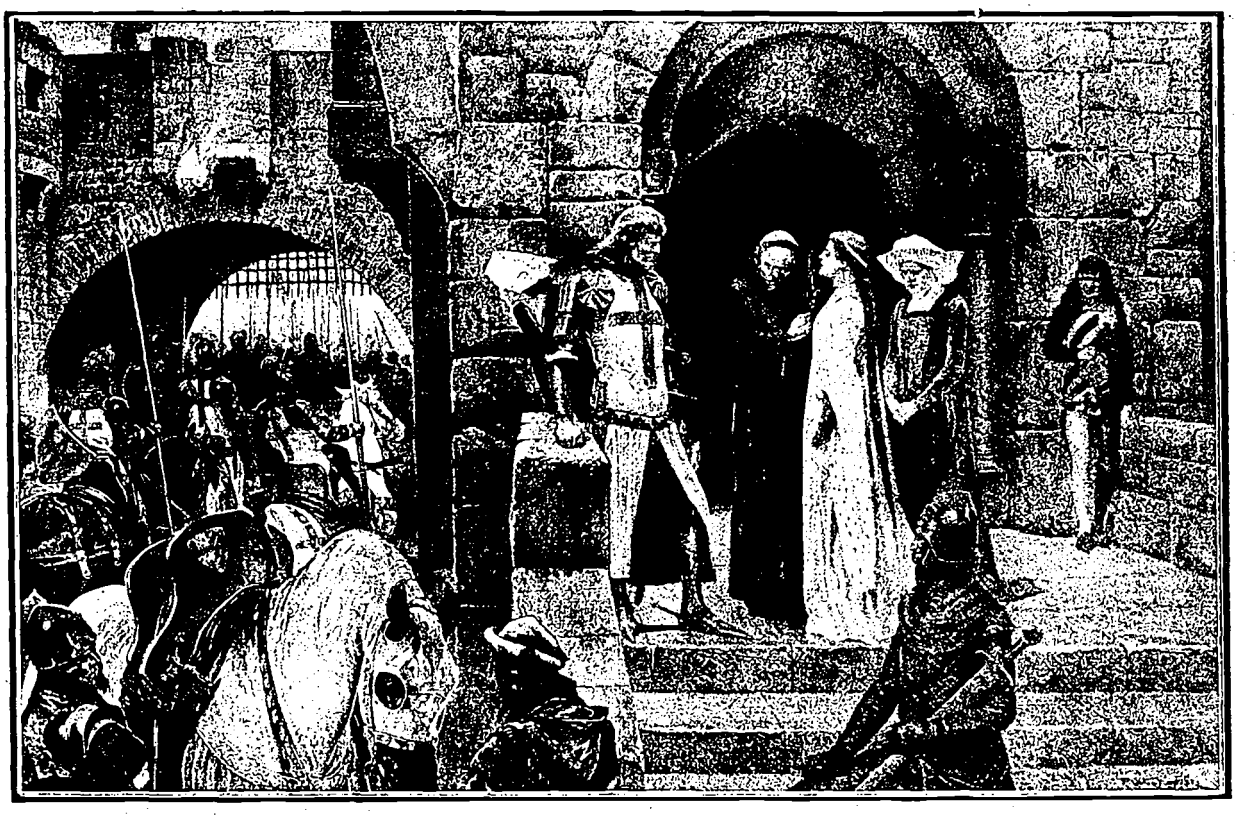
Intermitente chispa voladora,
bajel de luz que por la noche vaga,
bajel inverosímil que naufraga
en los mares risueños de la aurora;
flueco de espuma que al nacer enflora
la linfa azul; decoración de encajes
con que en el alba el éter se atavía,
sois en el mundo efímeros mirajes:
flor de espuma, luciérnaga, celajes
símbolo sois de la esperanza mía!

* * *

Viejo cano de gélido suspiro
que anublas el fulgor de las estrellas
y en los pechos de tísicas doncellas
te ensañas con fruiciones de vampiro:
perenne hoguera que en los cielos arde,
eterno sol; profunda nostalgía,
tristezas infinitas de la tarde
que os vais para volver al otro día,
sois en el orbe imagen de lo eterno:
flama inmortal, crepúsculos, invierno
simbolizáis la desventura mía!

VÍCTOR RACAMONDE.

1906.



CATON WOODVILLE - Jurando ser verdad

PAGINAS CORTAS

CARGA DE CABALLERIA

—

En el ángulo de un bosquecillo, un carruaje de ambulancia y dos caballos tenidos de la brida; por su sola presencia toman posesión del terreno de maniobras, á costa de tropas que no se distinguian. El silencio era profundo. Sentí pesar sobre mí, al contemplar el campo de batalla desierto é inundado de polvo, la aprensión de la guerra y la opresión pungente del destino.

Flotaban humos. Una masa sombría, sobre uno de los planos del terreno, apareció como una onda azul y desplegó el miraje de un inmóvil frente de batalla. Miraje cambiante, aunque estable! A poco vi mejor: líneas paralelas se espaciaban, y su silencio y su rigidez ofrecian un aspecto irreal, pero temible.

A medida que yo avanzaba, la fantasmagoría cambiaba, según la perspectiva: distinguia columnas desiguales, perfiladas y no de frente, que alincaban, en un temblor de luz blonda, en un rasgo de azogue, el acero de los cascos semejantes á un hilo de agua matutina. Galopaban oficiales sobre sus caballos pequeños como perros. En lontananza no se veían sino breves bestias rápidas y un imperceptible cuerpo encima. Los hombres del regimiento no formaban con sus bestias sino largas ringleras coaguladas.

De la pendiente que viene de la ciudad desembocaron de pronto, al paso, dos jinetes. Desde que franquearon el talud del campo de maniobras, lanzaron sus caballos al galope y desaparecieron en un torbellino de polvo. Sin duda el coronel, escoltado por un oficial. Porque casi en el acto, toda la caballería, tomando alma de aquella presencia, se hizo viviente.

Comandos agudos, órdenes que punteaban hacia el cielo, estallaron; las masas sombrías ondularon; cada una, en un despliegue de abanico, oblicuó, entrando en línea; una gran cortina, hecha de una sola pieza, cayó de un lienzo rígido. Las trompetas singlaron el aire; se oyó:

—Al ataque!

Luego:

—Al galope!

El regimiento partió como un relámpago, segando el espacio con su hoz siniestra, labrando el suelo de donde se levantaba el polvo como un humo de incendio.

Simulacro trágico: todo el pasado y todo el porvenir! cargas de Reichshoffen, cargas de Sedán! La muerte que se cierne, la muerte que hiere, el instinto desencadenado, el odioso deber, el honor sangriento, la patria en pie, que observa y espera!

Figuraos lo que yo sentiría, yo, el hijo de un soldado muerto por el enemigo!...

PAUL MARGUERITTE.

INTERMEDIO

—

Porque un poco de sol se engarza en las altas letras de oro, en los balcones, y relampaguea en los cristales, se insinúa en nosotros, vagamente, á flor de piel, el pequeño optimismo vanal.

No hemos «descubierto» la dicha, pero á nuestro gesto de confianza, huyen los cuidados, las angustias y las dudas.

Así, contempla con amenidad esos grupos de donde parten risas agudas, no ridiculices esos tintes cloróticos, y la indigencia de las formas ceñidas de negro.

Gusta simplemente, y sin volverte, la mancha harmoniosa de un toison rutilante, ó la mirada irónica de alguna aprendiz de hociquillo de gata japonesa.

Los fines humanos y las teogonias no me importan, y aún me aparto de los pensamientos como de importunos camaradas.

Una desconocida, de silueta sinuosa, de estela perfumada, me roza: la sigo con los ojos y saboreo aquel deleite en que se mezclan un poco de congoja y de amargura.

La hora es tibia, casi voluptuosa.

No ofrecemos mentalmente nuestra simpatía fraternal á tantos cokueys, orgullosos de sus «complets» ingleses y de sus cabellos grasos. Pero ¿no sería también ridículo mirarlos con la soberbia de un superhombre?

Ved: nubes de algodón se mueven con indolencia en el cielo gris-zafir.

Vallamos nuestro camino. Conviene gozar plenamente de esos minutos en que se acepta vivir, sin que pueda encontrarse á este ejercicio un sentido bien definido.

EDOUARD DEVERIN.

Bosquecillos floridos—Cuadro de J. Scalbert

TARDE DE ARRABAL

Por el arrabal luminoso he llevado mi cuerpo en pena; por el arrabal luminoso he llevado mi alma y mis ojos.

Puertas de fábricas arrojan turbas apresuradas: ah! creer, por algunas horas, por una breve noche, que se es libre y que se vive.

Las máquinas palpitan aún sordamente y las rígidas chimeneas que dominan aquel tumulto, humean en el cielo opaco.

Laxa turba sin gestos, rostros denunciados por luces súbitas, sombras que se hunden en la noche, tranvias fulgurantes, aceras humedecidas y violetas en donde se prolongan los reflejos.

En aquel pasaje en donde parpadean las linternas, se oyen magios músicos, se murmura bajo. Pequeñas nucas de cabellos desarreglados que vienen iluminados por rayos lejanos; os inclináis y miráis sonriendo las palabras escritas sobre hojas ligeras.

Las palabras de alguna canción cándidamente sentimental y apasionada, de algún valse de inflexiones que se arrastran, de esos valses cantables que conmueven el corazón de los obreros, y, acaso el nuestro?...

Aquello encierra la melancolía de muchas cosas; de la tarde húmeda, de las faces del letargo, de los muros que encuadran un delgado jirón de cielo.

En esas músicas, cada quién canta su vida, sus pequeñas esperanzas soñadoras, sus tristezas familiares. Aquello se arrastra, muere,—y las linternas oscilan. Singular placer de estremecerse así.

Es preciso ir hacia esas tabernas, llenas de claridad blanca, de seres y de clamores, á henchir los ojos y embriagarse de voces ruidosas, de alcoholes relampagueantes...

Nó, mi hastio, mi viejo hastio, no quiere suicidarse, y erro así, solo y sin objeto, porque todo se parece á esta tarde asesina de energías.

Por el arrabal luminoso llevo mi pobre sér acongojado... ¡Y si supieseis que nada de esto es literatura!...

EDOUARD DEVERIN.

LA POESIA DE LOS TEJADOS

(NUREMBERG)

Bruscamente, la Cité entera se descubrió, oculta hasta entonces. Con una mano, el anciano ajustó su sombrero de fieltro, tiró detrás de la oreja una larga guedeja, y miró al extranjero como si esperase gratitud:

—Estáis sorprendido, eh? No imaginabais que esas casas, amontonadas en sus callejuelas, respirasen tánto aire por sus altos mojinetes. Diablo! Son plantas que buscan la luz, apostando á quién sobrepujará al vecino.

La poesía de los tejados se apoderó de Timoteo como una música desconocida. Todo aquel cuadro era tan imprevisto para sus ojos, que no pudo encontrar palabras. Revelaba toda una arquitectura aérea, que parecia creada para la sola alegría de los pájaros. En la tibieza de la tarde, un enmarañamiento de mojinetes, torrecillas cubiertas de tejas redondas, animadas por innúmeras bandadas, se extendia por planos sucesivos en una delicada perspectiva esfumada.

Las vias sinuosas se deslizaban á la sombra de las casas, á lo largo de las iglesias. Abajo, la acera estaba picada de manchas movibles de niños, que jugaban á los bolos bajo los pórticos. Apenas se les distinguía, pero sus gritos subían hasta el castillo; se les adivinaba tratando de grandes negocios en torno de las alcantarillas. Dentro del triángulo de los mojinetes, alados dragones parecian saltar de aquella selva, entre las proyecciones de las veletas, mezclándose al humo de las chimeneas que subian al cielo, irisando su manto de topacio.

Timoteo, inclinado sobre la balaustrada, dejó venir á él ruidos confusos de la ciudad, ahogados por momentos por los distantes repiques de las campanas.

Su mirada se fijó por fin sobre un techo de patricio, en donde campaba una estatua de bronce verde, rígida sobre sus piernas finas, una Justicia de ojos vendados, la espada y la balanza en los brazos tendidos. Un gato grave y prudente, que se habia paseado en aquel paisaje de gargolás como los leones del palacio de Dario, avanzó hacia el pedestal de la mujer ciega, restregándose á sus pies, pareciendo hacer tentativas para subyugarla. El amigo de Plutarco advirtió aquel movimiento, levantó el dedo para pronunciar una sentencia, pero el extranjero lo detuvo:

—Nó, señor Biedermann, no lo digáis. Yo sé que amáis los simbolos. Este es tan bello, que vais á debilitarlo, explicándolo.

El anciano dejó caer su mano, benévolamente:

—Es igual, dijo, la poesia de los tejados pocos la conocen. Se ven las tiendas, pero no se pueden trepar las escalerillas en caracol que llevan á los balcones de nuestras iglesias. Se teme al huracán, al zumbar de las campanas, á los murciélagos que azotan las cabezas, á las telas de araña que cuelgan, qué se yo! Es demasiado para los nervios de esos señores y de esas señoras.

FERDINAND BAC.

La carta—Cuadro de Carreño

DOMINGO LONDINES

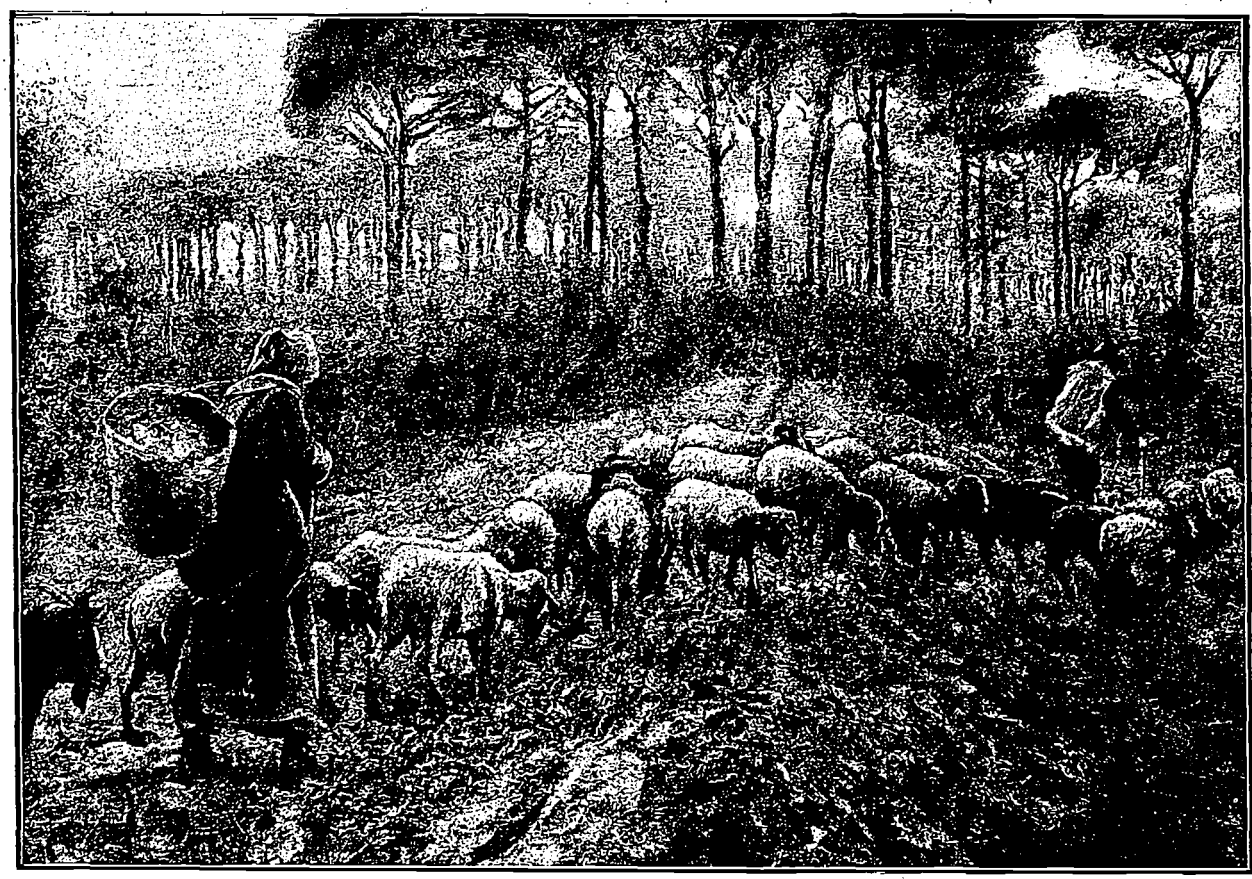
Este domingo comienza realmente el sábado á las cuatro, cuando los almacenes, cerrados ó prontos á cerrarse, no ofrecen á los compradores sino la mitad de sus articulos y el celo de sus empleados.

Todo Londres se marcha al campo ó á los rededores; después de la actividad insólita de toda la semana, la gran ciudad comercial necesita reposo, ese suspiro colosal, como de una máquina que arroja su exceso de vapor. En ciertas familias completamente piadosas, hasta se cuecen las viandas la vispera y se sirven fiambres en las comidas del domingo. Ni un rumor de piano en las casas, ni organillos por las calles: todo se detiene, hace silencio, reposa.

En una instalación en donde se posean sus costumbres, sus libros, una rutina de pensamientos vivientes, aquel domingo puede admitirse y aun se provoca, sea dando grandes caminatas afuera, ó meditando largamente en casa, después de las prácticas religiosas. Pero en un hotel, en donde para nosotros nada vive, ni con una tradición, ni con un recuerdo, en donde, por el contrario, quedan, se puede decir, átomos extranjeros, aquella inacción abruma y subleva. Tratamos de sacudirla, yendo á través de la ciudad, por la City, no más rumorosa, con sus puertas abatidas, sus oficinas cerradas. No otra cosa viviente sino las muestras y las enseñas completas, detalladas, con sucesiones y asociados; y ésta, que me ha hecho meditar, dándome la medida más familiar del pueblo inglés: *For our Children*, para nuestros hijos. Las canastillas que desbordaban de las vitrinas, aquellos coquetos arrebujados, aquellos vestiditos escoceses ó marinos, aquellos sombreros, aquellas tocas: *For our Children*, para nuestros hijos.

Los omnibus, los cabs, mucho menos numerosos que en la semana, los cocheros de gala, altos sombreros, flores en la boutonnière. Y luego, ni un tráfico, ni un negocio: es el dia del espiritu.

Regresamos por Green Park, en donde se practica el domingo con sermones improvisados. Gentes trepadas sobre sillas, en rigidas siluetas, predican con



A. CAMPRIANI - A pleno sol

una voz monótona, y los pasantes se agrupan flemáticamente, maquinalmente.

¡Cómo, en medio de aquella niebla amarilla, de aquella hostilidad de un cielo bajo y húmedo, de una sombra aletargante, cómo se comprende el amor del *home*, que hace de la mansión inglesa el asilo y el tipo de la intimidad familiar, elegante y confortable!...

Ciertamente, amo á la Inglaterra por la grandeza de sus tradiciones, por su actividad, por su inteligente curiosidad de otros pueblos, aun por la amplitud de ideas que las colonias numerosas extienden en torno del pais; por el partido que sabe sacar de su triste clima!...

Y, sin embargo, al abandonarla, á medio camino de Douvres á Calais, con cuánto placer hallé que cambiaba la luz, cada vez más brillante, en medio de las azules desgarraduras de las nubes, desplegándose y expandiéndose sobre la mar, á medida que se avanza á Francia, como si el cielo, lentamente, remóntase á la altura habitual y alborozante de nuestros ojos!

MME. ALPHONSE DAUDET.

DOMINGO PARISIEN

Sólo los trabajadores, las gentes atareadas, conocen esta alegría que vuelve cada ocho dias, consagrada por el hábito de un pueblo. Para esos prisioneros de la semana, el almanaque de cerrojos corridos se entreabre de distancia en distancia, en espacios luminosos, en refrescantes bocanadas de aire.

Es el domingo, el dia largo á los mundanos, á los parisienses del boulevard, cuyos hábitos perturba, tan triste á los expatriados sin familia, y que constituye para una muchedumbre de seres la única recompensa, el único objeto de los esfuerzos desesperados de seis dias de congoja. Ni lluvia, ni escarcha, nada le impedirá salir, tirar tras si la puerta del taller desierto, de la mísera vivienda asfixiante.

Si se quiere conocer bien el domingo de Paris, es preciso verlo sobre todo en los barrios laboriosos, en esas calles sombrías que él ilumina, que alarga al cerrarse las tiendas, arrimando los grandes carretones de transporte, dejando libre el sitio para las rondas de niños lavados y adornados, y las partidas de volantes mezclados á grandes circulos de golondrinas, bajo algún pórtico del viejo Paris.

Es preciso verlo en los barrios vocingleros, febriles, en donde, desde la mañana, se le siente cernerse, reposado y dulce, en el silencio de las fábricas, pasar con el ruido de las campanas y con ese silbo agudo de los ferrocarriles, que ponen en el horizonte, en torno de la *banlieu*, como un inmenso canto de despedida y de liberación. Entonces, se le comprende y se le ama.

Domingo de Paris, domingo de los trabajadores y de los humildes, á menudo te he maldecido sin razón, he derramado torrentes de tinta injuriosa sobre tus ruidosas alegrias desbordantes, llenas de tu ruido las polvaredas de las estaciones, llenos de tu asalto los ómnibus, paseando tus canciones de ventorrillo empavesadas bajo túnicas verdes y rosas, tus bárbaros órganos repletos de rastreras melopeyas que gimen bajo los balcones miserias trashumantes; pero hoy, abjurando de mis errores, te exalto y te bendigo, por todo lo que das de alegria, de alivio á la labor valerosa y honesta, por la risa de los niños que te aclaman, por el orgullo de las madres felices de vestir sus pequeñuelos en tu honor, por la dignidad que le conservas al hogar del pobre, por el glorioso atavio reservado para ti en el fondo de la vieja cómoda lisiada; te bendigo por toda la dicha que llevas á las casas de nuestros arrabales!...

ALPHONSE DAUDET.

CUENTOS HISTORICOS DE RUMANIA

LA MADRE DE ESTERAN EL GRANDE

En la Moldavia septentrional, entre Piatra y Folticeni, se ve sobre una montaña próxima á la ribera, las ruinas de una antigua plaza fuerte, llamada Niamtz, de la cual queda ¡ay! bien poca cosa. La aldea que se extiende al pie de la eminencia, ha sido construida, casi por completo, con piedras de la antigua fortaleza.

Esta plaza tenía, en otros tiempos, un gran renombre y pasaba por inexpugnable cuando servia de residencia á Esteban, el poderoso principe de Moldavia. Esteban libró cincuenta batallas y de casi ninguna de ellas volvió sin una he-

rida. Después de cada victoria hacía edificar una iglesia para demostrar al Cielo su reconocimiento. Defensor infatigable de su país, había concebido planes grandiosos para hacer de él una potencia vasta y temida. Recientemente se ha descubierto en los archivos de Venecia el texto de un tratado de alianza ofensiva y defensiva concluido por él con la todopoderosa República contra los Turcos. Era el verdadero baluarte de la cristiandad, baluarte á través del cual trataban los Turcos, sin cesar, de abrirse camino, si no podían abatirlo.

En esa época era una bien difícil tarea la de reinar sobre la región del Bajo Danubio, porque se tenía por vecinos á los turcos, los polacos, los húngaros, los cosacos, los tártaros, que no dejaban reposo de día ni de noche; pero Esteban parecía haber crecido hasta la altura de su misión é inspiraba á su pueblo una confianza sin límites.

Cierto día se había trabado un nuevo y encarnizado combate y se podía seguir sus peripecias desde las almenas de la fortaleza. Después de algún tiempo, la pelea empezó á tomar un aspecto desalentador y se hubiera dicho que, por esa vez, la fortuna de las batallas se disponía á abandonar á Esteban. En la muralla se veía á dos mujeres: la una era la madre de Esteban, la otra su esposa.

La joven princesa dejaba rodar sus lágrimas por sus mejillas rosadas, sobre las cuales caía su espesa cabellera de un rubio dorado. Ya contemplaba con mirada fija la llanura, ya, en su angustia y su espanto, ocultaba su rostro bajo un velo para no ver nada.

No sucedía lo mismo con su madre, que se mantenía altivamente de pie cerca de la joven, y miraba á la distancia, sin hacer un movimiento, sin decir una palabra. Bajo sus negras cejas, enérgicamente contraídas, relampagueaban sus grandes ojos obscuros, que, con su nariz, fuertemente pronunciada, daban á su fisonomía algo de la del águila. Un velo de fino tejido de seda cubría su cabellera negra, de reflejos azulados, encuadraba su rostro y venía á anudarse bajo el mentón saliente y firme, sobre el cual se dibujaban sus labios ásperamente apretados. Su boca era más bien grande que pequeña; cuando se abría dejaba ver dos hileras de dientes de una blancura brillante, que contribuían á la expresión enérgica de la figura. Vestida con ricas telas de seda, se había mantenido allí todo el día, sin comer ni beber, con los ojos fijos siempre en el mismo punto. De tiempo en tiempo, apoyaba su hermosa mano sobre el hombro de su nuera y le decía algunas palabras para infundirle valor y fortaleza. Su voz alta y llena, devolvía por instantes la tranquilidad á la joven, sumida en ansiedades mortales. Pero hubo un momento en que el aspecto del campo de batalla se hizo tan inquietante que la angustia se sobrepuso. Los combatientes se aproximaban cada vez más y en breve pudo verse que Esteban se hallaba reducido á la defensiva.

—Oh! madre mía, van á matármelo.

—Esteban obtendrá la victoria antes de terminar el día.

La seguridad y la gravedad con que fueron pronunciadas estas palabras, contuvieron las lágrimas de la joven. Y entretanto el ruido del combate se hacía más distinto y la noche se acercaba.

El sol que había sido ardiente, parecía precipitarse ya hacia el horizonte y las sombras se alargaban sobre la llanura. El crepúsculo se extendió y envolvió todas las cosas, tanto que ya no pudo distinguirse nada. Después, la obscuridad se hizo completa. Las dos mujeres aplicaban el oído, cuidando de no hacer movimiento alguno, por miedo de que el roce de los vestidos les robara el menor de los ruidos lejanos. De pronto se oyó el paso de un caballo lanzado al galope y violentos golpes resonaron en la puerta del castillo.

—Oh! madre mía, es Esteban! Lo sé, estoy segura de ello! Déjame bajar, quiero abrirle.

Pero la vieja, con un ademán imperioso, apartó á la princesa y descendió lentamente.

—Quién llama? preguntó desde adentro, sin abrir.

—Estebau, tu hijo.

—Mi hijo! ¿quién eres tú, extranjero, que pretendes entrar en la morada de mi glorioso hijo?

—Madre mía, ábreme; soy yo, tu hijo. Estoy vencido; los turcos me persiguen; mis heridas me abrasan.

—No puede ser mi hijo quien me habla; es algún desconocido. Mi hijo no vuelve jamás sino victorioso. Mi hijo está lejos de aquí y rechaza con su brazo poderoso á los enemigos de su país. En cuanto á ti, joven extranjero que quieres causarme un dolor cruel, fingiéndote mi hijo, sabe que no entrarás aquí. Puesto que no sabes vencer, busca por lo menos sobre el campo de batalla una muerte heroica; entonces seré yo para ti una madre y adornaré con flores tu tumba.

La joven princesa cayó de rodillas, y con súplicas y lágrimas trató de conmover á su madre; pero ésta con un gesto le ordenó que callara y se puso á escuchar.

Esteban había bajado la cabeza un instante, con el peso de la vergüenza y del dolor; pero bien pronto echó hacia atrás su cabellera flotante, embocó su bocina y lanzó en las sombras de la noche, sones capaces de resucitar á los muertos y de arrastrarlos tras él. En breve su ejército fugitivo se rehizo y se reconcentró en torno al príncipe en buen orden. Con la rapidez del huracán, descendió de la montaña, se precipitó de nuevo contra los enemigos que, alegres con su triunfo, habían roto las filas y en pocos momentos los dispersó.

El ruido de la batalla se dejaba oir cada vez más lejano. El viento llevó á las dos mujeres un grito de victoria que hizo saltar el corazón en su pecho.

Y otra vez Esteban llevó su bocina á los labios y tocó una alegre fanfarria, dirigiéndose hacia el castillo cuyas almenas se perdían en las alturas del cielo estrellado. Inmediatamente se vió aparecer numerosas luces, que se movían en todas direcciones y comenzaron apresuradamente los preparativos de una brillante recepción.

De nuevo resonó sobre el flanco de la colina el galope de un caballo y apareció Esteban á la cabeza de sus guerreros, delante de la puerta abierta de par en par. En cuanto distinguió á su madre, echó pie á tierra é inclinándose profundamente ante ella le dijo:

—Madre mía, á vos es á quien debo esta victoria.

Y por primera vez los ojos de aquella mujer se humedecieron y temblaron sus labios, mientras el héroe recibía en sus brazos á su esposa radiante.

—Ibas á abrirme la puerta! murmuró el príncipe.

La joven se apretó contra él:—Te amo tanto y estaba tan inquieta!... murmuró con acento apenas perceptible.

—Si, replicó Esteban en alta voz; pero mi madre me ama aún más que tú.

ELISABETH, REINA DE RUMANIA.
(*Carmen Sylva*).

INFORMACION LITERARIA Y ARTISTICA

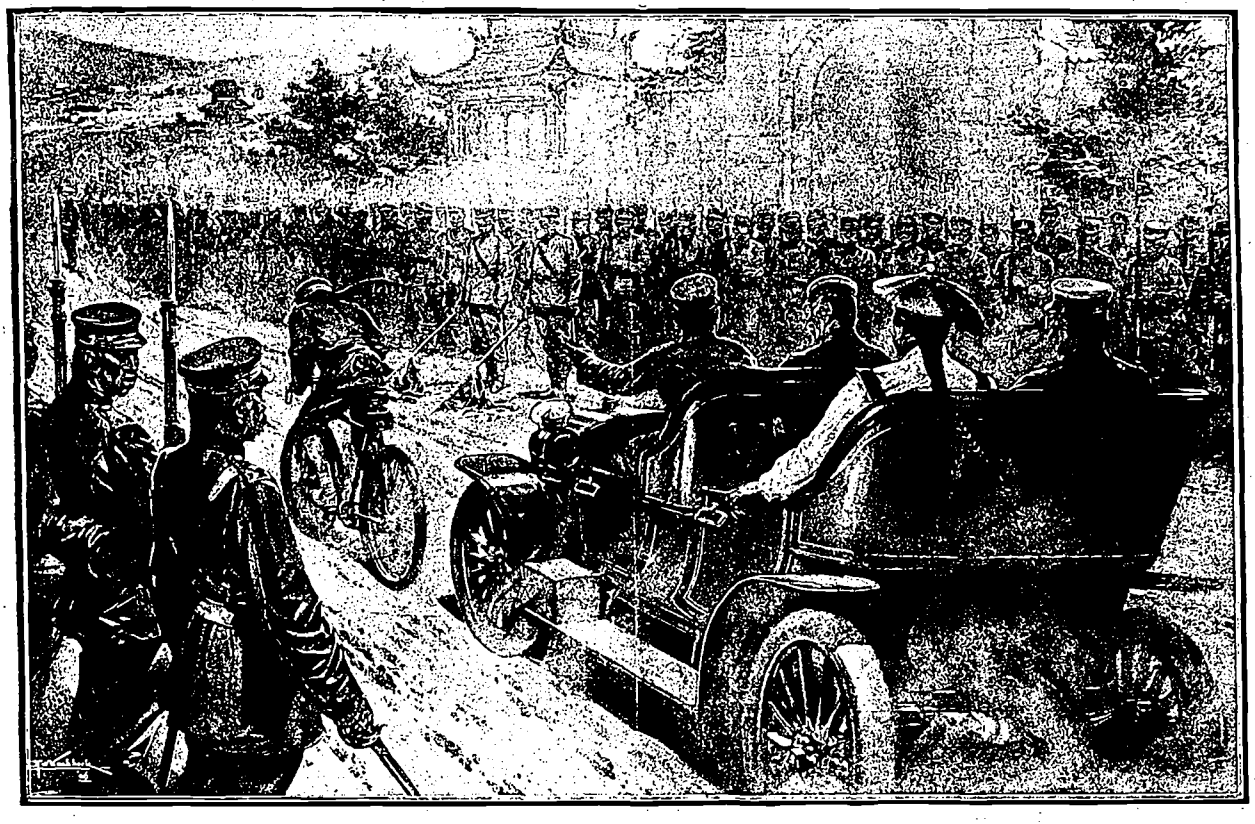
El Imperio liberal.

Aun en Europa, ha habido bastante gente bien informada, que creía de buena fe en el crepúsculo final de Emilio Ollivier, el ministro y el abogado del Imperio liberal. Su Santidad Pío X, que suponía al estadista un anciano tremulante, se quedó sorprendido hace poco, en una larga audiencia, al hallarse frente á un hombre ardoroso, de entonación firme, de palabra vivaz, de mímica tan expresiva como variada. Era el antiguo ministro é historiógrafo de Napoleón III.

Acaba de dar á las letras y á la historia de la Francia el undécimo volumen del «Imperio Liberal.» Todos los partidos se han interesado en su lectura y toda la crítica recomienda como notable la obra del antiguo estadista.

Según información, comienza el relato en 1868 y termina con las elecciones legislativas de 1869. Se alaba la vida, la ilusión generosa, el estilo noble y la pasión que anima las páginas de este volumen. Desfilan en él los días amenazantes de *la Lanterne*, de Rochefort, que deleita al pueblo como una nueva hoja maratista y halaga á la burguesía; *le Rappel*, de la familia Hugo; *le Réveil*, de Delescluze. Aparece, ante la magistratura impotente y muda, León Gambetta, que hace, con una audacia sin ejemplo, el proceso del Imperio y sus orígenes; y las reuniones públicas tempestuosas é incendiarias, que rememoran los clubs jacobinos. Y la única, la invasora preocupación del exterior: las consecuencias de Sadowa, que acaba de pasar, y la absorción de la Confederación del norte por la Prusia; las tentativas de hegemonía hacia los Estados del Sur de Alemania; las dificultades y los enemigos suscitados por Bismarck á Napoleón en todos los gabinetes de Europa; la excitación en Oriente del humor belicoso del príncipe Carlos de Rumania, que organiza su ejército á la prusiana; los aplausos á la revolución española; el apoyo que el ministro de Guillermo presta á Bélgica en la controversia de los ferrocarriles que una compañía francesa debe construir en aquel país. Mientras tanto, el ejército alemán se prepara para la guerra...

Pero parece que lo que más ha apasionado al público francés en el libro de Ollivier, es el relato viviente de las elecciones de 1869: el estadista, ahora historiador, aparece como actor: mientras el Imperio evoluciona hacia las libertades parlamentarias, Emilio Ollivier evoluciona hacia el Imperio; pierde las elecciones en su antigua circunscripción de París y es, en cambio, elegido en un departamento del Var. Llega así el libro á la víspera del ministerio liberal y de los formidables acontecimientos de 1870.



El automóvil en el nuevo ejército de China - Una revista por el Virrey de Kiang-Su

Libros franceses.

Publicados recientemente: *Sociología y literatura*, primera parte de la tercera serie de *Estudios y retratos*, de Paul Bourget; capítulos de crítica relativos á Bonald, Taine, Barrès, Gœthe; Victor Hugo, como novelista; Musset y Jorge Sand, atormentados por los recuerdos de Venecia; Sainte-Beuve, como poeta; Heine, Maupassant, de Voguë, Charles de Pomairols, Pierre Loti.

—Emma Sakellaridès ha publicado el primer volumen de la *Correspondencia* de Alfredo de Vigny (1816 á 1863), en el que la crítica establece que ha podido admirar, además de las cualidades del escritor, la gran dignidad de su carácter y de su vida. Se entrega casi, en sus cartas, á la vizcondesa du Plessis, su prima y amiga, pero con una discreción del mejor gusto; si habla de sí mismo, es más de sus «ideas» y de sus «sentimientos» que de su persona: señal de juicio, y, según su propia expresión, «largo hábito de silencio y de reserva.» Asegúrase también que en esa correspondencia se siente bien el coraje de soportar lo que hay de penoso en su vida, pero no de referirlo. No confía sino en sí mismo y ama su soledad. Escribe, y su obra, de aparlencia impersonal, es el resultado de los análisis de sí mismo.

—A propósito de Vigny, y de las notas marginales que él escribió en un ejemplar de Corneille, M. Jacques Langlais publica una «plaquette» titulada: *Alfredo de Vigny, crítico de Corneille, según documentos inéditos*, que revelan el estudio crítico que hizo el poeta del teatro de Pedro y de Tomás Corneille.

Sociología.

Acaba de circular el 9º volumen (9º año) del *Año sociológico*, que comienza por un interesante capítulo de M. Meillet: *Cómo cambian de sentido las palabras*. Esta rama de las ciencias filológicas, cuyo nombre especial es la «semántica,» ha sido estudiada particularmente en estos últimos años, y por ella se descubre la curiosa comunidad de origen de palabras que hoy tienen una significación no solamente distinta, sino aun contraria.

Letras inglesas.

Louis Fabulet y Arthur Austin Jackson han dado una traducción francesa de *El cuaderno de la Reina*, obra de Mauricio Hewlet, que tiene por tesis los infortunios de la bella reina de Escocia, María Stuardo: parece que el libro constituye una trágica reconstrucción histórica, minuciosamente detallada con un realismo á las veces mortificante.

Letras norteamericanas.

Upton Sinclair es un escritor yanqui que ha escrito recientemente un libro titulado *Los envenenadores de Chicago*, suerte de requisitoria contra los fabricantes de conservas alimenticias de los Estados Unidos. El autor, con la seguridad de quien «ha visto» los hechos, exhibe las abominables prácticas gracias á las cuales los *Packers* millonarios, los envenenadores del público, explotadores de sus ínfimos empleados, han edificado su fortuna. El libro es la historia de una familia de sacrificados, que se desarrolla lamentablemente en medio de desesperaciones y de dramas. La traducción francesa ha sido hecha por A. Fournier.

Letras escandinavas.

A propósito del anuncio que dimos en nuestra Información del número anterior, de haber sido traducidas por Mme. Martina Rémusat las *Cartas de Henrik Ibsen á sus amigos*, dícese que ellas tienen una originalidad que no se halla en ninguna otra obra epistolar: no contienen relatos, ni descripciones, ni anécdotas, ni análisis; Ibsen no habla en ellas de sí mismo sino muy rápidamente: «Mi largo silencio, dice, no ha sido en realidad sino un efecto de mi repugnancia á expresarme en forma de cartas, repugnancia que con el tiempo se hace más y más fuerte en mí». Y agrega: «Me parezco un poco al Skald de los *Pretendientes de la Corona*, que no podía resolverse á ponerse completamente desnudo». Y, sin embargo, tienen un interés notable, como documentos para comprender al hombre: son cartas de negocios; y el grande y único negocio para Ibsen era su obra: no piensa sino en las cualidades de su obra, en las condiciones más favorables para su trabajo, en la expansión de su obra. Todo sin charlatanismo, sencillamente, sin imponerse á los demás y agradecido por todos los servicios recibidos; de modo que esa correspondencia se halla ligada estrechamente á la obra de Ibsen.

Pérez Galdós, editor

Una revista francesa conforma una breve estadística para comprobar la precaria situación de los escritores en España y hace saber que allí, novelas de 300 páginas se pagan á 60 francos á sus autores; que la traducción de *Dafnis y Cloé* no le reportó sino 150 á Carmen Burgos; la de Rabelais, 250 á quien la hizo, y una novela de Zolá, 100 francos. Concluye que, cansado de padecer tan duras leyes, Pérez Galdós ha montado una casa editorial, con el nombre de *Casa Benito Pérez*, lo cual parece que le produce mejores proventos al grande escritor.

Un gran poeta consagrado por un gran escultor.

Se va á erigir en Fresselines, en la Creuse, en donde murió trágicamente, un monumento á la memoria de Mauricio Rollinat, el extraño y doloroso poeta de las *Neurosis*.

En cuanto á dimensiones, será un monu-

mento modesto; pero, como obra de arte será interesante, puesto que saldrá del cincel del grande estatuario Augusto Rodin. Se publica que va saliendo del mármol en una actitud misteriosa y simbólica, como ciertas obras atormentadas del poeta, y al tallarlo cariñosamente, Rodin cumple una promesa hecha á Rollinat, que fue uno de sus amigos de infancia. Cada uno de los artistas tomó su camino: el escultor, fatigado de París, se refugió en la soledad de la patria del poeta, voluntario exiliado, desaparecido, no haciendo sino raras y breves apariciones entre sus amigos. La muerte del poeta le recordó su vieja promesa. Desgraciadamente, la familia de Rollinat no ha comprendido el monumento de Rodin y se opone á que sea colocado sobre su tumba; pero, por fortuna compensadora, el abate Boithier, cura de Fresselines, ha querido, de acuerdo con la municipalidad, autorizar á los amigos del escritor para que adosen el monumento contra el muro de su Iglesia. Y la memoria del inquieto Rollinat será evocada en el lugar de paz.

Oanza.

Las escenas de París no habían visto hasta ahora sino bailarinas españolas, cubiertas de audaces mantones de seda y tocadas con sombreros de fieltro grises de anchas alas; bailarinas rusas, de botas de cuero rojo, que lanzan gritos agudos, golpeando el suelo con el talón; y menudas bailarinas inglesas, de ojos candorosos y pelucas rubias, ejecutando con una regularidad impecable los movimientos de conjunto.

Las bailarinas sagradas del rey Sisowath no han sido aplaudidas sino por los marselleses y algunos parisienses invitados de Fallières ó de Leygues. Pero, para el próximo invierno, cada music-hall se prepara á ofrecer una bailarina que iniciará á los franceses en las misteriosas ceremonias de Budha; porque, en realidad, su danza, la «danza de Radha» no está solamente destinada á deleitar la vista. Puede juzgarse por este breve argumento: «Radha es la mujer, divinizada, del dios Krishna, y su imagen es adorada en los templos; los sacerdotes celebran una ceremonia especial, para pedirle que les revele el camino de la salvación; al final de aquella ceremonia, mientras ellos están prosternados ante el altar, el espíritu de Radha entra en el ídolo, que, bajando de su pedestal, les da su respuesta en la forma de una serie de pasos místicos. La primera parte de su danza figura los cinco sentidos; la segunda, las tres faces de la renunciación á estos sentidos; la tercera, la perfecta beatitud del Nirvana».

Música.

La actual temporada musical de París ha corrido bajo el signo de Beethoven. Bajo sus auspicios, Prod'homme, el historiógrafo de Berlioz, acaba de publicar una obra histórica y crítica, consagrada al viejo maestro: *Nueve Sinfonías de Beethoven*, que es la historia dolorosa de los veinte y cinco años que vieron nacer aquellas obras maestras.

Para la próxima temporada parisiense se anuncian, en la ópera: *Ariana*, de Catulle Mendès y Massenet; *la Fille de Ramsès*, poema de Sainte-Croix y Vuagneux, música de Paul Vidal; *la Forêt*, de Tailhade y Savard. En la Opera Cómica: *Circé*, de los hermanos Hillemacher y Haraucourt; *Chiquito. el jugador de pelota*, de Nougués y Henri Cain; *Ariana y Barba azul*, de Dukar y Mæterlinck; *les Armaillis*, de Doret. Se habla también de *le Chandelier*, de Messager y Musset; *la Lépreuse*, de Lazzari y Henri Bataille; *le Chemineau*, de Xavier Leroux y Richepin: *Fèdre et Hippolyte*, de d'Indy y Jules Bois; *el Sueño de una tarde de otoño*, de Alfina y Gabriel d'Annunzio.

A propósito de esta última, Raymond Bouger recuerda que él anunció, desde el año pasado, y desde la primera página del *Secreto de Beethoven*, una novela suya con ese mismo título, entre varias obras en preparación.

Teatro.

Piezas recibidas en el Odeón para el próximo invierno: una traducción de *Julio César*, de Shakespeare, por Luis de Gramont; una adaptación teatral de la *Caida del abate Mouret*, con una partitura escrita por Bruneau; *Su padre*, de Alberto Guinon y Alfredo Bouchenet; una pieza de Lucien Descaves, y otra en dos actos de Maurice Donnay. Richepin y Eugenio Demolder escriben en colaboración una pieza en verso, titulada *Camino de esmeralda*, de la que es protagonista Rembrandt. Por último, el doctor Nass y Ed. Franklin, autor de las *Victorias*, representada recientemente en el Teatro Francés, terminan una, sacada de la novela del doctor Nass, *Pobres doctores!*

—Varios directores de grandes teatros de los Estados Unidos han fundado un trust, *Interstate Amusement Company*, con un capital de treinta millones de francos, suscrito por Frohmann, Klaw y Erlanger, Harris Hayman, Henry W. Savage, Nixon y Brady, los más poderosos y más ricos directores de teatros de New York y de la Unión, con el objeto de adquirir las piezas que mayor éxito tengan en Europa: óperas, óperas cómicas, dramas, comedias, para representarlas en los Estados Unidos. Un representante de la Asociación, establecido en Londres, tratará directamente con los autores europeos.

—Se anuncia que Romain Coolus trabaja en una comedia en tres actos, para el próximo invierno, titulada: *Su dicha*.

Los monumentos.

La serie de bustos de autor y de críticos que deben ser colocados cerca del Teatro Francés, comprenderá, además del de Larroumet, recientemente inaugurado, los de Arsenio Houssaye, Francisque Sarcey, Ernesto Legouvé. Con respecto al de Sarcey se ha resuelto que los bustos de críticos no pueden ser colocados sino en el exterior del monumento; pero los admiradores y los amigos de Legouvé reclaman para él el interior de la Comedia Francesa, en donde tantas veces fue representado: no quieren olvidar que además de sus piezas de antaño, fue el autor, en colaboración con Scribe, de *Batalla de damas*, *Cuentos de la reina de Navarra y Adriana Lecouvreur*.

—La villa de Nimes inaugura una estatua que acaba de erigir á Henri Revoil, el eminente arquitecto á quien se debe la conclusión de la catedral de Marsella y á quien su bella obra *La arquitectura romana del mediodía de la Francia*, ha asignado un puésto eximio entre los historiadores del arte francés. Henri Revoil, muerto en 1900, era el padre de Paul Revoil, el diplomático que representó á Francia en la Conferencia de Algeciras. El monumento se ha erigido en el jardín de la Fontaine, entre la verdura. Sobre un alto pedestal blanco, el busto de Revoil. Al pie del zócalo, una figura de mujer, simbolizando la arquitectura romana.

Los centenarios.

Con motivo de haber dado la prensa de Europa noticias inexactas á propósito del tercer centenario de Rembrandt, un corresponsal holandés rectifica, advirtiendo que la casa del maestro no se ha transformado en museo y que en ella no se encuentra ninguna de sus obras. *Los Síndicos de los pañeros* permanecen en el museo del Estado, en donde solamente se le ha dado mejor sitio; se ha arreglado una nueva sala para la *Ronda nocturna*, cuya luz es ahora incomparable.

En cuanto á la exposición de las obras de Rembrandt y de sus discípulos, está en Leyde, en donde se ve también el cuadro del maestro recientemente descubierto en una aldea de Frisia.

Los museos.

En el hotel de la Sociedad de geografía, en el boulevard Saint-Germain, se ha abierto recientemente el museo de los exploradores. No se compone todavía sino de dos vitrinas; pero ya se pueden ver cierto número de documentos y objetos de valor, ó simplemente curiosos. Pueden citarse, sobre todo: un evangelio etiope, descubierto en 1878, en el país de Menelik, por M. de Ponains y ofrecido por él á la Sociedad de geografía; autógrafos de Humboldt, de Crevant y de Barthe; un cuadro físico muy original de los Andes y de los países vecinos, obra de Humboldt, ofrecido á la Sociedad de geografía por el conde Hugo.

—El museo de Montpellier acaba de enriquecerse con cuatro obras de un valor incontestable: tres soberbios paisajes, uno de grandes dimensiones, del maestro Harpignies, y una tela del pintor Paul Saïn, de Avignon.

El cuadro de Saïn ha sido comprado por la villa de Montpellier, para su museo. En cuanto á los paisajes de Harpignies, provienen del legado Paulet.

El museo poseía ya algunas acuarelas del gran paisajista, pero ninguna pintura al óleo. La preciosa adquisición que acaba de hacer completa felizmente la obra del eminente artista.

Como leen "ellos".

Un cronista francés, al dar opinión acerca del restablecimiento del Comité de lectura en la Comedia Francesa, suministra algunos datos amenos respecto á la manera cómo los autores leen sus piezas, y dice: «Confesemos que es difícil juzgar una pieza por una lectura hecha en alta voz; hay autores que leen admirablemente, que «representan» su pieza. M. Sardou, nuestro abuelo, lee como un dios; Feydeau y Gavault son lectores célebres: no se sabe lo que vale justamente una pieza leída por aquellos discípulos de Samson. Otros autores, al contrario, leen sin brillo. François de Curel lee de una manera lenta y monótona; Bernstein lee con violencia y reto; Hennequin lee «en el movimiento», pero se desalienta cuando siente que el auditorio se distrae; Tristan Bernard lee por la nariz; otros, al contrario, leen para sus narices; muchos, en efecto, leen muy bajo y si se les dice «más alto!», se ofuscan y desconciertan. Los actores son seres muy impresionables; juzgan favorablemente á quien los conquista ó los seduce; temen y desconfían de quien no sepa imponerles su obra. Ahora bien, todo autor lleva en sí mismo un crítico implacable, y ese crítico obra siempre en los momentos inoportunos, sobre todo, durante la lectura. Los escritores afortunados son los que saben dominar, en esos momentos, á ese compañero peligroso. Los directores hábiles no ignoran que es aventurado entregarse á la impresión que se les trasmite: así es que no quieren que se les lea, ó bien, no se resuelven sino después de haber leído ellos mismos, en casa, *à tête reposée*».

El Modernismo.—Por Carlos Brandt. —Puerto Cabello.

El señor Carlos Brandt es un joven escritor, residente en Puerto Cabello, quien más de una ocasión ha dado á la bibliografía nacional reiterados trabajos que denuncian una simpática asiduidad y un noble deseo de aportar á nuestra labor literaria una provechosa contribución. El año último, el joven escritor publicó un extenso trabajo relativo á la *Belleza de la mujer*, estudio sobre la perfección del cuerpo humano y su importancia en la ciencia, en las artes y en la filosofía.

Ahora nos envía otro relativo al *modernismo* y del cual nos parece útil á nuestros procesos literarios dar una información expositiva, que señale el mérito de la labor y la dirección de los propósitos del autor. Dedica el trabajo al doctor Max Nordau, y al hacerlo, le adelanta un resumen de su objeto. Declara que lo ha conducido á este último empeño la lectura de la obra del médico alemán, *Degeneración*, cuyas ideas trata de vulgarizar, utilizándolas en la impugnación del movimiento artístico contemporáneo denominado *modernismo*, cuya influencia considera el señor Brandt «desastrosa» para las letras hispano-americanas: de manera que ofrece este trabajo á Nordau,—de quien toma la idea original,—«*como un tapiz flamenco vuelto del revés*».

Comienza el autor su labor, definiendo lo que entiende por *modernismo*; pero nos es impretermitible significar que tanto en la parte expositiva como en la analítica, el joven Brandt se deja llevar demasiado voluntariamente de la fuerza de su convicción, para que haya logrado perturbar la serenidad y la austeridad de su propósito crítico, con una cierta dureza de expresión, que casi siempre hiere más directamente á la personalidad que á la categoría intelectual de los autores analizados. Define, pues, el señor Brandt la escuela modernista, haciéndola comprensiva de todos los aspectos artísticos que se han denominado *simbolismo, decadentismo, diavolismo, misticismo, prerafaelismo, realismo, parnasianismo, etc., etc.*, para significar que no es una escuela literaria determidada, sino un conjunto de corrientes diversas, independientes entre sí, características de un estado de perturbación mental, que, según él, conduce inevitablemente á «la manía de decir disparates». Y bien que expresa que este fenómeno es antiguo, conviene en calificarlo de *decadentismo*, estableciendo así, á nuestro entender, el nuevo problema,—cuasi estadístico,—de averiguar cuándo fue y en cuál país, durante la historia intelectual, la época de normalidad y de perfecto equilibrio; y si podría afirmarse ó negarse que las obras intachables,—en cualquiera de las manifestaciones artísticas, letras, pintura, escultura, música, y en un momento determinado de esa historia (el Renacimiento, p. e., el *Clasicismo*), —fueron ó no fueron resultantes de un proceso mental, que continúa, y que tuvo y tendrá todas las manifestaciones fenoménicas, características de toda evolución. Apenas señalamos nuestra duda ó nuestra curiosidad por ser instruidos en un punto cardinal de la cuestión.....

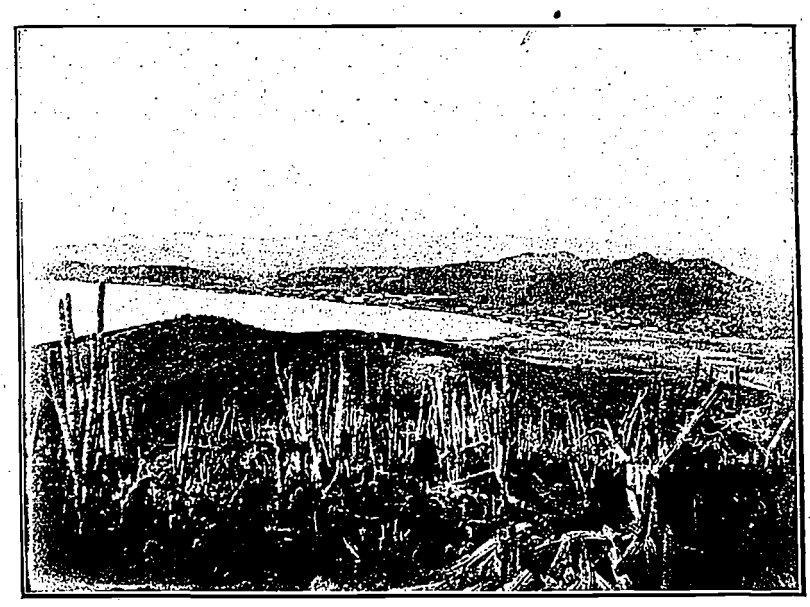
Prosigue el autor venezolano haciendo una rápida reseña histórica de la escuela ó «manía», tomando como puntos originales: para la arquitectura, la construcción de la torre inclinada de Pisa, en el siglo XII; para la pintura, al Giotto y Cimabué, en el siglo XIII; y para las letras castellanas, á don Luis de Góngora en el siglo XVI, bien que ignoramos si, puestos en ese camino, deberíamos retroceder hasta el momento en que las artes orientales desembarcan en la Grecia, portando la Venus barbuda de Amatonta y el Júpiter de tres ojos, y denominar *degenerados* ó *modernistas* á los frigios y á los lidios, que los modelaron un siglo antes de que existieran Parrasio y Xeuxis, Apeles y Polignoto.....

Trueca nuestro autor su exposición por una impugnación, sensiblemente vehemente, contra Góngora en la literatura española, contra todos los escritores franceses del siglo XIX, y contra el señor Rubén Darío en la historia intelectual hispano-americana.

Los pacientes, nutridos y cuidadosos estudios que hace el señor Brandt, para documentarse cada vez que nos ha mostrado una cuestión importante, como la que antes hemos mencionado sobre la «belleza de la mujer», nos autorizan para creer que es un escritor cabalmente instruido del valor y de la importancia que tuvo Góngora en la literatura de su época, y que, por consiguiente, no debemos tomar en serio la opinión del señor Brandt de que la literatura del autor del *Critilón* era el arte «de decir disparates;» ni que el estilo de nuestro eminente colaborador Darío sea semejante á los párrafos del *Quijote* que reproduce, en el pasaje de: «La razón de la sinrazón que á mi razón se hace, etc.....» Cuanto á los franceses, hace catorce años que venimos leyendo la crítica universal que, de Inglaterra á Italia, pasando por España, han hecho de su intensa influencia los mismos adversarios de la «manía».

Muy sinceramente hemos aplaudido siempre á estos escritores jóvenes,—escasos ciertamente en número,—que como el señor Brandt dedican el caudal de sus conocimientos y los fuertes días de su primavera á empeños apreciables y de provecho y honra; y acaso sea por ello que tenemos á lástima, por lo que se nos escatima de instrucción por nosotros ansiada, tropezar con las sorpresas de la invectiva en el tratado de asuntos que imponen, por su índole ó importancia, una forzosa circunspección y una fianza de autoridad. No parecerá nunca bien, en la pluma de un escritor que exhibe un trato íntimo y asiduo con su asunto, decir que Rubén Darío «es un advenedizo que ejerce de *genial*, con detrimento del buen gusto literario» y que, á ejemplo de *media docena* de desequilibrados franceses, «ávido de fama, se pusiese á escribir disparates para llamar la atención del público». El valor, el esfuerzo y la labor intelectuales del señor Darío merecen ser considerados, lealmente, con una mayor formalidad y honradez. El condensó una ocasión alguna réplica relativa á este asunto, en una correspondencia dirigida al *Mercure de France* y que desafortunadamente no tenemos sobre la mesa, porque habría sido interesante confrontar sus ideas con la diatriba.

Pero sí será conciliable con nuestro propósito, exclusivamente informativo, aproximar algunas ideas á las opiniones, ó mejor, á las afirmaciones del autor del *Modernismo*. El declara que «las obras



MARGARITA—Vista del puerto de Pampatar.—(Fot. Avril)

BARQUISIMETO—Colegio de la Inmaculada Concepción

modernistas no sólo no contienen materia edificante alguna, sino que, por el contrario, su tendencia es puramente la de pervertir los sentidos, entenebrecer la mente y trocar la verdad.—Los mismos modernistas convienen en que sus obras no contienen sino trivialidades, y tienen razón, pues cuando ellos dejan de ser superficiales, es sólo para producir obras inmorales».

Ahora bien, nosotros, simples espectadores de opiniones, ó cuando más, expositores de las que concurren á un mismo asunto, nos hallamos en un conflicto de asentimiento, entre las del señor Braudt y las que hasta ahora han sido consentidas en esta cuestión. Modernista era Heredia, el maestro de los «impasibles», si es que el *Parnasianismo* debe considerarse, según Brandt, como un aspecto del asunto; y el autor de los *Trofeos* fue propulsor de los más nobles ideales y dirigente de los más puros, altos y delicados sentimientos. Modernista Adolphe Retté, uno de los más notorios representantes del *Simbolismo* y, demostrando la necesidad de una orientación «nueva» de la estética y de la poesía, protestó contra las ideas de Mauclair, respecto á la necesidad de ir siempre adelante y se mostró reaccionario y tradicionalista «como un clásico, como un patriota, como un académico» (*Mercure*, 15 de febrero de 1905). Simbolista Robert de Sousa, y dió frente á las ideas del autor de la *Reacción nacionalista en el arte*. *Naturista* es de Bouhélier, y sus versos son perfectamente «inofensivos». Modernistas Fernand Gregh, Adolph Lacuzon, Adolph Boschot, Sebastian Leconte, Cubelier de Beynac, Leon Vannoz, y acaban de realizar en Francia una campaña por «la fraternidad y la justicia».

Parece ser, además, que la gran crítica considera al «modernismo», por lo menos al que se refiere el señor Brandt, no como «la manía de pintar y escribir disparates, obscenidades é inmoralidades» (pág. 78); sino como la «fórmula de elementos nuevos, creados por la ciencia y el conflicto social» (*L'Esthétique nouvelle et la poétique*, Leon Vannoz); como «la repercusión moral de los desastres padecidos por una generación, en medio de la cual se realizaron profundos acontecimientos mundiales, durante una quincena de años». (*L'Apport des idées étrangères dans l'art français depuis 1870*, Camille Mauclair); como una «reacción de escuelas literarias, reemplazando lo general por lo particular, á fin de diferenciar la literatura actual de la antigua literatura.» (*La langue littéraire contemporaine*, Georges Pellissier). Parece que se trataba de extraer ó explotar una belleza absolutamente distinta de la que hasta entonces satisfizo, fijar en la ciencia y en las transformaciones sociales un nuevo ideal y darle al porvenir un título y una categoría, en la historia mental, de tanto valor como los que ha tenido el pasado. Parece que ha concluido toda discusión y toda preocupación por una fórmula de arte que hoy, como ayer y en los venideros tiempos, requiere previamente «una suerte de estado de alma colectivo que predisponga al público á comprenderla y acogerla.» Cuando menos, se estima que, en historia literaria, aquellas teorías tuvieron ó tienen una utilidad y un valor, siquiera para producir la actual tendencia, la vigente, que se caracteriza por una suerte de regreso ó de reposición de las formas tradicionales, «clásicas» ó «idealistas», como dice el señor Brandt, y por una repudiación,—en el fondo,—de toda aquella sentimentalidad malsana y de todo aquel cinismo ostentoso, para volver entusiásticamente á la sencillez vigorosa de la naturaleza. Parece que por una razón rudimentaria y trivial, toda creación artística consulta hoy,—y acaso trató de consultar siempre,—los datos suministrados por la psicología y la fisiología, á causa de que toda creación nace de una emoción; punto central en el espíritu, en torno del cual va agrupándose toda la vida de conciencia, agregándose, digamos, todas las nociones, todas las ideas, todas las sensaciones que siquiera rozan la conciencia, por un proceso de contigüidad ó de semejanza, hasta que el alma individual coincide con el alma universal, ó, como dice la crítica, «hasta que el estado de alma pasa del modo afectivo al estado activo, hasta que se *dinamiza*, tomando el nombre de inspiración.» Hasta aquí, el acuerdo común: que la expresión se haga por medio de un símbolo ó de cualquiera otra manera, sin duda será debido á razones de sentimiento, de educación, de apreciación individual, pero tal vez nó, como lo asegura nuestro autor, «á la avidez de notoriedad,» ni «á la manía de decir desatinos,» porque una parecida ó igual imputación podría hacerse á los renecionarios, normales ó equilibrados.

Entendido en toda su amplitud el concepto del modernismo, tal como lo define el señor Brandt, es un tanto laborioso y difícil conciliarlo con la simultánea afirmación de que la Francia contaminó á todas aquellas naciones que «geográficamente están unidas á ella,» ó por simpatía de raza y de ideales políticos; porque un reposado examen conduce á hallar en todas las ideas de arte, de filosofía ó de ciencia que la Francia vulgariza, un eco ó una repercusión de ideas y de tendencias extrañas: es instruido en lenguas y lecturas alemanas, inglesas ó italianas el señor Brandt,—según lo denuncia su información documental—y le será fácil hallar en el criticismo de Taine y en las ideas de Renán las huellas muy frescas de la intelectualidad inglesa y de la influencia alemana, respectivamente. De la misma manera, Flaubert, Zola, los Goncourt, Bourget, muestran en el criticismo y el pesimismo de sus novelas naturalistas y psicológicas las trazas de Schopenhauer y de los filósofos ingleses, cuya influencia produce «aquella literatura compleja, pesada, inteligente pero embarazada de análisis especiosos, de fórmulas y de procedimientos extraños á una composición imaginativa.» Es notorio el caso de la influencia rusa: el espíritu francés abrió las alas al vuelo de alma profunda, intensa, extraña, que le dieron las traducciones de Tolstoy, de Dostoievsky y de Tourgueniéff; y si fue ruidoso y temprano el fracaso de la novela psicológica, se debió precisamente, á que la *interioridad* es una noción anglo-alemana antes que francesa y á que se explotó con tan prolijo entusiasmo, que hizo pueril y pretencioso al análisis, adaptándolo á una jerga de Sorbona que lo alejó de la vida y del arte.

El señor Brandt debe recordar que el grande y poderoso movimiento modernista que ha repercutido tan hondamente en la América antes española, no comenzó á exhibir vigor en Francia sino en 1887, cuando el alma francesa estaba pletórica de influencia extranjera; que Verlaine fue un evocador del *lied* germánico, y Mallarmé un sintáxico inglés. Apenas la escultura y la pintura quedaron indemnes, hasta hoy, en que sería difícil dar con un autor renombrado «modernista» en este género de arte francés: «la escritura sinfónica de Wagner hipnotizó á los músicos; las ideas anarquistas rusas ó socialistas alemanas inspiraron la sociología y la moral social; Ibsen revolucionó el teatro, sustituyendo á la comedia de costumbres el ideal del teatro-tribuna; Tolstoy influyó en la novela;» y Nietzsche tuvo una revelación ruidosa; y los anaqueles de las librerías crujieron bajo el peso de traducciones extranjeras sin orden y sin método, la mayor parte de obras ínfimas. Acaso no sea, pues, exacta la aseveración del señor Brandt, de que Alemania, España, Inglaterra é Italia importaron de Francia la «detestable semilla» del *gongorismo* ó *modernismo*, en cuya denominación comprende este escritor todas las manifestaciones estéticas de los últimos quince años.

Repetimos que el libro de Brandt podría haber tenido el valor de desinterés literario á que nos habíanos acostumbrado sus trabajos anteriores, sin el acre sabor de invectiva que impregna muchas de sus páginas; pero que así y todo, denuncia un esfuerzo de consagración y de laboriosidad, para los cuales hemos estado siempre atentos á mostrar aprecio y respeto justicieros.

La España Moderna.—El castellano en América, artículo de Julio Cejador.

Después de una larga enumeración de las obras filológicas escritas sobre el castellano por escritores americanos, que por lo numerosas y originales demuestran un profundo conocimiento del idioma y forman doloroso contraste con la indiferencia con que son vistos estos estudios por los literatos españoles, se lamenta el señor Cejador de la ignorancia, la negligencia y el descuido de sus compatriotas, ignorancia y negligencia por la cual apenas conocen la obra intelectual verificada por estas tierras de este lado del Atlántico. La numerosa cita de obras eminentes escritas por los hispano-americanos, sobre el idioma que nos impuso el conquistador, hace más acerba la crítica, por que exhibe á los españoles, geminos poseedores y dueños de la famosa habla, con los graneros vacíos, con el tesoro en ruinas, expuesto á la intemperie, en tanto que en hispano-américa, se sale el trigo de los graneros estrechos para la opulenta cosecha.

De la larga enumeración de obras filológicas citadas por Cejador, es escasa la que no le resulta una obra maestra. Así, le parece el *Diccionario de construcción y régimen*, de don Rufino José Cuervo, como que nada como esa obra se ha escrito de «más subidos quilates.» Y las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* del mismo autor, como «producto de un cerebro lingüístico de primer orden.» A Emilianno Izaza, lo compara con un astro de «primera magnitud», y su *Diccionario de la conjugación castellana*, se le antoja «el mejor que poseemos». La Gramática de Bello, la califica de genial. Esto en cuanto analiza la obra sobre el castellano en general; pues cuando se refiere á la obra de los americanuismos, su pluma no es menos mezquina de rosas encomiásticas. Y tampoco le parecen estrellas telescópicas (y vuelve el símil astronómico) Esteban Pichardo, «que abrió á todos el camino» con el *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas*; ni Zorrababel Rodríguez con su Diccionario de chilenismos; ni Ricardo Palma con sus *Neologismos* y *americanismos* y sus *Papeletas lexicográficas*; ni Julio Calcaño con *El castellano en Venezuela*; ni Alberto Membreño con su *Vocabulario de provincialismos de Honduras*; ni Antonio Batres Jáuregui con *Los provincialismos de Guatemala*; ni Eufemio Mendoza con sus *Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas en el castellano*. Pues bien, toda esa inmensa labor americana á la que hay que agregar todavía *El Diccionario de galicismos* de Baralt, y que tiene para el señor Cejador las más encomiásticas frases de admirución y de respeto, le sirven de motivo para condolerse del desdén con que es mirada por los letrados españoles. Acremente para sus compatriotas se lamenta el señor Cejador de esa funesta ignorancia, y en el curso del artículo en cuestión, se refiere no sólo á la ignorancia de las obras lingüísticas, sino á la de la producción literaria en general de las repúblicas hispano-americanas. Pero á poco de entrar en el fondo del artículo de Cejador notamos que él mismo es reo del pecado que critica. Fuera de las obras filológicas que enumera, el señor Cejador tiene la más crasa y lamentable ignorancia de la literatura hispano-americana.

Con excepción de las obras gramaticales al señor Cejador le es completamente desconocida nuestra obra literaria. A ser de otro modo no incurriría en la serie de vulgaridades, ridículas é indignas para todo espíritu que tenga por el arte y por la literatura la más breve chispa de decoro. Debemos creer que el señor Cejador incurre en semejantes barbaridades por esa funesta ignorancia que tanto critica. Sin nombrar al autor, atribuye á un literato hispano-americano, un artículo escrito en una suerte de galimatías que no hemos visto nunca usar por tierras de América. A pensar cosas que no debemos, del señor Cejador, pues debemos creerlo persona de reconocida honradez intelectual, podríamos asegurar, que el artículo atribuido al escritor hispano-americano es obra suya, hecha expresamente como para darse el gusto de escribir unos párrafos para ejercicio de sus conocimientos gramaticales, y con la intención mezquina y sañosa de ridiculizarnos.

Además, al más ignaro se le debe ocurrir que en una tierra donde tan excelentes obras gramaticales se han escrito, como las que admira el señor Cejador, es bien extraño que haya quien escriba esas monsergas.

Por otra parte, al señor Cejador le hacen daño como ortigas, las influencias que en los escritores hispano-americanos han ejercido los escritores franceses. Su patriotismo en este asunto sería excusable, si España por la obra de sus literatos y poetas hubiera podido llenar nuestras ansias ideales. Pero desgraciadamente no ha sido así. Hemos tenido que orientarnos por otros derroteros, y no debemos estar desagradecidos de la influencia francesa. Los franceses nos enseñaron lo que ahora, reflejado por nosotros, están aprendiendo los españoles de la actual generación. Los franceses nos han enseñado á ser elegantes, á ser finos, á ser artistas, á amar los matices, cosas que no se había acostumbrado nunca en el duro, macizo y aparatoso idioma español. *Azorín*, uno de los más cultos españoles de la generación actual, al hablar, en artículo reciente, de la obra literaria de los modernistas hispano-americanos y de esa misma generosa influencia francesa, se expresa de este modo:

«No es extraño que unas literaturas influyan en otras, y determinen en tal ó tal unción alertagada estados y movimientos literarios pujantes y desconocidos. La historia nos lo dice así. Y si miramos á de España, veremos, nosotros los que llamamos extranjeros á nuestros actuales poetas, que caballamente los más brillantes florecimientos poéticos en nuestra patria, han surgido á impulsos y bajo la influencia de las literaturas francesa é italiana. La escuela llamada *mester de clerecía*, que

formó en el siglo XIII, y que con tan grandes poetas cuenta, ¿qué es sino «fruto del elemento intelectual afrancesado» como dice Rafael Altamira en su *Historia de la Civilización española?* Y luego más tarde, en el siglo XV, ¿no se produce otro maravilloso renacimiento poético, iniciado por Micer Francisco Imperial, en que figuran Juan de Mena, Santillana, Jorge Manrique, y que se debe á «la influencia propiamente italiana?» Garcilaso, ¿qué es sino un poeta italianizado y afrancesado? ¿Ha dicho alguno de los poetas del día, *guarir* por *curar*, y *varletes* por *criados*, como él dice en sus poemas?

¿Por qué el señor Cejador,—que en su artículo se declara tan enterado de literaturas americanas,—al referirse á los escritores americanos, no se le ocurrió citar los estilos de Manuel Díaz Rodríguez, Rubén Darío, Zumeta, Rodó, Lugones, y de tantos otros, verdaderos maestros de elegancia, finura y fuerza castellana?

"Revista Moderna de México."

Un artículo de Semprún.

Reproduce la *Revista Moderna de México* el artículo crítico que sobre el libro *Almas y Cármenes* de Jesús E. Valenzuela, publicara en este periódico, nuestro corredactor Jesús Semprún, y con tal motivo, por una apreciación de Semprún á un poema de los del libro, el señor Valenzuela ha creído conveniente en una *Carta abierta* poner los puntos sobre las íes.

El asunto se contrae á esclarecer si tal poema es ó nó una diatriba contra la ciencia. Estas explicaciones se me antojan á mí triviales para exponerlas en asuntos de arte. Los poemas no tienen para mí sino un deber: el ser bellos.

De otro modo se incurre en ese arte didáctico, que puede llevarnos hasta tratar de enseñarnos el álgebra en estrofas. En la carta en cuestión Valenzuela defiende las ideas de su poema, y de toda ella se desprende un aroma de íntima ingenuidad, puesto que al referirse al artículo de Semprún le dice: «Me ha tratado usted con suma gentileza y mucho lo agradezco.»

***

Una estatua de Gutiérrez-Nájera

Cuando Gutiérrez Nájera escribió aquel verso:

> No moriré del todo amiga mía!
> de mi ondulante espíritu disperso,
> algo en la urna diáfana del verso
> piadosa guardará la poesía.

al expresar una íntima vanidad de poeta, no se imaginaba tal vez, que no sólo en el verso viviría encarnada su memoria, sino que también el mármol ó el bronce se prestarían á perpetuar su efigie. En la misma revista encontramos que un grupo generoso de admiradores del autor de *Mariposas*, inicia por órgano de la *Revista Moderna*, una suscripción para levantarle al poeta un monumento en uno de los jardines de la bella ciudad de México. Ojalá se lleve á cabo la patriótica idea de glorificar en bronce al poeta Gutiérrez Nájera, á quien no sólo México, su afortunada patria, sino la América entera, le debe el haber sido él uno de los más altos y más brillantes propagadores, con su obra fina, alta y fuerte, de la cultura literaria, del arte y de la poesía.

Al acoger la *Revista Moderna* el lírico pensamiento, se expresa de este modo:

«La Revista Moderna de México, acoge esta idea con inmensa satisfacción: el poeta muerto es digno de una consagración nacional y digno de vivir en todos los corazones, recordado por el mármol y el bronce, ya que fué su obra entre nosotros, la que supo interpretar con más ardor y generosa fe, el glorioso pensamiento ruskiniano: hacer más buena y más feliz á la humanidad, por la ingerencia del arte en la vida, necesaria también como el pan de cada día».

Un homenaje semejante le debemos nosotros á nuestro gran poeta. Al desventurado cantor de *La vuelta á la Patria*, á Juan Antonio Pérez Bonalde.

Se me ocurre en esta oportunidad que, si todavía existe la «Sociedad Pérez Bonalde», la idea de una suscripción nacional iniciada por un periódico análogo á la de la *Revista Moderna*, podría hacer práctico el lírico propósito. ¿Pero nuestra indolencia nacional no será un obstáculo?

"*Trofeos*".—Directores, Víctor M. Londoño, Ismael López.

Acabamos de leer *Trofeos*, el primer número de una revista literaria que ha comenzado á circular en Bogotá.

Londoño y López son dos poetas ya bastante conocidos en Venezuela, pues sus nombres los han traído hasta nosotros las alas de sus rimas, que siempre inquietas, no se contentan con volar entre las flores de un mismo jardín, sino que le gustan aventurarse en otros verjeles y en pos de otras flores.

Tiene la revista *Trofeos*, la selección literaria más aristocrática, pues sus directores son dos talentos finos.

En la nota editorial que á manera de prospecto trae el primer número se declara abierta á todas las tendencias espirituales, haciéndola de ese modo hogar de las más contradictorias tendencias.

Este cosmopolitismo si liberal, generoso y noble por una parte, tiene también sus inconvenientes en cuanto al acendramiento de las fuerzas líricas de un pueblo. Ya es bueno que en América, y en asuntos de literatura, se haga uno un poco ermitaño y exclusivo. Somos ya demasiado abiertos al influjo exterior. Encerrémonos un tiempo en nosotros mismos.

Guardemos nuestro vino para que le uazca el perfume.

Por otra parte, es ya casi ritual esa tendencia de cosmopolitismo, que flamea como la bandera de una propaganda, en las notas liminares de todas las revistas literarias que surgen entre nosotros.

Volvemos á repetirlo. Nos es amable el deseo de amparar las más contradictorias fórmulas artísticas y vivimos en comunión espiritual con todos los pueblos de la tierra; pero no por eso debemos dejar que nuestros tesoros se arruinen desdeñados.

A. FERNANDEZ GARCIA.

NUESTRO SUPLEMENTO MUSICAL

"LES YEUX BLEUS", poesía de Maurice BOUKAY, música de Isidore DE LARA

Los ojos azules! ¿Habéis experimentado alguna vez ante la infinita dulzura de unas pupilas azules, una vaga sensación de música? Tal es el tema de esta adorable pieza musical, en que acordadas en un mismo motivo lírico, la poesía y la música, han expresado el divino encanto que se refugia en la clara turquesa de ciertas pupilas.

Oigamos la estrofa romántica:

C'est pour tes yeux que je t'adore
Et j'aime plus que toutes choses,
Au crépuscule tes yeux las,
Ils ont la douceur des lilas
Qui se meurent parmi les roses,
Je les aime avant toutes choses.

Al encanto delicioso de la música interior de los versos ha correspondido el genio artístico de Isidore de Lara, creando una melodía exquisita, preciosa, llena de vagos matices, en una música que tiene languideces de onda, y suavidades de raso.

El poema literario y el poema lírico, corresponden á expresar el otro poema, el poema de la vida, de la voluptuosidad y del amor, que triunfa en la honda mirada de los ojos azules.

La música de Lara debe ser todo lo bellamente romántica para interpretar aquel estado del alma del poeta, cuando, como reza en la divina estrofa, los ojos azules de la amada, á la hora del crepúsculo, le parecen tener la dulzura de las lilas que se mueren en el jardín, entre las rosas.

"CHARME D'AMOUR," valse para piano por Octave CREMIEUX.

A la hora cálida y tenue, cuando se desmayan en los cielos occíduos las rosas de la luz, y en el tibio ambiente del salón tiemblan y crepitan las bujías, alumbrando las partituras olvidadas sobre el atril del piano; después del efímero encanto feérico de otras músicas, que nos hablaron de cosas románticas y tristes; cuando el aroma del té, propicio á las frases galantes, se difunde en el ámbito del salón; puede apreciarse en toda su elegancia y brillo, este valse de Crémieux. Entonces adquiere el aristocrático trozo musical su verdadero relieve. Y pasa por el espíritu como una onda viva y fresca. Y en el raudo vuelo de las notas vibra de pronto la vida que despierta de nuevo con todo el prestigio de la primavera, del amor y de la juventud.

La música de Crémieux, voluptuosa y ardiente, realiza el prodigio.

En el número 8 de nuestro *Suplemento musical* ofreceremos:

REVIENORAS-TU? música de Gaston PAULIN, poesía de Maxime Simonnot.

EPERDUMENT, valse lento, de F. D. MARCHETTI.

¡HASTA CUÁNDO!

A una vecina del lado que toca el piano muy mal y me tiene reventado.

Vecina, tenga conciencia.
Si es que Dios á usted la dió
un poco de inteligencia,
¿sabe usted lo que es paciencia?
¡pues esa se me acabó!

Vive usted encaprichada
creyendo que sobresale
en esa Marta endiablada,
y se está dale que dale
sin tocar Marta, ni nada.

¿Se imagina usted que yo
la escucho con embeleso
cuando toca usté el *rondó?*
Bah! qué *rondó* va á ser eso
ni Cristo que lo formó!

Ayer me dió usted la lata
tocándose toda entera
sin resollar, la Traviata.
¡Oh! si Verdi se la oyera
¡la mata á usted, sí, la mata!

Si usted repite la Aïda
como la tocaba hoy,
va á ocasionar una *ida*,
porque me marcho en seguida
como usté lo oye: me voy!

Mire usted: cada vez que
pone en el piano las manos,
lo que me pasa no sé,
pero maldigo los pianos
por no maldecirla á usté.

Yo no puedo tolerar
que se abuse así de mí,
y lo quiero remediar,
porque si esto sigue así
¿dónde iremos á parar?

Vecina, no sea asesina:
ó no toque, ó me envenено,
yo se lo pido vecina
por la dama *femenina*
que la llevó á usté en su seno.

Toca usted de un modo atroz
y su piano me encocora.
Sea usted blanda á mi voz
y no toque más, señora,
de por el amor de Dios.

EDUARDO DIAZ LECUNA.

Fernando, Arzobispo de Santo Domingo

Como justiciero homenaje á los méritos del reverendo Pbro. Doctor Fernando A. de Meriño, publicamos en el presente número su retrato y las sabias líneas de nuestro distinguido colaborador el señor D. Marco-Antonio Saluzzo, Director de la Academia Venezolana de la Lengua, líneas consagradas á honrar la memoria del ilustrado sacerdote, cuya vida fue modelo de virtudes cristianas y gala de la sociedad dominicana, donde ejerció por muchos años su delicada misión apostólica.

Grande orador, su palabra conmovedora bajaba de la cátedra sagrada al corazón de los fieles, como la gota de rocío á la reseca planta.

El Doctor Meriño vivió durante algún tiempo en Barcelona, donde se le recuerda con amor, pues supo grangearse la estimación y el respeto de los orientales con obras de piedad y patriotismo.

El guante de reto

Es una resurrección de los tiempos heroicos, tristemente desaparecidos, cuando los sueños quijotiles poblaban la humana fantasía, pronta siempre á exaltarse por todo lo ideal, por todo lo sublime.....

Benditos tiempos en que se luchaba paladinamente por desfacer un agravio, por enderezar un entuerto; el embrazado escudo lucía este exergo: por mi honor, por mi patria y por mi dama.

La tela de Strobel simboliza el prólogo de una lucha caballeresca, el reto de dos gallardos paladines.

Una comunión en Bohemia

Místicas idealidades; azules cielos, habitados por querubes que sonríen á las almas cándidas; praderas donde crecen albos lirios, en torno de los cuales revuelan doradas mariposas; tañidos de arpas angélicas; plegarias que con alas de paloma ascienden á la región etérea, mundos imposibles que solo caben en la fantasía de los poetas y, en síntesis, todo lo vaporoso, todo lo irreal que acaricia las adorables cabecitas infantiles, cuando con un vestido tan blanco y puro como sus conciencias sin máculas, se prosternan con santo temor ante el altar exceloso todo refulgente de pedrería y flores, mientras el buen cura á los acordes del órgano sonoro les brinda el pan eucarístico que concede la eterna felicidad en la otra vida.

Sencillo es el tema escogido por el artista para su original composición.

Los héroes ignorados

¿Quién recuerda sus nombres?
¿Qué poeta celebra sus hazañas?
¿Quién consagra un bonmenaje piadoso á la memoria de los que supieron morir heroicamente en defensa de la libertad, dios ante cuyas aras ofrendaron su vida noblemente?

A César, Alejandro, Napoleón y Bolívar, héroes máximos, para quienes la existencia se redujo á luchar y vencer, siquiera les queda el consuelo de estremecerse de júbilo en sus sarcófagos silenciarios, cuando un pueblo agradecido se descubre reverente ante sus tumbas y esparce sobre ellas las flores que consagra el patriotismo.

Á ellos.....á los pobres héroes ignorados que cayeron en lo más recio del combate sin que una mano cariñosa restañe la sangre de sus heridas, no les queda otro consuelo sino las lágrimas que el invierno derrama sobre su huesa, en torno de la cual no luce sino el amarillo jaramago, ó la silvestre violeta que una muchacha campesina, la única acaso enamorada de las glorias del héroe anónimo, va á colocar en el más oculto rincón del cementerio de la aldea, á la luz moriente de la tarde.....

Los héroes ignorados.....Su vida es un poema de amargura que ha sabido utilizar el pincel de Boutiguy.

"Jean Bart"

La historia francesa consagra muchas páginas á la gloria de este audaz y denodado marino.

Célebre corsario y jefe de Escuadra en el reinado de Luis XIV, su nombre era respetado por ingleses y holandeses, á los que en más de una brillante acción de armas derrotó y destruyó en los vastos dominios del mar. Su primer triunfo fue la captura, tras reñido y sangriento combate, en 1676, de la fragata de guerra holandesa *Neptuno*. En 1688 y 1689 obtuvo ruidosos éxitos en sus largas campañas contra holandeses é ingleses.

El tambor del rey

El pintor Doy ha encontrado motivo de inspiración en un asunto de simpático interés histórico. "El tambor del rey" se exhibe en un célebre Museo de Europa y ha llamado la atención de la crítica universal.

La siega del heno

Es el reinado de Ceres, la deidad mitológica á quien Homero consagró un himno de ferviente admiración y que aparece como un hada benéfica con la frente coronada de espigas, al labrador que aguarda ansiosamente su retorno.

El grabado trae por una extraña coincidencia á la memoria, la escena de los segadores en el drama *La Madre Eterna* del poeta catalán Santiago Iglesias, quien pone en boca de uno de sus personajes estos sugestivos versos:

¡Segad con alma, bravos gañanes!
¡A ras de tierra, segad la miés!
Dad por regalo vuestros afanes,
dad el esfuerzo sin interés!
Blandid las hoces como centellas,
con pulso firme, segad, segad.
El campo de oro talad con ellas;
sobre los haces, sudad, sudad!
¡Haced montones para el avaro,
segad bastante para el señor!
Para vosotros será el pan caro,
para los campos vuestro sudor!

Los centauros

Según unos mitólogos, los Centauros, monstruos fabulosos, medio hombres y medio caballos, nacieron de Centauro, hijo de Apolo y Stillbia, y según otros de Yxion y de la Nube.

Refiere Palefato que siendo Yxion rey de Tesalia, una vacada furiosa devastaba el monte Peleón, y que algunos jóvenes cabalgando en bravos potros le propusieron limpiar la montaña de los animales que la infestaban, y lo consiguieron merced á sus monturas.

Enorgullecidos por este suceso, insultaron á Lapitas en las ceremonias nupciales de Hippodamia, y como se alejaban velozmente después de haber lanzado sus venablos, se les juzgaba medio hombres y medio caballos.

Hércules y Teseo mataron á muchos y los restantes se retiraron á las islas de las Sirenas, donde perecieron todos, oyendo la pérfida voz de estas mujeres.

Ovidio alaba la hermosura de muchos de los Centauros.

Los Hunos

Checa evoca una de las páginas más sombrías de la historia y revive en el lienzo la figura de Atila, el azote de Dios, asesino de su hermano Bleda y rey de los Hunos, al paso de cuyas hordas salvajes estremecíase la tierra de pavor y no volvía á crecer la yerba que pisaba

«el rudo casco del corcel de Atila».

Afirma Jornaudés que los Hunos eran una especie de hombres nacidos en los charcos, horribles, unidos sólo al género humano por la palabra.

En el siglo IV, después de Jesucristo, emigraron del desierto de Nobi y se establecieron en las orillas del Terek y del Oxo.

Toda la ferocidad de la raza se personificó en Atila y apareció este *Calibán de la guerra* en las riberas del Danubio ante la Europa espantada.

Después atacó los Imperios de Oriente y Occidente y vió á sus plantas, vencidas y humilladas, á Roma y Constantinopla.

Rechazado de las Galias por Aetius, Atila invadió la Italia el año 452; incendió las ciudades; taló los campos; corrió la sangre á torrentes y las poblaciones enteras tuvieron que refugiarse en las lagunas.

De Mantua devolvióse á Panonia donde murió trágicamente en su lecho nupcial, degollado por una mujer hermosa y fuerte como Judith.

Muerto Atila se desplomó el Imperio de los Hunos.

A nosotros! A nosotros!

Cuando ruge el desbocho temporal y el viento desencadena sus alas, los náufragos forcejean con las ondas y se asen á las tablas del barco, sin que la luz de un faro y el vuelo de una gaviota marquen el derrotero en la inmensidad de los mares.....

Tal es en síntesis, el argumento que dramatiza Morlon con vigoroso colorido.

Jurando ser verdad

Ante el severo sacerdote jura por la fe del Crucificado decir verdad. El perjurio no manchará sus labios hechos para la eucaristía del beso y para murmurar himnos de amor al amante rendido.

No obstante lo místico del cuadro, la hermosura de la mujer mueve á profanas adoraciones.

Bosquecillos floridos

En la admirable pintura de Scalbert todo se viste de luz brillante, los seres y las cosas. El cielo cobija con su palio inmenso la fecunda alegría de la tierra, sobre la cual vuelca la Primavera su cornucopia de opulentos dones.

A las caricias del céfiro, las flores abren sus cálices llenos de aroma, en los que liban el néctar las volubles mariposas y las fúlgidas libélulas que emprenden su ronda fantástica alrededor de los lirios, desmayantes de amor, á orillas del riachuelo.

La hermosura de la mujer es hermana de la hermosura de la flor, pues ambas se yerguen en la aridez de la vida derramando perfumes inebriantes.

La carta

Afecta un aire grave esta sencilla muchacha, hermosa como el ensueño de un califa voluptuoso y tierna como la torcaz que arrulla castamente en el misterio del boscaje.

Espera con ansiedad la carta que tarda en llegar, en la cual un garrido mancebo le revelará los secretos de su corazón que sólo palpita por ella, y le dirá en frases dulces toda la inmensa pasión que por ella siente y la tristeza infinita de la ausencia.

En tanto la pobre muchacha interroga con sus ojos soñadores á las lejanas estrellas y cree oír un mensaje de amor en las quejas del viento que columpia las campanillas azules que festonan su balcón.

Y espera confiadamente el retorno del doncel gallardo, que vendrá como el paje de la leyenda á postrarse de hinojos á sus plantas, á besar la orla de su manto, á bendecir su suerte y en transporte de felicidad, á agonizar después en idolátrica contemplación.

A pleno sol

Toda la gama del blanco luce en esta sencilla pintura: blanco es el vellón de las ovejas, blanca el alma del pastor y blanca la ardiente luz que baña el alegre paisaje.

A pleno sol es un himno á la vida pastoril que parece cantada por este Virgilio del color.

El ejército chino

La prensa universal comenta el incremento que está tomando la civilización europea en el Celeste Imperio, después de los recientes triunfos del Japón sobre Rusia.

El nuevo ejército de China está equipado según los últimos adelantos del arte de la guerra y lo comandan oficiales educados en Alemania.

Da idea del progreso que se observa en la patria de Confucio la introducción del automóvil en las maniobras militares.

El grabado representa al Virrey de Niang-su pasando revista á sus tropas.

Bienvenida

Por el último vapor americano regresó á esta ciudad, nuestro distinguido amigo el poeta y literato Dr. Jesús Semprúm, con cuyos versos aristocráticos y diserta prosas se ha engalanado frecuentemente EL COJO ILUSTRADO.

Terminado, con la salud de su señor padre, el motivo que lo llevara á Maracaibo, se encuentra de nuevo entre nosotros; y es oportunidad de enviarle en esta bienvenida nuestras más cordiales congratulaciones por el completo restablecimiento de la salud de su señor padre.

Historia Constitucional de Venezuela

Nuestro distinguido colaborador y amigo el señor Doctor Gil Fortoul, nos escribe desde Berlín—en donde cargo diplomático,—que en aquella ciudad, se halla en prensa, ya para darse á la circulación, el primer volumen de la *Historia Constitucional de Venezuela*.

En la tregua que le dan sus importantes funciones diplomáticas, tiene vagar suficiente este trabajador incansable por la cultura de su país y el brillo de sus letras, para entregarse á semejantes trabajos que requieren el silencio, la quietud y el tiempo que son indispensables para tan arduos estudios.

Esperamos la llegada del notable libro de historia, el cual no es de dudarse sea todo lo imparcial, sincero y elegantemente escrito, como lo garantiza la probidad intelectual, y el talento y erudición del Dr. Gil Fortoul.

El certamen de las clases médicas

El señor Víctor Manuel Ovalles, fundador y Director de las «Clases Médicas», se exhibe con la obra de su periódico, como un infatigable y desinteresado propagador de las ciencias médicas en nuestro país. Es visto por nosotros con toda simpatía su laudable esfuerzo, que pone muy en alto su personalidad, como hombre de civilización y de nobles propósitos. Ahora acaba de abrir un certamen en su ilustrada Revista para premiar el mejor trabajo sobre la Farmacia en uno de los estados de Venezuela. A él pueden concurrir todos los escritores de Venezuela; y el premio lo constituye la suma de veinticinco pesos, que aunque exigua, revela el noble estímulo de su distinguido Director. Le enviamos nuestras calurosas felicitaciones y le deseamos éxito en su patriótica empresa.

Notas de duelo

Ermelinda Manrique de Toro.

Entre los sucesos lamentables, que casi á diario conturban á la sociedad caraqueña, tenemos que lamentar la muy sensible desaparición de la honorable matrona Doña Ermelinda Manrique de Toro, cuya vida gozó de un merecido caudal de aprecio y de afectos, y que ha desaparecido dejando en consternación muchos hogares, á los que van las más sentidas expresiones de nuestra condolencia.

Eduardo Bauder.

Repentina y bruscamente, poniéndose de manifiesto una vez más la atroz violencia del destino, dejó de existir en esta capital, en la presente quincena, el señor Eduardo Bauder, quien siempre se distinguió en esta sociedad que lo apreciaba, por su intachable conducta y por su contracción al trabajo.

A toda la familia del finado, y á todos sus deudos y amigos, enviamos la expresión de nuestro pésame.

Br. Roberto Mosquera.

Apenas hace un año, cuando llena de juventud y de belleza le brindaba la vida sus primeras rosas, bajó á la tumba NIEVES AMELIA, dejando en el corazón de sus padres una herida profunda no cerrada todavía por el tiempo; cuando sobre el mismo dolor, viene de pronto, y á mansalva, otro dolor nuevo: la desaparición eterna de Roberto, otro hijo, también en la edad de las ilusiones, en la prometedora adolescencia de la vida.

Esta muerte adquiere para el afligido corazón de sus padres y amigos, todo el relieve de una tragedia fatal, violenta, agresiva. Recogemos en este voto de pésame, la impresión dolorosa de toda la sociedad de Caracas, consternada por el tristísimo acontecimiento.

Libros y folletos recibidos

«Almanaque Ilustrado» de la Botica Vargas de A. Urdaneta & Ca, correspondiente á los meses de julio, agosto y setiembre de 1906.—Maracaibo.

Damos las gracias á los señores remitentes.

SECCION RECREATIVA

Una curiosa novedad médica

EL TRATAMIENTO DE ALGUNAS ENFERMEDADES POR MEDIO DE LOS COLORES

La ciencia, ampliando su dominio, acaba de hacer un nuevo descubrimiento : la curación de ciertas enfermedades por medio de la fototerapia y de la cromoterapia.

Es en América, naturalmente, donde la fototerapia ha nacido, se ha propagado y, al fin, se ha impuesto. En San Francisco, en un hospital muy afamado, se han verificado fabulosas operaciones. Hé aquí los hechos :

Un fotógrafo, para obtener un pase del departamento de policía, suplicó á uno de sus colegas y compañeros que lo retratara. Al revelar la placa se notó que el rostro del retratado estaba lleno de puntitos : á esto no se prestó más que una mediana atención ; pero como aquel individuo fué atacado poco tiempo después de una fiebre intensa, el médico encargado de curarlo se preguntó si no era en presencia de una fiebre eruptiva como la placa fotográfica se había impresionado.

Una vez terminada la evolución de la enfermedad, el rostro del paciente se cubrió de manchas rosadas sumamente pálidas y el médico pensó que el cuarto obscuro donde habitualmente trabajaba aquel hombre era la causa de la decoloración de las manchas.

Se le presentó entonces un caso de escarlatina y llevó al enfermo á un cuarto privado de luz y esperó el resultado, que fué absolutamente contrario á lo que esperaba ; se fijó entonces en que la causa podía ser no la obscuridad del cuarto, sino los rayos luminosos de la linterna roja y repitió su experiencia con otro enfermo. Esta vez tuvo un buen éxito : la decoloración se verificó aunque muy débilmente : era preciso dedicarse al estudio y repetir las experiencias. Una epidemia de viruela le presentó la oportunidad.

Según sus indicaciones, se colocaron diez enfermos en una sala del hospital de San Francisco que recibía una magnífica luz que penetraba á la sala tamizada por cortinas muy ligeras de un color intensamente rojo. Los enfermos de esta sala tuvieron una erupción franca pero sin ninguna inflamación y las pústulas conservaron un tinte apenas rosado.

Del dominio de la terapéutica, el descubrimiento pasó á los gabinetes de belleza, donde se suministran cuidados para el rostro de una manera metodizada y científica.

Y los colores del espectro solar iban á ayudar á reparar los ultrajes de los años y á modificar los defectos que la ingrata naturaleza le había donado. Los barros, las pecas, las cicatrices, se atenuaron ó desaparecieron según los reflejos luminosos ; las jóvenes de color muy encendido fueron sometidas á un régimen en que predominaba el color rojo muy intenso ; por el contrario, las pálidas fueron inundadas de luz blanca ; el pigmento, tratado por colores diferentes y hábilmente graduados, daba el tinte deseado y en muchos sanatorios y asilos se empezó á aplicar la luz solar para curar enfermedades cutáneas y muchas de éstas que aparecieron de una manera epidémica, terminaron rápidamente con sólo llevar á los enfermitos á cuartos provistos de tapices y cortinajes de determinado color.

La fototerapia y la cromoterapia todavía están en la infancia, pero con estudio y dedicación se llegará á obtener un resultado admirable.

Algunos médicos europeos se ocupan ya con todo empeño de este método curativo.

En honor de la verdad.—Escribe el Doctor Estanislao Landaeta desde Altagracia de Orituco :

" Desde que en el mundo científico se tuvo conocimiento de la fácil y útil asociación que hicieron Scott y Bowne del aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, he usado la Emulsión de Scott, y debo decirlo, en honor de la verdad, que el éxito más favorable ha coronado mis deseos, pues jamás he dejado de conseguir una curación completa, y cuando menos, una mejoría notable, prescribiéndola en todas aquellas afecciones en que el organismo necesita de un reconstituyente eficaz y enérgico ".

Modelos del frasco de las verdaderas
PILDORAS PURGATIVAS
DEL Dr GUILLIÉ

Estas Píldoras con base de extracto de Elixir tónico antiflemático del Dr GUILLIÉ son empleadas con éxito como *Purgativo y depurativo* y en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazon, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Grippe ó Influenza y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.
Dr Paul GAGE Hijo, Farmº de 1ª Clase
9, rue de Grenelle-St-Germain, Paris
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Una tortuga de dos cabezas

Los animales de dos cabezas, poseyendo la monstruosidad bicéfala, aunque son frecuentes y no asombran á los zoologistas, no por eso dejan de ser muy curiosos.

Hé aquí un caso que parece nuevo y que presenta, cuando menos, cierta originalidad.

Se trata de una tortuga con dos cabezas, encontrada en el condado de Fairfax, cerca del monte Vernón, de los Estados Unidos ; pertenece á la especie « terrapene carolina». La tortuga no parece tener más de cuatro meses, y su pequeño carapacho mide cinco centímetros de ancho. Las dos cabezas son idénticas y ejecutan movimientos absolutamente simultáneos : se alimentan ambas al mismo tiempo.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS
RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS
Exíjanse el Nombre y la Dirección
el Sello de Garantía
PÍLDORAS de BLANCARD
al Ioduro de Hierro inalterable.
40, Rue Bonaparte, PARIS
COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE
N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

La Cura de la Tuberculosis

Aire fresco á todas horas del día y de la noche, Alimentación nutritiva y abundante, Descanso físico y mental y el Uso continuado de la Emulsión de Scott, constituyen el tratamiento higiénico moderno de esta enfermedad.

Un físico que come mucho y con frecuencia y digiere bien, tiene asegurado su restablecimiento, por lo que es de muchísima importancia el mantener el estómago en buenas condiciones.

Debe evitarse, por lo tanto, el uso de alimentos dañinos y sobre todo de medicinas irritantes como las emulsiones con creosota ó guayacol que muy á menudo inflaman el estómago y los riñones, causan evacuaciones intestinales, detienen la nutrición del enfermo y dificultan su curación.

Es por ser un alimento concentrado y sano, perfectamente asimilable y eminentemente nutritivo y que no contiene substancias irritantes que los médicos consideran la Emulsión de Scott como el factor más importante en el tratamiento de la tisis.

Sin esta Marca Ninguna es Legítima.

Exíjase siempre la Legítima

Emulsión de Scott

El Gran Cometa Halley

FENÓMENO CELESTE RARA VEZ VISTO APAREOERÁ En 1910

En una revista científica francesa se registra un artículo muy importante para todos aquéllos que se toman algún interés por los fenómenos celestes.

Dice el citado periódico que el año de 1910, es decir, dentro de cuatro años, verán, los que logren llegar á esa fecha, el fenómeno celeste más grandioso que haya observado la humanidad.

Se trata del Gran Cometa Halley que, desde hace muchos años, se viene aproximando al núcleo solar, y por consiguiente, á nosotros.

Su magnitud, unida á la pequeña distancia relativa que nos separa de él, le hará ocupar tal lugar en el cielo, que producirá en los ánimos verdadero espanto. No será remoto, dice la revista, que los gobiernos emitan proclamas para calmar la consiguiente inquietud que causará tan grandioso é inaudito fenómeno.

Se levantará el cometa oblicuo al horizonte con una prolongación que abarcará aproximadamente el cuadrante y su brillo de oro le dará sublimidad sin igual.

Este cometa ha atemorizado en distintas épocas á la humanidad.

La última vez que se le vió fué en 1835.

La historia lo viene mencionando desde hace 2.000 años; pero fue el genio de Halley quien identificó en sus apariciones sucesivas este huésped celeste tenido por siniestro, á causa de fatalidades que, por lo común afligían al mundo en cada aparición.

Se presentó al fin del siglo VIII, cuando Roma, en los últimos estertores de la agonía, abandonaba á las hordas de bárbaros sus más bellas y opulentas ciudades, de las cuales sólo Atila arrasó más de sesenta, en las que no dejó piedra sobre piedra.

En los siglos medios apareció en momentos en que la peste negra (quizá la bubónica) diezmaba la población de Europa; pero su más alarmante aparición fue en 455, es decir, tres años después de la caída del imperio romano de Oriente. La toma de Constantinopla por los turcos y el hecho de presentarse á continuación un cometa, hicieron efectivamente creer que había llegado el fin del mundo.

Los pigmeos

En los antiguos escritores, especialmente griegos, se hallan noticias curiosísimas acerca de los pigmeos. La «Iliada» narra sus batallas á las grullas. Aristóteles y Estrabón los hacen habitantes del Nilo. Dice Filostrato que éstos trataron de apoderarse de Hércules dormido, quien, despertado los llevó y regaló á Euristeo. Otros escritos hacen mención de pueblos de pigmeos cerca de Tule y en la India; y las exploraciones modernas atestiguan la tradición y la historia; además, en las razas existen aún sus vestigios. A fines del año de 1874 habían encontrado en una caverna de Suiza, junto con huesos de animales de especies extinguidas é instrumentos de la edad de la piedra, los restos de un esqueleto humano que debía ser de un adulto de 25 años de una estatura extraordinariamente pequeña. El hueso fémur sólo medía 32 centímetros y todo el cuerpo apenas podía medir 1 m. 20 c.

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las PILDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.

Milagro Regimen. Bonne Digest. Las menos COSTOSAS pero las mas activas.

Como son las lágrimas

Las lágrimas que vierte una persona de raza blanca están compuestas de agua en gran cantidad, fosfato de sosa, cloruro de sodio y una pequeñísima cantidad de mucus.

En los negros, los elementos de las lágrimas son casi los mismos: solamente falta el fosfato de sosa, y en cambio hay una escasa proporción de amoniaco.

Los esquimales lloran muy raras veces: cuando lo hacen, sus lágrimas contienen mucho cloruro de sodio; gente endurecida por las especiales condiciones de su país, no es en ellos frecuente el llanto, pero en cambio lo vierten más amargo que los hombres de otras razas. Más curioso que la composición química de las lágrimas, es su aspecto al microscopio. Los elementos de la lágrima del blanco están dispuestos de manera que figuran las espinas de un pez; en la lágrima del africano forma una especie de cruz y en la del esquimal ofrecen la forma de un arco.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Desde 1849 — PUREZA DEL CUTIS — Paris

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cútis limpio y terso

Casa CANDÈS — Rue St. Denis, 148.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILYORE. DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

J. M. HERRERA IRIGOYEN & Ca.,

EDITORES PROPIETARIOS DE "EL COJO ILUSTRADO",

OFRECEN EN VENTA LA OBRA

"Colón y su descubrimiento; el Nuevo Mundo ó la Gran Colombia",

POR D. FELIX E. BIGOTTE;

edición de lujo; 3 volúmenes en 4º; papel vitela, grabados en colores, con dos *fac-símiles* cartas de Colón,

A Bs. 24, LA OBRA A LA RUSTICA

DEPÓSITO GENERAL EN CARACAS

Las órdenes del Interior de la República, deben venir acompañadas de Bs. 4 más, para el franqueo.

El importe debe remitirse en estampillas de correo ó en letra de fácil cobro.

CONTRA la TOS
las BRONQUITIS, los CATARROS CRÓNICOS
los Médicos más eminentes recetan las
CÁPSULAS COGNET
Remedio insuperable contra las
ENFERMEDADES DEL PECHO
PARIS, 43, Rue de Saintonge, PARIS Y FARMACIAS.

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS
Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos dias, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las *piernas* de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *llaga ni caida de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas. - PRECIO 6 fr. Depósito General: Parmie GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ESTE ALMACEN
ESTÁ SURTIDO SIEMPRE, EN PROFUSIÓN,
DE LOS ARTICULOS
MAS MODERNOS
DE SUS RAMOS
PUDIÉNDOLOS OFRECER
MÁS BARATOS QUE
CUALQUIERA OTRA CASA
BOLSA A MERCADERES
NUMERO 36
Teléfono Número 686 –

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito.
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*
AMPOLLAS ESTERILIZADAS
para *inyecciones Hipodérmicas*
Ergotina y Grageas de **ERGOTINA BONJEAN**
Medalla de ORO de la Sed de Fia de Paris.
LABELONYE y Cie, 90, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Origen del saludo con la mano y algunos casos extraños de saludos

El acto de estrecharse la mano es distintivo de la raza ariana y es la forma más usual del saludo entre los hombres civilizados. Un tiempo sirvió la costumbre para demostrar que no se tenía ninguna intención agresiva. Un hombre que veía á otro venir á su encuentro, para demostrar una amistosa intención, alargaba la mano, como diciéndole: "¡Mira, no voy armado!" El otro hacía igualmente, aproximándose. De esto á estrecharse la mano, el pasaje es espontáneo sin duda.

Pero hay saludos verdaderamente extraños para nosotros y cuya explicación es mucho más difícil. En Nueva Zelandia, por ejemplo, el saludo consiste en refregarse alternativamente la punta de la nariz. Algunos han atribuido este saludo á una necesidad de los neozelandeses de calentarse, por tal medio, la punta de este miembro, expuesto á la rígida temperatura de aquellas islas durante el invierno. Esta explicación, empero, parece pueril, y los neozelandeses, aunque salvajes, habrán encontrado otros medios eficaces, para calentarse la punta de la nariz.

Otros han tratado de explicar la extrañeza de este saludo, suponiendo que antiguamente estuviese muy difundida entre los neozelandeses una enfermedad de la boca, que aún en el día se encuentre entre ellos, y que justamente hubieran pensado que el contacto de los labios en los besos fuese pernicioso á la salud.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Además de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el **Digestivo Mojarrieta** purifica los alimentos y los hace asimilables. Está universalmente confirmada la superioridad del **Digestivo Mojarrieta** y millares de testimonios verdaderamente honorables demuestran que éste es el único medicamento que cura en un día las Indigestiones, en un mes las Dispepsias ó Gastralgias y en tres meses las más graves enfermedades crónicas del estómago y del intestino.

Se debe exigir que cada bostia tenga grabado el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Ci**, Caracas y en las principales Droguerías de Europa y América.

EL COJO ILUSTRADO

ADMINISTRACIÓN

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlas cuando se nos envie el valor de un trimestre anticipado, (tres pesos sencillos), ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

ULTIMO LIBRO DE
AMADO NERVO
"ALMAS QUE PASAN"
(Cuentos en prosa)
De venta en la
Empresa "El Cojo"
Precio para Caracas..... Bs. 4, Ejemplar
" " el Interior..... " 4,25 "

MANUAL DE LITERATURA
POR DON FELIPE TEJERA
TERCERA EDICION
Reformada, aumentada y corregida
Texto Oficial en la Universidad Central y en muchos Colegios de la República
CONSTA DE CUATRO TRATADOS QUE SON:
1º Tratado de Ortología.—2º Tratado de Retórica.—3º Tratado de Métrica; y 4º Tratado de Poética; y de un *Apéndice* que contiene un *Diccionario de Galicismos* y voces superfluas notablemente aumentado
A la venta en la
Empresa "El Cojo" á B 5 el ejemplar

Frasco reducido.

QUINA-LAROCHE

La **QUINA-LAROCHE** es de sabor muy agradable y contiene todos los principios de las tres mejores especies de quinas. Es superior con mucho á todos los demás vinos de quina, y está reconocida por las celebridades médicas del mundo entero como el remedio soberano en los casos de:

FALTA DE FUERZAS
MALES DE ESTÓMAGO
CONVALECENCIAS
CALENTURAS, ETC.
} **Quina-Laroche** *Simple*

ANEMIA
CLOROSIS
CONSECUENCIAS DE PARTOS
} **Quina-Laroche** *Ferruginosa*

La QUINA-LAROCHE ha sido objeto de una recompensa nacional de *16.600* Francos y ha obtenido *Siete Medallas de Oro.*

DE VENTA EN TODA BUENA FARMACIA.

Exíjase la VERDADERA **QUINA-LAROCHE** 970

La evolución del relieve terrestre

De una importante comunicación hecha á la Academia de Ciencias de París por M. de Lapparent, resulta que en la historia del relieve terrestre ha habido siempre una gran unidad, que no se ha producido cambio alguno en el eje del globo y que los detalles de la superficie parecen haberse desarrollado progresivamente, mientras que la conformación del plan primitivo no experimentaba, de una época á otra, más que modificaciones de orden secundario.

M. de Lapparent demuestra también la subsistencia del mar ártico á través de las edades. Dicho mar parece haber existido desde los primeros momentos de la formación de la corteza sedimentaria.

A los ciclistas

Un ingeniero de Berlín dice haber descubierto que las bicicletas condensan fácilmente la electricidad de la atmósfera, por consecuencia de lo cual aconseja á los ciclistas que no monten en sus máquinas durante una tormenta, excepto en los bosques. Si la tormenta les coge en una llanura ó cerca de un río, deben apearse inmediatamente y colocar la máquina en el suelo.

Un bosque de árboles enanos

Un explotador tudesco ha descubierto en la costa sud-oeste del Africa un bosque de árboles enanos que miden un metro cincuenta centímetros de circunferencia; pero su altura es de sólo treinta centímetros, y ninguno pasa de los cuarenta. Este bosque verdaderamente curioso mide próximamente dos kilómetros de largo.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

"EL COJO ILUSTRADO"

Revista Literaria Ilustrada

CARACAS—VENEZUELA

Aviso para el exterior:
(América del Sur,
América del Norte
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscrición POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En París: Francos 48
L. Theodor Ravelo — 15 Rue de Trévise.

En Barcelona de España—Pesetas 48
J. Puig Corvé — Paseo de Gracia 69

Hamburgo — Marcos 38,70
Wolfers & Pontt.—Fischmarkt 11.

New York — Fts. oro 9.23
De Sola Bros. & Pardo. — 130. - Pearl Street.

BAÑOS HIDROTERAPICOS

FRENTE A LA ESTACION DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA

La Hidroterapia cura: *La Dispepsia*, y todas las enfermedades del tubo digestivo: Frialdad habitual de las extremidades. Detenciones del desarrollo. Perturbaciones de la *menstruación; La anemia crónica* del cerebro. *Impotencia, Neurastenia, Histeria. Dolores* habituales de cabeza; las enfermedades del *hígado;* dificultades de la *respiración;* las enfermedades crónicas del centro *nervioso;* todas formas de *Neuralgias; La Hidropesía*; conviene en la *convalecencia* de las enfermedades agudas; las enfermedades del *bazo,* el *estreñimiento,* el *Paludismo* crónico, el *Beri-beri,* la *Obesidad,* etc., etc.

Es el más poderoso de los reconstituyentes

Este establecimiento, provisto de los mejores aparatos, está abierto al público bajo la dirección de su propietario, doctor R. Soucy, quien para dar mayores garantías de orden y regularidad, ha trasladado el domicilio de su familia en el dicho edificio.

PRECIOS MODICOS

TIPOS

SIEMPRE NUEVOS

los que se emplean en EL COJO para las ediciones finas

Surtido espléndido y numeroso de tipos de toda especie, para todo género de trabajos.

Viñetas, adornos, escudos de todas las Naciones del mundo, alegorías de los diferentes ramos del comercio, de la agricultura, de la cría; alegorías de las artes y las ciencias, etc., etc., etc.

De todo, absolutamente de todo hay en EL COJO para cualquier trabajo, desde el más insignificante hasta el más laborioso y delicado.

Por su abundancia, por lo escogido de sus materiales, y por el esmero y arte en sus trabajos, LA EMPRESA EL COJO es el primer establecimiento de su género en el país.

LIVERPOOL — CASA DE MODAS

Confección de trajes y sombreros

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA EN EL PAIS

Magníficas telas para trajes, Satinées, Batistas, etc., etc.

Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

Juan Manuel Diaz & Ca.

LIBROS A LA VENTA

En la EMPRESA EL COJO y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Juan E. Arcia		
Vestigios	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Ismael Enrique Aroiniegas		
Poesías	Bs. 5.	Bs. 5.50
Jacinto Añez		
Trizas de Poemas	Bs. 2.	Bs. 2.50
Rufino Blanco Fombona		
Trovadores y Trovas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Cuentos de Poeta	" 2.50	" 2.75
Más allá de los Horizontes	" 2.	" 2.50
Contes Américains	" 4.	" 4.50
Pequeña Opera Lírica	" 2.50	" 2.75
Cuentos americanos (Biblioteca Mignon)	" 1.	" 1.25
José Antonio Calcaño		
"Dos Fieras" (novela) 2ª edición	Bs. 1.	Bs. 1.25
Pedro-Emilio Coll		
El Castillo de Elsinor	Bs. 2.50	Bs. 3.
Julio Calcaño		
Parnaso Venezolano (600 páginas)	Bs. 3.	{ más el porte.
" " Empastado	" 4.	
Manuel Diaz Rodriguez		
Confidencias de Psiquis	Bs. 3.	Bs. 3.
Sangre Patricia (novela)	" 3.50	" 4.
Dr. Aníbal Dominici		
Comentarios al Código de Comercio, á la rústica	Bs. 14.	
Idem idem empastado	" 18.	
Pedro César Dominici		
Ideas é Impresiones	Bs. 3.	Bs. 3.
El Triunfo del Ideal (novela)	Bs. 2.50	" 2.75
Dr. A. Ernst		
Las Familias más importantes del Reino Vegetal (especialmente las que están representadas en la FLORA DE VENEZUELA)	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Alejandro Fernández Garcia		
Oro de Alquimia	Bs. 2.	Bs. 2.25
J. M. Galindez		
Tinta Roja	Bs. 2.	Bs. 2.25
José Gil Fortoul		
Pasiones	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Emilio Constantino Guerrero		
Campaña Heroica	Bs. 2.50	Bs. 3.
Sangre Patria	" 2.50	Bs. 3.
Lucía (novela)	" 2.	Bs. 2.25
El Táchira físico, político é ilustrado	" 5.	Bs. 6.
Dr. José G. Hernández		
Elementos de Bacteriología	Bs. 4.	Bs. 4.75
F. Jiménez Arráiz		
Del Vivac (2ª edición)	Bs. 3.	Bs. 3.25

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Miguel Mármol (Jabino)		
Tiros al Blanco	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Pólvora y Taco	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Gerónimo Maldonado, hijo		
Episodios	Bs. 3.	Bs. 3.
Amado Nervo		
" Almas que pasan "	Bs. 4.	Bs. 4.25
José Núñez de Cáceres		
Latín Clásico	Bs. 3.	Bs. 3.50
V. M. Ovalles		
"El Llanero"	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Miguel Eduardo Pardo		
Volanderas	Bs. 3.	Bs. 3.
Francisco de Sales Pérez		
Ratos Perdidos (nueva edición)	Bs. 3.50	Bs. 4.
Gonzalo Picón Febres		
El Sargento Felipe (novela)	Bs. 3.	Bs. 3.25
Flor (novela)	" 2.	" 2.25
Victor M. Racamonde		
Mis Versos	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Baldomero Rivodó		
Entretenimientos Filosóficos y Literarios (tercera edición)	Bs. 4.	Bs. 4.50
Voces y Locuciones extranjeras	Bs. 3.	Bs. 3.50
Máximo Soto-Hall		
"Chispas Venezolanas"	Bs. 1.	Bs. 1.25
Felipe Tejera		
Manual de Historia de Venezuela (cuarta edición)	Bs. 4.	Bs. 4.25
Juan C. Tinoco		
Album de Viajero	Bs. 3.	Bs. 3.25
Doctor Elías Toro		
"Por las Selvas de Guayana" (con grabados)	Bs. 5.	Bs. 6.
José Ignacio Vargas Vila		
Bustos y Medallas	Bs. 1.50	Bs. 1.50
Sueños Azules	" 1.	" 1.25
Del Opio	" 4.	" 4.
Carlos A. Villanueva		
París	Bs. 3.	Bs. 3.
César Zumeta		
Escrituras y Lecturas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Empresa El Cojo		
Tablas de Derechos de Aduana, calculados ya, desde 0.025 gramos hasta 1.000 kilos para cada una de las clases arancelarias. En pesos y en bolívares	Bs. 10.	
Plano é Indicador de Caracas	" 2.	
Tablas de Monedas	" 1.	
Almanaque de pared, astronómico y religioso	" 20.	gruesa.

EN LA EMPRESA EL COJO

Hay siempre á la venta los artículos comprendidos en la lista impresa por orden alfabético, que se envía á quien la solicite

TIPOGRAFIA ESPECIAL

SIEMPRE RENOVADA

Ediciones de obras á todo lujo—Ediciones elegantes—Ediciones económicas—Acciones de Compañías—Billetes de tranvías y ferrocarriles—Libranzas—Etiquetas—Facturas—Libros talonarios—Carteles—Hojas volantes—Listas de precios—Circulares—Conocimientos de embarque—Guías—Timbres de papeles y de sobres y Récipes—Participaciones de matrimonios, y ofrecimientos—Felicitaciones—Bautismos—Comuniones

TARJETAS AL MINUTO

Tarjetas comerciales—Tarjetas de agradecimiento—Folletos—Periódicos—Cheques de Banco—Programas de Baile—Menu para banquetes—Almanaques

Y cuanto trabajo fino, delicado, artístico y de capricho, se requiera en el arte tipográfico.

FOTOGRABADO

Se hacen clisés conforme á los originales que el interesado presente; y á precios muy económicos

LIBROS EN BLANCO

Los fabricamos de cuentas; para actas para facturas; para balances; para inventarios; para relaciones de gastos semanales; Indices; Copiadores, etc., etc.

Existencias de libros de todos tamaños y clases.

Y se hacen á la orden, de rayados especiales como lo indique el interesado

FABRICA DE SOBRES

Se fabrican en EL COJO sobres de todos tamaños, de papel superior, y se presentan del modo más conveniente para los detalladores.

Se envían muestrarios y tarifas á quien lo desee

FABRICA DE GOMA LIQUIDA

PARA OFICINAS

En frascos de vidrio, con cápsulas de metal y pincel correspondiente.

Ventas por mayor y al detal.

MATERIALES

para encuadernadores, impresores, dibujantes, pintores, etc.

PAPELERIA

Toda clase de papel para oficinas públicas, escritorios, impresores y encuadernadores.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

Surtido completo de las principales fábricas de Europa y Norte América.

Cuanto se desee en este ramo.

ARTICULOS ESPECIALES y de FANTASIA

un gran número de artículos de esta especie.